Tomo II, no. 2. — Nov. 1921

EL MAESTRO

Revista de Cultura Nacional

DIRECTOR:

Enrique Monteverde

OFICINAS: 1ª GANTE 3

Apartado Postal 105 bis. Teléfs. Ericsson 1-16-30. Mex. 23-63 Neri

Registrado como artículo de 2a. clase con fecha 29 de agosto de 1921

SUMARIO

REVISTA EDITORIAL INFORMATIVA

LAS OCHO HORAS — EUGENIO D'ORS

HISTORIA

TRES HEROES — JOSE MARTI

HISTORIA UNIVERSAL — WILLIAM SWINTON

TEMAS DIVERSOS

NUEVA LEY DE LOS TRES ESTADOS — JOSE VASCONCELOS

PLATON

LA PROPIEDAD PRIVADA DE LA TIERRA — HENRY GEORGE

FRENTE A FRENTE — LAURO G. CALOCA

LAS CORRIDAS DE TOROS — JOSE BATLLE ORDOÑEZ

LITERATURA

PAKHOM EL MUJIK — LEON TOLSTOI

CONOCIMIENTOS PRACTICOS

CARTAS SOBRE EL IMPUESTO UNICO — LEON TOLSTOI

EL EJERCICIO

LA REPUBLICA ARGENTINA

SECCION DE LOS NIÑOS

ALADINO — ROSAURA ZAPATA

POESIA

CUATRO CANCIONES — PERO LOPEZ DE AYALA, MARQUES DE SANTILLANA, JUAN II, GIL VICENTE

ROMANCES VIEJOS

CUATRO SONETOS — SOR JUANA INES DE LA CRUZ

AL COMBATE — JULIAN GRENFELL

BIBLIOTECA DE LA SRIA.
- DE -
INDUSTRIA, COMERCIO Y TRABAJO

EL MAESTRO

REVISTA - DE CULTURA NACIONAL

NOVIEMBRE
1921
TOMO 2 NRO. 2
MEXICO

SECRETARIA DE EDUCACION PUBLICA
Talleres Gráficos de la Nación.—Filomeno Mata número 8.
MEXICO, NOVIEMBRE DE 1921

114

Revista Editorial Informativa

LAS CONFERENCIAS DEL DESARME

EL 11 de noviembre se reunieron en la ciudad de Wáshington los representantes de las principales naciones del mundo, para tratar sobre la limitación de armamentos y sobre los problemas del Oriente. Las conferencia internacional, publicado en El Universal del 11 de noviembre. El general Obregón estudia la posible, las guerras futuras, pero como hasta ahora no se llega a ninguna conclusión, en el próximo número de **El Maestro** daremos un relato de las citadas conferencias.

Sin embargo, por ser de verdadera importancia, transcribimos un artículo del Presidente Obregón sobre este asunto de la mayor trascendencia internacional, publicado en **El Universal** del 11 de noviembre. El general Obregón estudia la posibilidad de verificar el desarme y de si tal posibilidad se logre en las conferencias. Posteriormente, Bernard Shaw, uno de los grandes escritores que comentan las juntas en los periódicos neoyorquinos, coincide en algunos conceptos con nuestro Presidente y esto viene a dar mayor importancia al artículo que transcribimos en seguida y que se titula **El Problema del Desarme**:

"El desarme de las naciones, considerado en los pasados tiempos como un ideal únicamente, a cuyo servicio muchos grandes hombres pusieron sus esfuerzos, ha pasado en la actualidad a convertirse en una necesidad ingente e inaplazable, por constituir los actuales ejércitos el fardo más voluminoso y pesado que soporta sobre sus espaldas la humanidad. El porcentaje de brazos que trabaja y que produce, está perdiendo fuerzas cada día, debilitando sus energías y agotando su paciencia, sin guardar proporción con el porcentaje de bocas que consume y que no desarrolla sus actividades, sino para la destrucción en todas sus formas. Bajo estas condiciones, se ha producido un desequilibrio tal, que de no conjurarse, nos llevará irremisiblemente a la catástrofe.

"La última guerra mundial ha dado como único y costoso fruto, el convencimiento de que el período de la fuerza bruta ha pasado; de que las grandes conquistas de la humanidad están reservadas a la moral y a la ciencia, y de que es necesario volver a las actividades que entrañan estas dos grandes tendencias, el inmenso conjunto de energías mentales y físicas, absorbido

actualmente por los ejércitos. Por eso no habrá un sólo sér humano que no aplauda sin reservas la idea del desarme, es decir: la reducción de los ejércitos a un número indispensable para garantizar el orden y la tranquilidad interiores de sus respectivos países.

"Hay sin embargo, con referencia al desarme, tres puntos importantes que investigar:

Primero. Si la existencia material del desarme se compadece con la etapa moral por la que atraviesa la humanidad.

Segundo. Si el camino que se ha tomado, a juzgar por lo poco que ha trascendido al dominio público, es el más corto para la realización de tan noble fin, y

Tercero. Si los representantes de los países invitados a discutir sobre este tema, pospondrán los intereses de los países que representan a los intereses de la humanidad.

"Por lo que respecta al primer punto es indiscutible que al suprimir la fuerza bruta, tendrá que darse a la moral su verdadero alcance y valor, aceptando sus dictados como fallos, para definir y respetar los derechos de todos y cada uno de los hombres, así como los de todos y cada uno de los pueblos, derechos cuya definición nunca podrá precisarse mientras no se concedan por igual a todos los hombres, cualesquiera que sean su origen, su color, su lengua o su religión, y mientras no sean considerados, así mismo, iguales los derechos de todos los pueblos que integran la familia humana. Es necesario, pues, para que el desarme, al realizarse, no signifique un nuevo fracaso, que el nivel moral de la actual generación sea lo bastante elevado para permitirle discernir y respetar los derechos ajenos, limitando sus exigencias a los propios.

"Con referencia al segundo punto, el hecho de que no se haya invitado a un considerable número de naciones a tomar parte en conferencias tan trascendentales para la humanidad entera, donde además del desarme o limitación de los armamentos, se discutirán otros puntos que introducirán verdaderas innovaciones en el Derecho Internacional, da cabida a la presunción de que no existe por parte de los congregados a discutir tan importantes asuntos, la intención de usar procedimientos persuasivos para que sus acuerdos sean aceptados por los países que han quedado excluídos de ese Congreso, en cuyo caso el anhelado desarme se entorpecería, no pudiendo llevarse a cabo antes de imponer los acuerdos del citado Congreso a los países que no quisieran someterse a ellos.

"Sobre el tercer punto, y con el deseo más sincero de incurrir en un error, ya que tantos beneficios indicaría para la humanidad, soy de opinión que los intereses de los países allí representados ocuparán el primer término en el tapete de las discusiones.

"Ahora, visto el problema bajo su aspecto filosófico e histórico, tendremos que dudar de que, aun conseguido el desarme o limitación de los armamentos, se alcancen las finalidades morales deseadas, ya que no hemos de atribuir a las armas las desgracias que han tenido su origen en los malos instintos de los hombres. Las armas han sido una necesidad de la guerra, y nunca la guerra una necesidad de las armas. En to-

das las épocas, desde que la humanidad ha podido compilar en la Historia su pasado, encontramos que para la guerra, lo único que se necesita son los hombres. Las armas se improvisan en el momento de la lucha, y si fuere dable suprimir todo aquello que el genio de la destrucción ha inventado durante los últimos siglos, veríamos a los hombres tallar sus armas en piedra, y luchar entre sí, cuerpo a cuerpo, retornando a los tiempos primitivos. Por lo demás, si atribuimos los inauditos estragos de la guerra a las armas modernas, tendríamos que tomar en cuenta y condenar también los modernos sistemas de comunicaciones, que son factores decisivos en las luchas, facilitando a las naciones los medios de conducir rápidamente a través de las distancias, ejércitos formidables para llevar la guerra, en muchos casos, a países menos fuertes, y tendríamos, en fin, que condenar mucho de lo bueno que la civilización tiene, atribuyéndole ingenuamente un mal que radica única y exclusivamente en la conciencia humana.

"Si la humanidad ha llegado a la dolorosa conclusión de que se ha descuidado en absoluto la paralela que debieron haber seguido el progreso material y el progreso moral, y que nos encontramos en una etapa de adelanto material e intelectual que no hace sino proporcionar a nuestros instintos más y mayores medios de destrucción, quizás sea tiempo de que esta verdad por amarga y dolorosa que sea, encuentre eco en la conciencia colectiva, y busquemos en la moral y en la ciencia, y únicamente en la moral y la ciencia, el último refugio y el faro protector para dirigir, sobre nuevas rutas, las actividades humanas; confesando la magnitud de nuestros errores; reconociendo que todos los seres humanos, así como los pueblos, tienen los mismos derechos y los mismos deberes y que los privilegios los crearon en su favor los primeros que dispusieron de la fuerza bruta, mutilando con ella los derechos de sus semejantes; y quizás, con esto, pudiéramos legar a las futuras generaciones, un estado de cosas menos angustioso."

EL VI CENTENARIO DE DANTE

PARA celebrar el VI centenario de Dante, el excelentísimo señor don Stefano Carrara, Ministro de Italia en nuestra República, hizo entrega de una estatua del inmenso poeta, a la Universidad Nacional. Con tal objeto se verificó una ceremonia en el atrio de la iglesia de San Pedro y San Pablo, que será convertida en la sala de conferencias y conciertos de la Universidad, en que los señores licenciado José Vasconcelos, Secretario de Educación Pública, y el Ministro de Italia, pronunciaron los discursos que transcribimos. La estatua de Dante quedó erigida en el lugar de la ceremonia.

El discurso del excelentísimo señor Carrara, juzgado por la prensa como un bello modelo de elocuencia, es el siguiente:

Señor Presidente de la República, señor Ministro Vasconcelos, señor Ministro de Relaciones Exteriores, estudiantes mexicanos, señoras, señores, miei Fratelli d'Italia:

Mi débil voz tiembla y se pierde en el breve circuito de su flaqueza y en las sílabas de un idioma que no es el mío. Tengo que invocar toda vuestra indulgencia a fin de que si en mis labios el idioma que un ilustre escritor llamó "la mirra que quema al Sol Latino: la lengua de España" titubea como un verso de Homero escandido por la cítara de un bárbaro, mis corteses oyentes quieran juzgar que es ya algo meritorio para un bárbaro, atreverse a cantar versos de Homero.

La piedra fundamental del modesto monumento que ofrecemos a México, en el mármol de nuestras montañas, hay que buscarla muy lejos en el tiempo, muy lejos en el espacio.

(El Ministro Carrara, después de una breve síntesis del pensamiento griego hasta el sacrificio de Sócrates, continúa:)

En la lápida cuadrangular que, a la sobra del Parthenon cubrió para siempre al Ejecutado, los Hombres habían encontrado, por fin, la piedra fundamental de lo que ayer, hoy y mañana, en el vocabulario común del género humano, se llamó, se llama y se llamará, con una palabra heroica de la historia moderna: la Bastilla.

Cuatro siglos después, a orillas de un lago, un modesto lago olvidado entre el Carmelo y el Hernón, encontraron también a otro hombre quien, desde unas humildes barquillas, decía palabras nunca oídas y maravillosas. Los niños de las aldeas de Cinnereth jugaban, de tarde, en sus proas. Las mujeres de Magdala regaban de perfumes y de llanto sus pies. Hablaba de un Padre en los cielos y llamaba hermanos a los hombres. Decía también: —El que de vosotros esté sin pecado, arroje la piedra el primero... y (como observó en el pasado siglo un escritor y diplomático brasilero) él, sin pecado, no la arrojó. Sobraban, por lo tanto, motivos para matarlo. Y los hombres que, desde el tiempo de Sócrates, habían ya adelantado y reemplazado el remedio natural de la cicuta por el remedio mecánico de la cruz, clavaron al Hombre del lago, al Hombre de las barquillas, en la cumbre de una colina para que todos lo vieran, hasta las mujeres de Magdala...

Y, en esto, no se engañaron: todos lo vieron, lo ven y lo verán.

Desde entonces, cada vez que un pensamiento más vasto que el pensamiento vulgar, surca el cerebro de un hombre, cada vez que una conciencia más clara que la conciencia de los otros aparece en los caminos de la historia a encender una lámpara más, cruces y cadalsos levantan pensamientos y lámparas de la tierra, tal vez para aproximarlas al Sol de que son la pura emanación. Desde entonces, sobre el Gólgotha del Ideal, cada cruz tuvo a su Cristo y cada frente su corona de espinas, quizás porque las espinas duran más que las rosas. Descubrieron también los hombres, unas ideas generales, por ejemplo, que la virtud está en el término medio y cada uno monopolizándola por sí, puso el término medio, hasta donde había llegado él mismo y todos los hombres fueron virtuosos. En una cosa no se modificaron nunca: en el odio implacable y común

> De todo lo que se arrastra
> Contra todo lo que vuela

y para cien Bastillas sirvieron las

piedras derrumbadas de una sola, y doquiera hubo alas, hubo una Bastilla por jaula.

En esto, unánime es la doctrina en todos los continentes y el siglo XX contempló en la orilla americana del Atlántico y en una quinta solitaria, un hombre que se moría. Poca gente, muy poca; poco ruido de voces. Un ruido sí el del mar: las olas. Concluído el reinado de la gloria, empezaba el de la ingratitud. Ese hombre se moría casi solo y se llamaba Simón Bolívar.

Pero, volviendo al Hombre del Golgotha... después? Después, pueblos y siglos pasaron. Nació gente, murió gente, hubo primaveras y otoños en los árboles y en los corazones. Nació gente, murió gente: como el viento por un campo yermo, pasaron también otros siglos y se llamaron Edad Media. En las postrimerías de esa Edad, y en la melancólica tarde de un melancólico invierno, alrededor del año 1300 al umbral de un monasterio, sepultado en un obscuro valle de Italia, un viandante se detuvo, cansado del largo camino. Al monje que, desde la puerta entreabierta, le preguntó qué quería, el Desterrado contestó una sola palabra: PAZ. Llevaba escondido en el sayo dos arrugados pergaminos con unos versos escritos en el dialecto del pueblo toscano. Su nombre era Dante Alighieri: en los dos pergaminos se leían los primeros tercetos de la Divina Comedia.

Era el libro, señor Presidente de la República y mis corteses oyentes, era el libro cuyos ritmos, desde casi seis siglos, retumban, ¡oh Italia!, en la canción de tus vientos solitarios y en las playas de tu cuádruple mar: era el mensaje eterno de belleza, de fraternidad, de justicia que Roma e Italia transmiten, bajo todo libre cielo, a toda libre tierra, a todo libre espíritu, a todo libre corazón: era el breviario y el viático donde la milenaria virtud del nombre italiano se enarbola a cumbres que no fueron alcanzadas jamás: eran las páginas en que rezaron las muchedumbres heroicas que tuvieron que pararse por un largo viacrucis de siglos debajo del cadalso y del hacha, pesando la sangre de sus mártires, para avanzar barriendo satélites y verdugos en nombre de la Nación y de Dios, hasta que todo un pueblo, bueno para la dicha y bueno para el dolor, bueno para la opulencia y bueno para la pobreza, bueno para el arado y bueno para el cañón, bueno para todos los calvarios y bueno para todos los Capitolios, se levantó a atestiguar con Dante Alighieri que, en la historia de los fuertes, toda gota de sangre derramada por el azote, tiene que ser pagada por una gota de sangre derramada por la espada, y por fin de cien diferentes estandartes la cruz blanca de Saboya campeó en la única bandera que hace de Italia, no solamente una patria, sino una religión del mundo: era el libro del cual, ¡oh italianos que me escucháis! yo quisiera que cada uno de vosotros recordara, y cada día, el canto inmortal donde el Alighieri, suspendiendo perplejo el andar de su místico viaje, dialoga con Virgilio así:

> ...Vedi lá un'anima che a posta
> Sola soletta verso noi riguarda:
> Quella ne insegnerá la via piú tosta.

Se non che l'anima (soggniunge l' Alighieri).

Ma lasciavane gir, solo guardando.
...non ci diceva alcuna cosa,

A guissa di leon quando si posa,
Par Virgilio si trasse a lei pregando
che ne mostrasse la miglior salita;
E quella non rispose al suo dimando.

Ma di nostro paese e della vita.
C'inchiese. E'l dolce Duca incominciava;
—Mantova... e l'ombra tutta in sé romita

Surse ver lui dal loco ove pria stava
Dicendo: —O Mantovano, io son Sordello
Della tua terra. E l'un l'altro abbracciava.

Era, por fin, el libro que hoy, señor Secretario de Educación Pública, golpea a esta vuestra Catedral del Espíritu y del Pensamiento mexicanos y encuentra en el umbral, por el imborrable mérito del licenciado Vasconcelos, su gran hermano: el poema de Homero. Dignos son de estar juntos, el gran ciego que vió bajar del Olimpo a los dioses, el gran desterrado que vió subir los hombres al Olimpo: ambos sin hogar hicieron, conscientes de su inmortalidad, su propio hogar del cielo, de la tierra y del infierno.

Acogedlo con el fraternal cariño con que os lo ofrecemos.

Ambos esperan a otro gran hermano, el Soñador, del que no es cierto que volviese a morir como un pacífico burgués a su aldea entre su sobrina, su ama, su cura y su barbero, sino que "desde un lugar de la Mancha de cuyo nombre no quiero acordarme," subió a las galeras de Cortés, escaló inexploradas cumbres con su encantada lanza y su yelmo de Mambrino, hacia los molinos de viento del Eldorado. De su magnífico sueño, o si queréis de su magnífica locura, surgió México. Acogedlo con los dos inmortales que le precedieron y será, ¡oh mexicanos! el regreso a la realidad, a la verdad, el regreso al hogar, a vuestra tierra santa, el regreso a la patria del ideal.

Abrid todas las puertas. El llega de lejos, con el alma aún más rica de fe, con el corazón aún más latiendo de dulzura y de amor. Repica hoy la hora histórica y grave, en la cual de los cuatro vientos del horizonte, llegan a cada madre todos los hijos dispersos de la humana familia, los que se habían atrasado para enterrar sus muertos, para edificar sus casas, para llenar de flores sus tálamos, para engalanar de velos sus cunas.

¡Abrid todas las puertas!, los últimos son los más queridos.

Antes de dejar esta tribuna, permitidme señor Presidente de la República, os exprese nuestro más cordial agradecimiento, por habernos honrado con una benévola presencia, de la cual los italianos en México guardaremos imperecedera gratitud, imperecedero recuerdo. Huéspedes y extranjeros, comprendemos todos nuestros deberes y pedimos a México únicamente dejarnos unir a la vuestra, nuestra fecunda labor y participar en sus fortunas como, en el pasado, hemos participado de sus amarguras. Cuando en la vida se lloró y se sonrió juntos, los vínculos de las familias y de los pueblos se vuelven sagrados y la tan abusada palabra de "hermano" se levanta de las contingencias del tiempo y de las limitaciones de la geografía o de la historia a esa expansión y a esa verdad superiores, donde se igualan y aplacan los más diferentes contrastes y las más opuestas esperanzas en las cumbres de la común definitiva frontera de los hombres: la

frontera de Dios. Es sobre libre, abierto y civil respeto a la patria de los demás, como nosotros, los italianos, fundamos el derecho a la libre, abierta y civil glorificación de nuestra patria en el mundo. No hay, para nosotros, ni grandes ni pequeñas nacionalidades. Hay la nación, como no hay ni grandes ni pequeños hogares, hay el hogar, y lo que mide de la nación y del hogar el justo valer no es una medida que se arrastra hecha con metros, es una medida que sube hecha con alas.

Entre demasiados ecos de inmortalidad nace cada italiano para no tener con la espontaneidad con que otros tienen la nostalgia de una tierra, la nostalgia de la gloria. Tal vez, esta luminosa palabra suena en mi voz como una palabra de orgullo; pero, todo lo que de grande cuentan históras y poemas, parece su grandeza y su historia a cada expatriada familia de las nuestras cuando, como hoy, está conjunta bajo el símbolo más suave que nos ilumina por el destierro el camino y en el nombre más augusto que suena en los labios de los hombres: la bandera de Italia y el nombre de ROMA.

Cuando el señor Ministro de Italia terminó su discurso, ocupó la tribuna el licenciado Vasconcelos para leer la siguiente pieza oratoria:

"Claro presagio es poder celebrar el centenario de Dante junto con la apertura de esta sala de las discusiones libres, que el Gobierno de México dedica a los ingenios de todo el mundo, para que en ella mediten, discutan, construyan o expongan ideas y doctrinas. Un recinto amparado con un nombre indostánico de la época de los Asokas y el Buda, y a la entrada, como evocación sublime, la figura del más alto, del más inspirado de los poetas del mundo. Coincidencias extrañas al parecer, inexplicables, conforme a la lógica rigurosa de la historia, pero perfectamente naturales para el que penetra el sentido de las enseñanzas, para el que no atiende ni quiere atender a los procesos cronológicos o históricos, si ellos no significan una unión interna y esencial de las verdades reveladas en el curso de los tiempos. Coincidencia muy explicable dentro de la cultura latinoamericana, que tiende a producir una síntesis profunda de todos los valores universales, y fundada en el juego libre del espíritu, en su busca de la revelación y la belleza. Una síntesis superior al criterio que cataloga épocas y acontecimientos en orden de ciega sucesión, sin la fuerza de adivinar la verdad profunda que se desarrolla dentro del caos absurdo de los acontecimientos y de la historia.

"Universalidad, que no es multiplicidad discorde y dispersa, sino aliento organizador y creador; sucesión de relámpagos en la noche de los tiempos, teoría luminosa surcada a trechos de confusión y sombras: esa es la historia del alma y esa es también la historia del mundo. La mentira que los sentidos forjan se rasga primeramente como nube rota por el sol, cuando resuenan en la conciencia los primeros cantos del Rig Veda y los mitos de Orfeo. La luz parece extinguirse apenas nace y las sensaciones corporales vuelven a rodearse de sombras, pero, periódicamente, las tinieblas se rompen y se suceden los preceptos pitagóricos impregnados del ritmo interior de los seres

y los secretos de Osiris que son como el rasgar de muchos velos. Resuenan en seguida los gritos inspirados de los profetas hebreos, y se aclara la verdad en los diálogos sublimes de los Upanishads. Aparece en seguida como una aurora la doctrina de Buda Sakia Muni, el verdadero Bautista, el anunciador de Jesús, cuya venida confirmó la profecía de los orientales que lo llamaron el Buda Martreya, el Buda Misericordioso. De esta suerte cobra sentido la historia, y el alma levanta su vuelo, y, dentro de tal visión de conjunto, la de Dante es una de esas cosas que proclaman y confirman las verdades eternas.

"El dón del vuelo lo poseemos todos, pero la inmensidad del espacio nos lo llena de vacío, y, desencantados entonces de la movilidad de la nada, quisiéramos el ser de la cosa inerte, de la roca que es firme y definitiva, sin exaltaciones, sin trémolo y sin destello: eterna como el basalto o clara y tranquila como la esmeralda. ¡Cuánto más perfecta la gema que el rastrear asqueroso del germen que se hunde en el pantano o se envilece en la oruga, con tal de lograr un resplandor fugaz y una sacudida momentánea de goce! ¡Cuánto más puro el barro que aún no se contamina del estertor micro orgánico que crea la vida! Mineralista, adoradores de piedras preciosas como la forma ideal de existencia, eso seríamos todos si no fuese porque en el roce turbio que crea la vida emerge una partícula de luz intangible de que carecen la gema y el sol, un género especial de luz que, si arde, lejos de consumirse se acrecienta. Tal es la luz que mira el vidente, ya nazca de adentro o ya esplenda en lo interno, mientras más se la mida, más se agiganta. Tal es la luz que en medio de lo absurdo que es toda vida, irradia súbitamente de la entraña de los seres y nos envuelve en arrebatos de júbilo.

"Claridades de los grandes cielos abiertos; estrellas de la noche profunda; ríos que fluyen; nubes que danzan; tierra extensa y mansa; todo es signo y trasunto de un devenir que corre y que a veces choca con nuestro destino que pugna. De allí nace el fuego desbordado de la fantasía que, a semejanza de la potencia divina, ensaya con las formas la visión de los mundos nuevos. He aquí lo que se encuentra en Dante.

"Como vidente lo concebimos los modernos: vidente y apóstol, y por lo mismo, superior al genio: más que filósofo y más que poeta: iluminado, uno de aquellos para quienes la vida es tragedia; tragedia mas no desastre: transfiguración que produce valores eternos. Cuando Dante habló, la verdad cristiana, renovada por San Francisco, permeaba las almas de gracia, y la ansiedad, la angustia, la luz que palpita en las conciencias humanas y aún en el alma obscura de las bestias, todo pugnaba por libertarse en un cántico; y un cántico hecho acción fué toda la vida sublime del santo. En seguida el Dante bajó al mundo de las sombras, como si con el pensamiento pretendiera redimirlo; y así nació la Comedia apellidada Divina; como un ritmo profundo que nace de los conflictos infernales de la conciencia confusa y se depura y

triunfa al confundirse con la fuerza, con "el amor que mueve el sol y las estrellas."

"El alma de Dante, tormentosa pero llena de gracia, tenía que buscar la redención de las almas en el amor, que es júbilo infinito. Pero ¿de cuál amor? ¿De la fiebre genésica que a todos los seres perturba, pero jamás los sacia, o del afán que nos impele a superarnos buscando algo que no es nosotros mismos, ni tampoco criatura alguna procreada a semejanza nuestra? Nadie ha contestado estas preguntas mejor que Dante. A los ojos del vulgo literario, Dante es un enamorado; un hombre que pone el sentimiento del amor por encima de todo lo humano y que ha simbolizado en Beatriz el fin supremo del deseo, la cumbre más alta del esfuerzo. Si los que así piensan tuvieran razón, Dante no sería más que un Petrarca, es decir, uno de tantos que sólo viven en la memoria de estudiantes de literatura o de críticos desocupados; un simple cantor sentimental o un eslabón literario. Pero muy por encima de todo esto, la obra dantesca se hace parte necesaria de la conciencia humana y fuerza inextinguible que a cada edad comunica impulso y aliento.

"Desde la época juvenil del amor ardiente que se ha inmortalizado en la Vita Nuova, ya hay en Dante un sentimiento que no es el del enamorado común, sino una especie de aptitud nata para convertir la pasión en visión; el sentimiento en fuego creador. De esta suerte, su instinto trabaja para todo el espíritu humano; su amor no busca posesión como todos los amores comunes la buscan, sino para crear maravillas de fantasía que superan a toda realización amorosa. Convertido en belleza su amor, sube de grado y ya no es afán sino consubstanciación de lo humano en lo eterno. Quien esto logra supera al artista, y se hace vidente, y ya no sólo expresa la belleza sino la revelación. El mero artista es un espejo que refleja y devuelve copias de la realidad; sólo cuando improvisa revela vida nueva y se hace profeta.

"Se encuentran en Dante los agravios y el tormento que preceden a toda verdadera revelación. El mundo lo lastimó en todas las formas materiales, sociales, mentales, pero su fantasía crea seres más poderosos que las cosas reales y su mente palpa las substancias eternas.

"Su capacidad para tornar en substancia real la obra de la fantasía, hace que la figura de Beatriz, insignificante, como es insignificante siempre el amor terrestre, sea, sin embargo, motivo de visiones poéticas y de revelaciones trascendentales. La fantasía dantesca participa de la energía divina que sopla sobre la realidad para hacerla imperecedera; que convierte lo real en la substancia de que están hechos los sueños, para fijarla mejor y perpetuarla.

"Convertir la pasión amorosa en visión de belleza ardiente es, a la vez que libertarla, superarla, y equivale a crear la realidad nueva del esplendor trascendental. Y como lo bello es un ritmo ascendente y se asciende hacia algo, la belleza es movimiento y camino, pero no fin en sí, no es término, sino ruta, y el mero poeta contempla sólo el movimiento de la forma pero no su término divino. El Dante, en cam-

bio, no se detiene en la visión, sino que lleno de arrebato sublime se va muy lejos de la simple belleza y del amor mismo, y poseído de iluminación comienza a revelar el misterio.

"Es cierto que en el Paraíso Dante vuelve a encontrar a Beatriz y la abraza ebrio de dicha, pero no por eso suspende su marcha ni juzga que ha llegado a la meta de su destino. Repuesto apenas de la dulce sorpresa, la marcha prosigue, y es entonces la amante, lo que sería más grato encontrar en este mundo, una compañera de peregrinaciones, adelantada unas veces en la ruta por obra de su gracia candorosa, unida siempre como una parte armoniosa del alma incompleta que anida en nuestros pechos distantes. Una suerte de fusión moral que podría compararse al concierto de melodía y armonía; eso es Beatriz, y no la amante que sacia el cuerpo. La media naranja del inmortal símil platónico, que devuelve al alma la armonía perdida: y no la que, por excesivamente hermosa, hacía exclamar a los héroes helénicos: "di si eres diosa o mujer." El amor de Beatriz supera también al de la dama a cuyos pies se rinden las espadas y se entona el lloro de los versos. Más radiante que la diosa, más dulce que la señora, más profunda que la amante; su amor se asemeja al de la Virgen María, que es lleno de gracia, porque, lejos de robar para sí el afán de la conciencia, nos abre el alma al conocimiento y nos conduce a los espacios celestes.

"Beatriz llena casi toda la vida de Dante, y sin embargo, el poeta no se entrega totalmente a su amor, no da su alma a su amada, adivina que las almas pueden andar juntas y aun confundirse, pero sin darse la una a la otra, sino entregándose ambas a superior impulso. Cada alma es insaciable, y dos insaciables, lejos de nutrirse, se devoran: así se explica que la pasión de dos almas sea como un incendio que devasta y sólo deja cenizas y muerte en la conciencia.

"La negación del petrarquismo, la negación del amor como objetivo final, eso es lo que se deduce del amor dantesco. En el drama prodigioso de su vida, Beatriz la muerta, la imposible, es la compañera que no lograría revelársenos en este mundo y sólo se aparece en los sueños que nos forjamos del otro. Su amor es manantial de gracia precisamente porque ya no tiende a la criatura sino a lo eterno. Un amor hecho belleza, no belleza formal sino belleza en proceso, belleza en ritmo. Esto es lo que se siente frente al castigo que padecen en el infierno los amantes, condenados a unión perpetua, que por serlo se convierte en desesperado tormento, ya que dos seres no pueden amarse en todos los instantes, a causa de que la criatura puede ser objeto de piedad, objeto de ternura, de angustia o de goce, pero jamás de amor absoluto. Somos brotes de lo imperfecto, composiciones temporales, puntos de confusión atormentados y andantes, poseídos de sed; somos sed de amor, pero no objeto de amor. Y el propósito natural del amor es la adoración y la conversión en algo que nos trasciende y es infinito.

"Dante era un desencantado del amor humano. Como todos los grandes, padecía de soledad, inmensa

y desgarradora soledad; certeza dolorosa de que no ha de encontrarse un corazón verdaderamente ligado al nuestro; no existe más pavorosa ni más incurable desdicha. Y este dolor, que perdura en el triunfo, se acentuó mucho más en su penosa vida de proscrito que sufre persecusión por la justicia y mira por todas partes la maldad triunfante, la ineptitud insolente y la esperanza muerta. Pero su alma férrea no se doblega; ni la nostalgia, ni el martirio de la distancia, ni la sangrienta burla de los viles, nada es capaz de callar la lengua valiente que contesta a los que le ofrendan perdón: "Si para volver he de confesarme culpable, no volveré jamás."

"Habituados estamos a leer como una novela de tiempos lejanos la historia de estas altiveces que fustigan la cobarde hipocresía de la vida social, pero rara vez miramos en torno para observar que todavía ayer, que aun hoy, en muchísimas naciones del mundo, no habría lugar para un alma excelsa como la de Dante. No podría tolerársela viva porque todavía sus anatemas marcarían con fuego muchísimas espaldas. Los hombres más grandes parecen condenados a no poder conquistar amor durante su vida. No se les ama; se les admira o se les odia, y la admiración es ya un principio de apartamiento: en cambio, poseen el dón de despertar el amor vivísimo, el apasionamiento de sus sucesores. ¿Será porque dejan de ser temibles al convertirse en teoría, en literatura o en arte? Pensarán de ese modo los que no aprecian más que el atractivo formal, la belleza externa de sus obras; pero los que sentimos la energía viviente, la potencia inmortal que mana de sus obras, no podemos sentir sino reverencia y amor, todo el amor que sus contemporáneos les negaron, todo el amor que anda por el mundo desbordándose, sin hallar cauce o noble empleo.

"Aquí estamos celebrando la memoria de un genio magnífico que si pudiera hablarnos, seguramente nos diría: antes de levantarme estatuas atended a corregir vuestras iniquidades. Pues esa es la tortura y la fatalidad de los grandes: el no poder callar la verdad, ni disimular su indignación frente a la injusticia. Sus palabras lastiman, aunque sus pechos rebosan de amor, y poco a poco la pequeñez humana los va dejando, los deja solos, y de lejos parecen todavía más hoscos. De allí nace esa especie de terror sagrado con que nos acercamos a los verdaderamente grandes, pues para estar con ellos, en simpatía fácil, sería menester toda una serie de sacrificios personales y de tremendos esfuerzos interiores. Una sola mentira en la conciencia nos desliga y aparta de su grandeza y nos impide sentir la efusión filial de los que pueden llamarlos padres. Padre y maestro es Dante; padre por la energía de su espíritu que quisiéramos revivir en todas las almas latinoamericanas, y maestro de altivez y rectitud que debe servir de ejemplo cada vez que sea preciso luchar por la verdad o por la libertad, y finalmente, profeta por su dón excelso de adivinar en los aspectos de la representación humana el sentido y el destello de la belleza eterna.

"No es ésta una ceremonia protocolaria en la que un país agrade-

ce a otro país amigo la entrega de un objeto de ornato. El nombre de Dante no es de aquellos que se convierten en frío recuerdo histórico, sino llama viva que ha de servir de guía a todas las edades y que revela una belleza superior a todas las críticas.

"Puede la pasión nacionalista o la ingenuidad de los que sólo perciben con los sentidos del cuerpo, comparar a Dante con otros poetas que son capaces de darnos visiones esplendorosas de la vida o comunicarnos el fuego de sus instintos; pero ningún poeta ha logrado la unidad trascendental, ni la clarividencia imperecedera que se expresa en los versos de la Divina Comedia. Dante no es la pitonisa que balbuce verdades parciales, escondidas entre el desecho de disparates rotundos; no es el vate que emite voces sublimes en un coro de trivialidades sonoras; no es tampoco el mago de los sentidos corpóreos, un Shakespeare, o un Goethe, que dan ojos nuevos para ver el mundo y fuerza para gozar sus pasiones. Dante es un trasmutador de la corriente eterna; un transfigurador de valores cuya potencia influye en el devenir mismo del alma. Después de leer a Shakespeare sentimos que hemos gozado mucho, pero que somos los mismos; después de leer a Dante, nos sentimos hombres nuevos frente a un destino infinito. Y si hemos de insistir en la comparación ya casi obligada de Dante con Shakespeare, diremos que Shakespeare es el hombre de la tierra, el poeta genial, pero cortesano y carente de ánimo propio y de visión remota; en tanto que Dante parece una parte de la revelación misma, un soplo de lo divino hecho verbo y deslumbradora belleza.

"Señor Ministro:

"Nos entregáis, a nombre de vuestro gobierno, la estatua de la mayor gloria de Italia, el símbolo de una de las mayores luces del mundo, y nosotros os aseguramos que esta dádiva no cae en corazones indiferentes, ni en conciencias adormecidas. Decid a los vuestros que comprendemos que nadie podrá hacernos un regalo mejor. Decidles que el alma mexicana rica en gérmenes propios y nutrida en la noble savia de España, ha sentido muchas veces la influencia vigorizante del gran poeta, y si no ha logrado llegar a su altura, es porque no a todos nos es dado alcanzar la belleza y el misterio infinito; pero haremos esfuerzos para aclarar nuestra conciencia, y el día en que este pueblo llegue a la expresión definitiva de su civilización, nuestros sucesores triunfantes, seguramente contarán al poeta entre sus antepasados por el espíritu.

"Cansados de loar obras aparentemente bellas, obras quizás geniales, pero que revelan a la reflexión íntima una especie de debilidad o de equívoco que proviene de que la vida del autor no está de acuerdo con su idea; cansados de admirar la falsa belleza, la verdad a medias y el bien que calcula sin darse del todo, llegamos a Dante, hombre altivo a la vez que genio sublime, con entusiasmo ardiente y confianza bienhechora. Recibimos sabiduría, recibimos fuerza y saturados de inmortal belleza repetimos ante su imagen sagrada las palabras del verso inmortal: "Tu duca, tu signore e tu maestro."

INQUIETUDES SUDAMERICANAS Y UNA CARTA DE UNAMUNO

De la memoria anual presentada por el presidente de la Federación de Estudiantes de Chile, que se publica en **Juventud**, interesante y ameno órgano de esa Federación, tomamos los siguientes párrafos:

"Uno de los actos de mayor trascendencia verificados durante el período de 1920-1921, fué la primera Convención Estudiantil Chilena, realizada durante los días 12 a 16 de junio, con una asistencia de 1,200 estudiantes, que representaban todas las tendencias ideológicas y las más distintas ramas de la enseñanza. Precisaba definir los ideales estudiantiles. Esa fué la importantísima labor de la primera Convención. El torneo intelectual nos dió una declaración de principios, que desde entonces sirvió de guía a nuestras actividades. Diseñáronse en aquella memorable ocasión dos tendencias. La primera de carácter francamente internacionalista, aprobaba en forma amplia el rumbo que había tomado la Federación, esto es, de participar activamente en los problemas sociales e internacionales, acelerando el movimiento de emancipación de las clases trabajadoras. La otra tendencia quería una restricción en el radio de acción de nuestra colectividad; pero sus ideales eran más vagos e indeterminados. Como era de prever, el triunfo correspondió a los primeros.

"Las numerosas campañas de carácter público de la Federación habían herido numerosos intereses y provocado irritación de diferentes grupos de ciudadanos, especialmente en los círculos clericales, militaristas y oligárquicos, irritación que se iba acentuando cada día más por el acercamiento de las clases explotadoras de la sociedad.

"Había pues, un grupo numeroso de adversarios—cuyo núcleo central estaba formado por clericales, aristócratas y "chauvinistas" rabiosos—, que estaba dispuesto, ya que no con argumentos, a terminar con la nueva ideología y con la Federación de cualquier modo. Esta situación agravóse con las declaraciones de la Convención y culminó con las manifestaciones patrioteras (contra Bolivia y Perú) de julio de 1920.

"El gobierno de aquel entonces ordenó una movilización irregular de ejército hacia la frontera peruana, con el pretexto de que había estallado una revolución en Bolivia y porque los nuevos dueños del gobierno de este país abrigaban sentimientos hostiles contra nosotros

"La Convención Estudiantil se había pronunciado francamente contra el militarismo agresivo y contra la guerra. El ideal era hermoso. Y había llegado el momento en que el ideal debía traducirse en manifestaciones concretas acerca del pensamiento real de la colectividad estudiantil.

"En las calles las turbas enardecíanse por el odio, y la prensa—vil negociante que no titubea en lanzar un pueblo a las puertas de una guerra para aumentar las utilidades del negocio—, tergiversaba en una forma indigna la verdad y excitaba los bajos sentimientos de un patrioterismo agresivo.

"En estas condiciones ¿íbamos a eludir un pronunciamiento ante el

temor de los ataques que seguramente recibiríamos?

"El 18 de julio se reunió el Directorio de la Federación. Tres días después, a raíz de vergonzosos sucesos, la mayoría de los estudiantes se preguntó si la Federación era un organismo que convenía mantener en medio de tanto sofisma e inmoralidad. La respuesta se obtuvo a fines de septiembre cuando cuarenta mil hombres, deteniendo el movimiento de la ciudad, desfilaron—ante la casa donde se había incitado al saqueo—con un cadáver envuelto en un trapo rojo.

"¿Para qué hacer una narración de ignominiosos hechos? Basta señalar la destrucción y saqueo de nuestro club, después de cinco asaltos realizados en el espacio de tres días; basta pensar que una turba incitada desde la Moneda, destruyó, a golpes de martillo, obras de arte y muebles durante una hora y media; basta recordar la irritante complicidad de la policía; la estúpida acusación de recibir dinero del Perú; el incendio de una biblioteca en la calle pública, ante los aplausos de centenares de aristócratas que, indudablemente, sabían leer; la irritante presión de los defensores del club; el cinismo de los asaltantes que se hicieron fotografiar en una revista; la actitud del Presidente de la República que recibió a los asaltantes que le llevaban parte de lo saqueado; la censura del Consejo de Instrucción Pública y la intromisión en asuntos en que jamás le reconoceremos derecho para hacerlo; la debilidad de las altas autoridades universitarias que no se atrevieron a defender los fueros del profesorado, encargadas de resguardar; las criminales persecusiones a estudiantes y obreros; la iniciación de procesos ridículos y, finalmente, el martirio y la muerte de Domingo Rojas, porque creía, como nosotros, que en la sociedad actual impera la injusticia y que ella debe reemplazarse por un régimen mejor.

"Hemos triunfado. Pero el triunfo es sólo parcial. El enemigo se ha retirado; pero sus fuerzas subsisten intactas, porque la violencia y la mentira cuentan aún con numerosos partidarios. Mejor dicho, cuentan con la inmensa mayoría.

"Precisa, pues, recomenzar la lucha para que se haga plena luz acerca de nuestra actitud pasada; sin odio, sin espíritu de venganza, pero también sin resignarse ante lo sucedido; porque quien se doblega ante el mal pierde el derecho a soñar una vida mejor, y pierde el derecho a que se le haga justicia."

A propósito de la declaración de principios de la Federación de Estudiantes de Chile, el doctor Baltasar Brum, Presidente de la República del Uruguay, envió este mensaje: "Formulo los más sentidos votos por que esos ideales se cumplan y porque las juventudes intelectuales de todos los países sigan la ruta brillante y digna de los estudiantes chilenos."

Y don Miguel de Unamuno, el ilustre escritor e idealista español, escribió a la Federación, desde Salamanca, "donde lo tienen como preso," las siguientes recias y altivas palabras, en las que comenta la situación de España actual:

"Amigos y compañeros: En los números de **Juventud** aparecidos después del saqueo y destrucción

de sus oficinas por las hordas de la incivilización, veo que a modo de aliento a mi labor, piensan dedicarme un homenaje. Y adelantándome a él, y para que no influya lo que hayan de decirme, quiero a mi vez, dirigirles, sacándomelas del cogollo del corazón, unas palabras que lleguen ahí, por sobre el Océano, calientes de indignación, que es hoy ya la única vida que merece vivirse. Y van en castellano de vasco, como era el con que cantó Ercilla la bravura de Arauco.

"Esto me recuerda que hace algunos años leí, con mis propios ojos, en el hueco de una ventana del solar de Ercilla, en Bermeo— "solar antes fundado que la villa—," unas líneas escritas con lápiz que venían a decir: "quisiera cumplir hazañas dignas de ser cantadas por un nuevo Ercilla—. Carlos." Este Carlos era Carlos de Borbón y Este, pretendiente a la corona de España, llamado Carlos VII. Y pensé si se proponía imitar a Valdivia o a Caupolicán ("y el bárbaro en el hombro la gran viga...") Encendió aquí la guerra civil, tomando acaso a España por Arauco. Y le felicitaba por sus victorias su parienta la archiduquesa doña María Cristina de Hapsburgo-Lorena, que vino a ser luego Reina Regente de España y causante principal de las desdichas de esta mi patria.

"Bajo sus manos secas y amarillentas acabó de deshacerse el dominio colonial ultramarino de la corona—que no de la nación—española, y su hijo, nuestro actual rey, educado en el concepto patrimonial e imperialista que de la realeza tienen los Hapsburgos, soñó en un vice-imperio ibérico, con Marruecos —incluso Tánger—, Gibraltar y Portugal. Y digo vice, porque había de fundarse al amparo de los Imperios Centrales militaristas y oligárquicos.

"En estos días ha sufrido la corona de España un rudo revés en Marruecos, donde un general dinástico se ha metido en una aventura sin contar ni con su jefe inmediato ni con el Gobierno. Aunque aquí no lo hay. Que no es gobierno un cotarro de lacayos de la camarilla militarista que mantiene el actual despotismo del reino de España, régimen de clandestinidad y de engaño.

"¡Orden! orden!," claman los accionistas del patriotismo, los fariseos como aquellos que hicieron crucificar al Cristo por antipatriota (v. Juan XI, 47 y 48). Vociferan sobre el principio de autoridad para que no se vea que la civilización se asienta sobre el fin de autoridad y que este fin es la justicia. Y que como la justicia es dar a cada uno lo suyo—suum cuique tribuere—hay que reconocer no ya lo suyo, sino el cada uno, el quisque. Justicia es el reconocimiento de la libre individualidad, que cada individuo vale por todo el universo y es infinito el precio del espíritu. Y el socialismo es sólo esto, el reconocimiento de lo infinito y absoluto del espíritu individual hecho sociedad.

"Y ahí como aquí. Que ahí en ese generoso y noble Chile, donde se mezclaron las sangres de Valdivia y de Caupolicán—y no poca de mi sangre vasca—ha sido una oligarquía pseudo-aristocrática, plutocrática, que tenía su tesoro cerca del altar y al amparo del cuartel, la que ha dado origen a vuestra leyenda negra, a la leyenda del Chile imperia

lista, militarista, prusianizado, revolcándose en guano y en salitre.

"¡Y esos hablan de la patria! ¡Esos! Los accionistas del patriotismo. Para ellos la patria es una empresa o una hipoteca de los tenedores de la deuda. Y los sin tierra son los sin patria; los que sudan bajo la tierra, en obscuras galerías, sin recibir la luz del sol que sobre todos luce.

"He visto que se os acusa de vendidos a la plata peruana. No podían acudir a otra argucia. Es lo de todas partes. Esos accionistas del patriotismo no se explican actitud ninguna sino por dinero que es su único dios.

"Ahí como aquí, y ahí con ese triste y viejo pleito de Tacna y Arica, con ese pleito en que se le niega a un pueblo hermano una liquidación la justicia y se le mantiene a otro pueblo hermano sin su natural respiradero al mar, desembarazado y libre, ahí como aquí esos pleitos internacionales, de oligarcas accionistas, no sirven sino para distraer y corromper a los sin tierra y para que no se vea que no es con sangre y espada en mano sino con el sudor y empuñando la esteva del arado como se hace patria. Ni Caín fundó su ciudad sobre la sangre de Abel.

"¡Los patriotas de profesión! ¡los profesionales de la patriotería! ¡los capitanes que asaltan una imprenta! He leído la lista de las personas que tomaron parte en el asalto y saqueo—se creerían en campaña—y he visto que dicen de uno que era "piloto y sportsman." Yo no sé ahí, pero aquí sportsman quiere decir holgazán y hombre de poca o ninguna sal en la mollera. Y aquí los conocemos bien porque la sportsmanship viene de muy alto. Y veo que los más de esos asaltantes eran... ¡estudiantes! ¡No estudiosos, claro! Estudiantes de patriotería.

"Conozco a esos tristes estudiantes cachorros de la oligarquía plutocrática y accionistas del patriotismo, conozco a esos estudiantes. Son los mismos que hacían aquí de "policías honorarios" y que un día se prestarán a hacer de "verdugos honorarios" para restablecer el principio de autoridad, el orden, ahogando su fin, la justicia.

"Son los de ahora para ese como para este pueblo de lengua española de esta lengua que creó a Don Quijote, tiempos de suprema prueba, de congojas y agonías de parto, del parto de la civilidad universal y humana, de la justicia entre los pueblos. El imperialismo militarista y plutocrático se resiste en sus últimas trincheras y asalta... imprentas. Su odio es a la inteligencia. En sacristías y cuartos de bandera se pronuncia el mote de "intelectual" con un fingido desdén de dientes apretados, con un desdén que envuelve envidia y la rabia de la impotencia.

"Antes de haberse aplicado la imprenta para las letras, hacia 1440, fué aplicada, al acabar el siglo XIV, para imprimir unos naipes de baraja con que se entretuviese el pobre Carlos VI de Francia, el rey loco. Y con la baraja o con la ruleta, se entretienen hoy reyes, accionistas del patriotismo, y valientes de profesión. Aquí al menos, con este el último despotismo que en la Europa queda—como dijo la **Saturday Review**—sólo campan a sus anchas el juego de azar, la pornografía más

baja, la servilidad de las autoridades y los negocios turbios.

"Por encima del Océano, tumba de tantas esperanzas y cuna de muchas más, les tiende una mano trémula y cálida **Miguel de Unamuno.**"

CONGRESO POSTAL PANAMERICANO

A fines de 1920 se celebró en Madrid una Convención Postal Universal, que resultó ser de gran interés para toda la América.

Los gobiernos europeos, obligados a adoptar medidas radicales para aumentar sus ingresos, se proponían convertir el correo en fuente de impuestos para el fisco. Contra esta proposición se manifestaron unánimes las naciones de América, sosteniendo que el correo no podría considerarse de otro modo que como un servicio público a cargo de los gobiernos, especialmente en su fase internacional. Sobre el bloque europeo triunfó el bloque americano, al que España se adhirió desde un principio. Los representantes de estos países acordaron entonces celebrar este año un Congreso Postal Panamericano para llevar más adelante su teoría del correo y hacer más estrechas las relaciones postales del continente. Ese Congreso se reunió en Buenos Aires, durante la primera quincena de septiembre. De las columnas editoriales de **La Nación**, de Buenos Aires, tomamos la siguiente información:

"Bajo reserva de ratificación por parte de sus respectivos gobiernos, los miembros del Primer Congreso Postal Panamericano han concertado, después de dos semanas de intensa labor, los convenios a que tendía la convocatoria. Delegados de diecinueve países de América han expuesto, en las sesiones plenarias, anhelos que revisten trascendencia. Decididos a planear las bases de una unión postal firme, que responda a los requerimientos del continente, no han escatimado esfuerzos para llevarla a cabo. El tiempo revelará si tan loables aspiraciones pueden ser realizadas sin hondos sacrificios. Mientras no se ensaye suficientemente el nuevo plan bosquejado, será prematuro adelantar juicios definitivos. Pero, cualesquiera que sean los resultados prácticos, el recuerdo del Congreso perdurará como expresión inequívoca de franca solidaridad.

"La Convención celebrada determina que los países adherentes formarán un solo territorio postal, en el que regirá la libertad de tarifa y la gratuidad del transporte. Una oficina internacional, con asiento en Montevideo, efectuará los estudios y trabajos que la comunidad de intereses aconseje. En vez del franco oro, adoptado por convenciones anteriores, el Congreso acepta el dólar como unidad monetaria.

"En lo concerniente a encomiendas introduce una reforma, de vastos alcances económicos, concebida así: "Las administraciones de destino podrán cobrar a los destinatarios de encomiendas: los derechos de importación que corresponden; un derecho fijo, de diez centavos de dólar como máximo, por la entrega de la encomienda y formalidades aduaneras; un derecho de almacenaje, por depósito de las encomiendas que no hayan sido retiradas dentro del plazo de diez días; una sobretasa, de diez centavos de dólar como máximo

por el transporte de cada encomienda al domicilio del destinatario.''

''Si bien, salvo en lo tocante a Panamá, el Congreso ha denotado íntegro auspicio a la iniciativa básica sobre gratuidad del transporte, no ha ocurrido lo propio en cuanto a la unidad monetaria y a los derechos sobre encomiendas. El franco oro, que facilita la equivalencia de tarifas, ha contado abiertamente con adhesión de la República Argentina, Brasil, Chile, Guatemala, Panamá, Paraguay y Uruguay. Estas naciones no han advertido conveniencia alguna en modificar la cláusula pertinente de la Convención Postal Universal de Madrid. Han creído que el argumento mayormente agitado, el de la necesidad de que el Primer Congreso Panamericano se desligue de monedas europeas, carecía de solidez, desde que el tipo monetario no perfila la significación del acto, ni es factible substraerse a compromisos surgidos de la Unión Postal Universal. Si las siete naciones que se inclinan a mantener el franco oro no ratifican el convenio, éste quedará desvirtuado. Y la misma innovación sobre encomiendas levantará resistencias, merced a lo que estatuyen las legislaciones internas de los distintos Estados.

''Cuando la delegación del Uruguay preguntó al Congreso si el convenio principal podría ser refrendado por los países de Europa que desearan adherirse, los representantes de Estados Unidos señalaron que, exceptuando a España, que subscribió en Madrid el compromiso postal hispanoamericano, era prudente no permitir adhesiones europeas hasta que el ensayo de la gratuidad del transporte evidenciara el monto exacto de las cargas que impone a los gobiernos. Ha bastado tal sugerencia para que el Congreso sólo deje abierto el convenio a la administración española.

''Examinadas, en sus primordiales lineamientos, las resoluciones del Primer Congreso Postal Panamericano reflejan destacado espíritu de concordia y definido propósito de intensificar las comunicaciones. Aunque la gratuidad del transporte obligue a los gobiernos a crecidos desembolsos, encarna un ideal de acercamiento que América viene persiguiendo desde años atrás. La defensa de ese principio, que contraría normas que acogió el Congreso de Madrid, trasunta que las naciones americanas avanzan en la ruta que les indica su propio porvenir. Son de deplorar, pues, las divergencias suscitadas por la unidad monetaria y el sistema de encomiendas, que quebrantan la armonía del conjunto. Quizá hubiese sido posible evitarlas mediante un aplazamiento de la votación, a efecto de que los delegados volvieran a examinar los intereses recíprocos de las naciones representadas. De haberse llegado a una solución tomada por unanimidad, no provocaría temores la suerte del convenio.

''Con todo, Buenos Aires ha sido teatro de una reunión cuyas ventajas nadie osaría discutir. Y, al estrechar vínculos entre naciones amigas que marchan hacia destinos comunes, el Congreso ha verificado obra fecunda de confraternidad internacional.''

EL CONFLICTO ANGLO-IRLANDES

IRLANDA, una de las dos grandes islas que forman el Reino Unido de la Gran Bretaña, conocida por los griegos del siglo IV, pero que los romanos, más tarde, no llegaron a conquistar por estar relegada al Oeste de Europa y rodeada por mares de difícil navegación, ha sido, sin embargo, en la historia moderna, junto con Polonia y Armenia, una de las naciones cristianas víctimas del imperialismo de los pueblos más fuertes. La cruel conquista de Irlanda por Inglaterra comienza a fines del siglo XII y sigue acentuándose durante los reinados de Enrique VIII y de Isabel de Inglaterra y la dictadura de Cromwell, hasta llegarse a subyugar a toda la isla e incorporársele al Reino Unido en 1800.

El cristianismo llegó a Irlanda en el siglo IV, de manos de San Paladio, pero no se propagó sino hasta el siglo V, gracias a San Patricio, verdadero apóstol de Irlanda. La nueva religión cundió y adquirió gran brillo, habiéndose fundado allí grandes y numerosos monasterios, de manera que Irlanda llegó a ser llamada "la Isla de los Santos." Hombres de pura raza céltica, que se ha dicho originaria de España, poseían todas las buenas cualidades y defectos de su sangre: valerosos hasta la temeridad, afectuosos y pródigos para con el extranjero, poetas entusiastas, hábiles músicos y más diestros en el arpa que los galos, eran al mismo tiempo coléricos y vengativos, odiaban toda clase de yugo y carecían de todo espíritu de unión y de disciplina. El carácter de los irlandeses, si bien modificado por la civilización moderna, no ha cambiado en lo esencial, y a ello se debe por una parte su debilidad que ha hecho posible el dominio inglés y por otra, su sostenida lucha por recobrar su independencia.

Irlanda no es un país industrial; sólo tiene relativa importancia la fabricación de aguardientes, cervezas y algunos tejidos de lana y lino. Su población de hace cien años era mayor de 8 millones, pero hubo de disminuir durante todo el siglo pasado, debido a la miseria del pueblo y a la gran corriente de emigración hacia los Estados Unidos, donde el elemento irlandés es poderoso. De 1846 a 1847 perecieron más de medio millón de individuos en un hambre semejante a la que ahora asuela a Rusia. Por 1889 habían emigrado al nuevo mundo cerca de tres millones de irlandeses. Distritos enteros de la isla paupérrima quedaron desiertos, y la población se alimentaba, como lo hace todavía, en su mayor parte de patatas. Una de las causas primordiales de este mal estado ha sido la inicua distribución de las tierras entre grandes propietarios que residían en Inglaterra o en el Continente y gastaban sus rentas en el exterior. El problema agrario ha sido el problema de Irlanda y para resolverlo de una vez por todas favorablemente, los irlandeses puros, que son católicos, han deseado ante todo su independencia. A esto se oponen los irlandeses del Norte de la isla, protestantes ingleses trasplantados, que de ningún modo quieren consentir en la completa autonomía de la isla ni mucho menos en su separación del Imperio Británico.

Durante la guerra europea, con cierto apoyo alemán, los irlandeses sinn-feinistas, el partido de la independencia, intentaron hacer una revolución libertadora, pero fracasaron, habiendo sido ajusticiados los cabecillas de la insurrección. No por eso se apagaron los ánimos celtas; más bien, especialmente después del armisticio, vinieron sosteniendo contra las autoridades inglesas y contra los ulsteristas (los colonos ingleses de la gran provincia de Ulster, leales a Inglaterra) una guerra continua de asesinatos cometidos por ambas partes, de matanzas horrorosas y de inhumanas represalias.

Los sinn-feinistas habían proclamado la República y electo su gobierno, con Eamonn de Valera de Presidente. Entre éste y Lloyd George, Primer Ministro del Imperio Británico, se han venido llevando a cabo en los últimos meses, conferencias tendientes a dar fin al ya secular escándalo anglo-irlandés, habiendo abierto Lloyd George las negociaciones, a instancias del rey Jorge, en junio 24 de 1921. En julio 8 de Valera aceptó la invitación de pasar a Londres a conferenciar y en esa misma fecha se declaró un armisticio entre el pueblo irlandés sinn-feinista y la oposición. Del 14 de julio al 11 de agosto duraron las conferencias londinenses, como resultado de las cuales Inglaterra ofrecía a Irlanda autonomía dentro del Imperio (dominion home-rule) semejante a la del Canadá. De Valera rehusó esta propuesta, pidiendo en cambio independencia absoluta para Irlanda. De Valera también proponía que se sometiera el conflicto al arbitraje de un miembro por cada parte litigante y de un tercero que fuese el Presidente de los Estados Unidos. El 24 de agosto de Valera, en vista de que Lloyd George se negaba rotundamente a aceptar sus proposiciones, le informa que el Dail Eireann (así se llama el Congreso republicano irlandés), apoya la actitud de los sinn-feinistas, proclama el principio de que "el poder de los gobernantes tiene su origen sólo en la voluntad de los gobernados" y sobre ese principio pide que se discuta el problema irlandés. Añade de Valera que Irlanda está dispuesta a defender su voluntad por la fuerza. El 26 de agosto Lloyd George replica que parece inútil seguir la discusión por notas y solicita nuevas conferencias personales con de Valera, pero indica que no puede discutir con él el principio a que apela el Dail Eireann. A estas nuevas conferencias se opone de Valera, a menos que Lloyd George acepte la discusión del principio invocado por los irlandeses, y declara que el pueblo de Irlanda no reconoce ninguna unión voluntaria con Inglaterra. En septiembre 8 el Consejo de Ministros del Imperio Británico invita a los irlandeses a que manden representantes para una conferencia en Inverness (Escocia) que tendría lugar el 20 de septiembre, pero bajo la condición previa de que Irlanda no abandonaría el Imperio. De Valera acepta esta invitación, haciendo pública su respuesta en Dublín (su capital) el 11 de septiembre, pero insiste en que los delegados sinn-feinistas pueden concurrir sólo como representantes de un Estado independiente. En esa misma fecha Lloyd George cancela la conferencia, declarando

que obrar de otra manera equivaldría a reconocer la independencia de Irlanda. De Valera telegrafía a Lloyd George la expresión de su sorpresa ante la actitud del Primer Ministro y explica que si Irlanda no definiese claramente el carácter de sus enviados, sufriría mengua su posición. El 17 de septiembre Lloyd George reitera su oposición a conferenciar dando la misma razón que el día anterior. De Valera replica que al aceptar su gobierno la invitación inglesa, se abstuvo de pedir que Inglaterra abandonara los principios que alegaba, y declara que "no podemos los representantes del pueblo irlandés reconocernos como nada, sino como lo que somos, representantes de un pueblo que ha declarado su independencia." El 18 de septiembre Lloyd George contesta que está dispuesto a conferenciar con los representantes del pueblo irlandés, pero que éstos no deben aparecer como enviados de un Estado soberano. El 19, de Valera propone a Lloyd George que se celebre un tratado entre el pueblo de Irlanda y los de la Gran Bretaña y sus dominios, "de acomodación y asociación" para concluir de ese modo "y para siempre" la larga y dolorosa contienda. No se llega a ningún acuerdo a este respecto y en septiembre 25 se abre de lleno otra vez la lucha armada entre los sinnfeinistas y los ulsteristas y soldados ingleses, en Belfast, capital de Ulster, resultando cuatro muertos y cincuenta y siete heridos. Derrotado por de Valera en las discusiones abiertas sostenidas hasta esa fecha, puesto que de Valera ha apelado a un principio fundamental de la civilización moderna Lloyd George, con fecha 29 de septiembre, pide al Presidente de Irlanda que se den por no habidas las negociaciones anteriores y que sobre nuevas bases se comience otra vez la discusión en Londres, el 11 de octubre. Accede a esto de Valera, y en esa fecha se reúnen los delegados de ambas partes: cinco irlandeses, entre los cuales no aparece de Valera, y siete británicos encabezados por Lloyd George.

Al escribirse esta nota no se ha tenido noticia exacta en la redacción de **El Maestro** del resultado de las nuevas negociaciones, excepto que el 19 de octubre el Papa católico y Jorge de Inglaterra cambiaron mensajes rogando a Dios por el buen éxito de la conferencia y que el 20 de octubre el Presidente irlandés protestó ante el Pontífice declarando que Irlanda no debía a la corona inglesa vasallaje ni dependencia algunos; lo que demuestra que hasta esa fecha no se había llegado a ningún arreglo, puesto que ambas partes sostenían lo mismo que antes.

RABINDRANATH TAGORE EN SUECIA

EN 1913 la Academia Sueca concedió el premio Nobel de Literatura al escritor hindú Rabindranath Tagore, quien no pudo presentarse en Estocolmo para dictar una conferencia, como es de costumbre, sino hasta el mes de mayo de este año.

La admirable conferencia de Tagore es el último de los grandes acontecimientos intelectuales y por tal motivo la transcribimos íntegra, con la seguridad de que in

presionará gratamente la belleza sencilla de sus ideas.

"Recuerdo la tarde en que recibí un telegrama de mi editor en Inglaterra, comunicándome que se me había acordado el premio Nobel. Me encontraba en Shantiniketan, (Escuela de Tagore en Bolpur) que yo supongo que la mayoría de ustedes conocen, y justamente en ese instante estábamos en camino hacia el bosque, cerca de la escuela. Cuando pasábamos frente a la casa de Correos y Telégrafos, vino un mensajero con un telegrama en la mano, corriendo hacia mí. Iba conmigo en ese momento un huésped inglés y como creí que el telegrama no era importante, lo metí en el bolsillo con el propósito de leerlo a la llegada; pero mi huésped tenía seguramente conocimiento de su contenido, porque me pidió que lo abriera inmediatamente. Leí el mensaje, que yo apenas podía creer. Consideré probable que el giro telegráfico hubiera sido mal interpretado, pero finalmente me convencí de que era la verdad. Lo que especialmente me conmovió fué el contento de los niños y de los maestros, por el grato suceso. Estos, que me amaban y a quienes yo amaba, se regocijaban por el honor recibido y yo comprendí entonces que mis compatriotas participarían de la misma manera del contento, ante la honrosa demostración. A la noche, sentado solo en la terraza, me preguntaba cuál sería la causa de que mis poesías fueran bien acogidas en Occidente, siendo hijas de otra raza, separada de los hijos de Occidente por aguas y montañas. Y yo puedo asegurar a ustedes que no fué con arrogancia sino con temor, como yo mismo me examinaba; y en ese instante me sentía humilde.

"Me acuerdo cómo mi actividad se desarrolló desde mi más temprana juventud. A los veinticinco años vivía en el más completo retiro en mi bote-casa, flotando sobre las aguas rumorosas del Ganges, con los patos silvestres del río como única compañía. Allí bebí como vino el sol profuso de las extensiones, y el murmullo del río me hablaba de los secretos de la naturaleza. Yo soñaba y daba forma a mis sueños en poesías y relatos que mandaba a los diarios y revistas de Calcuta. No sé si los poetas occidentales pasan su juventud en tal retiro; pero no creo que sea posible: la soledad no tiene ningún lugar en el mundo occidental. En consecuencia, era yo por este tiempo un hombre desconocido, conocido sólo en mi propia provincia. Yo estaba satisfecho con este aislamiento, que me protegía de la curiosidad de la gente. Pero vino un tiempo en que mi corazón sintió un anhelo de salir de este aislamiento, con el objeto de trabajar por el bien de la especie humana, anhelo de no soñar y meditar sobre los problemas de la vida solamente, sino también dar expresión a mis ideas, trabajando por otros. Entonces tuve el pensamiento de enseñar a los niños. Yo no tenía ninguna predisposición, especialmente no habiendo tenido la ventaja de una enseñanza ordenada; pero tenía amor a los niños y a la naturaleza y mi finalidad era dar a aquellos la libertad de disfrutar de la vida. Yo mismo, cuando niño, sufrí mi tiempo de prisión en la escuela, necesité también pasar a través de máquinas de instrucción, que aplastan todo contento de la exis

tencia, de lo que los niños tienen sed. Fué mi objetivo dar a éstos la libertad a que tienen derecho desde su nacimiento.

"Reuní algunos niños a mi alrededor; traté de hacerlos felices, fuí su compañero de juegos, el mayor de la banda. Crecí como ellos en esta atmósfera de libertad. Los gritos y cantos de los niños llenaban el aire y yo bebí este espíritu de alegría día por día. A la puesta del sol, solía sentarme retirado, contemplando la naturaleza y escuchando voces infantiles, y me parecía que los niños eran como los árboles, creciendo del corazón de la tierra, fuentes de vida, y como un niño grande enviaba también mi voz jubilosa hacia el cielo. En este medio compuse GITANJALI y los versos los cantaba a veces para mí mismo, bajo la magnificencia del cielo hindú. Y continué con esta vida, hasta que vino un día en que sentí otra vez la necesidad de ir al corazón del mundo. Concebí que esta existencia en el retiro sólo era el preludio de mi gran viaje de peregrino. Anhelaba ponerme en contacto con los hombres de Occidente; sabía que nuestra época pertenece al Occidental, con su exuberante energía; sentía que antes de la muerte debía ir a Occidente, para encontrarme con la gente en el santuario secreto donde la Divinidad tiene su templo.

"Fuí, y conmigo llevaba en manuscrito mis poesías, que había traducido al inglés, aunque sin el propósito especial de publicarlas. Pero cuando se presentaron al público británico, éste las elogió; el corazón occidental se abría para ellas sin retardo. Fué un milagro para mí, que había vivido todos esos años separado del Occidente y de su espíritu, ser inmediatamente aceptado por éste como uno de sus propios poetas. Pero comprendía que esto tal vez tuviera un significado más profundo y que los sentimientos que he interpretado en mis poesías eran comprensibles para los occidentales con su ardiente vivir, sedientos de paz, infinita paz. Con la preparación que mi musa había tenido desde la juventud a orillas del Ganges, podía presentarme y ofrecer al Occidente mi copa que fué recibida y ensalzada. Pero ésta no es mi gloria; del Oriente vino al Occidente; porque ¿no es acaso el Oriente la madre espiritual de la humanidad? Y cuando los hijos de Occidente, heridos, hambrientos, se vuelven a esta alta madre, el Oriente, ¿no esperan de ella remedio y alimento? Felizmente para mí, vine en el preciso instante en que el Occidente otra vez se volvía hacia el Oriente y como su representante, obtuve mi recompensa de amigos de Occidente.

"El premio que recibí de Suecia no fué empleado en beneficio mío; como individuo no tenía derecho a usarlo; lo destiné a los niños y estudiantes del Oriente, fué como una semilla que se siembra, germina y fructifica para utilidad del sembrador. He usado el dinero para iniciar y sostener mi Universidad en la patria, donde quiero que los estudiantes de Occidente vayan y lo mismo que mis hermanos de allá, trabajen buscando la verdad, que ha estado escondida para nosotros durante centurias, y en encontrar los tesoros espirituales que la humanidad necesita. Recuerdo aquellos días, cuando la India tenía sus grandes universidades, en la época de oro de su civili-

zación. Entonces no se encerraba la India en sí misma, abría sus puertas a todas las razas y pueblos y venían y se les ofrecía oportunidad de tomar parte de lo mejor que el país podía regalar. Se les ofrecía sin paga, porque es la tradición en nuestra tierra no recibir remuneración material por la dádiva de la verdad. La responsabilidad de transmitir el conocimiento descansa sobre el que lo posee. No es deber del alumno ir hacia el maestro, sino del maestro ofrecer sus presentes a aquellos que lo necesitan. Era esto lo que hizo posible la existencia de nuestras grandes universidades en las diferentes provincias de la India y siento que de lo que más sufrimos es de nuestro aislamiento. Hemos perdido nuestras posibilidades de ofrecer al mundo lo mejor que poseemos. Hemos perdido la confianza en nuestra propia civilización; hemos perdido el contacto con el mundo. No tenemos ningún tiempo que perder. Tenemos causa para estar orgullosos de la herencia de nuestros padres y ésta debe dilapidarse, no sólo por nosotros, sino por la humanidad.

"Esto es lo que me ha inducido a iniciar esta institución, donde los estudiantes del Oriente y del Occidente se encuentren para recibir nutrición espiritual. Esto me trae al Occidente, para invitar a todos ustedes a la fiesta que espera en el Oriente y estoy convencido de que no recibiré desaire, porque en otros países he sido recibido con entusiasmo y he encontrado la opinión general de que el Occidente necesita del Oriente como éste de aquél. Ha llegado el tiempo de que nos encontremos en la verdad y abrigo la satisfacción de pertenecer a esta época, de haber podido expresar todo esto por escrito y colaborado en la construcción de la cultura de un gran porvenir. Aunque pueda haber aparecido obscuro en la traducción de otras lenguas, creo, sin embargo, que lo fundamental ha sido comprendido.

"Esta excursión al Occidente ha significado para mí la obligación de abandonar el aislamiento en que he vivido, de presentarme ante los ojos de todos, algo a lo cual no estaba habituado. Me siento tímido estando en vuestra presencia. Pero agradezco a Dios haber podido juntar los corazones del Oriente y del Occidente, y hasta el final de mi vida debo continuar mi misión: llenar el abismo que existe entre ambos pueblos. No está de acuerdo con el espíritu de la India rechazar alguna raza o cultura. La India siempre ha proclamado el ideal de la unidad, que comprende todo, no excluye nada en la existencia; comprende con una sola alma en la claridad del amor y de los sentidos. En estos tiempos de inquietud política, siento que la India es el país que unirá las razas humanas. Por eso el problema de las razas es el problema de la India; nosotros mismos estamos disgregados y ninguna unidad política puede tampoco satisfacernos; debemos ir más hondo: a la unidad espiritual. Al respecto estamos bien preparados con nuestra vetusta literatura y nuestra religión, que es la religión de la comprensión; la que dice: aquel que se ve a sí mismo en todos los seres, que concibe todos los seres como a sí mismo, conoce la verdad. Esta verdad será manifestada por los hijos del Oriente.

"Necesitamos recordar estas palabras: hemos nacido seres huma

nos con el amor y la reconciliación y no con la lucha como objetivo. No somos animales de presa; es el espíritu del YO lo que crea ilusiones y con ello desgracias. Pero las ilusiones desaparecerán cuando penetremos en el corazón de la humanidad.

"Para proseguir esta gran misión de la India, he erigido mi Universidad y os invito a todos vosotros a juntaros con nosotros y a que vuestros estudiantes y hombres de ciencia cooperen en hacer de ella una institución común, oriental y occidental. Por esto vengo y ruego y demando vuestra ayuda, en el nombre de la humanidad, del amor y de Dios."

LAS OCHO HORAS

POR EUGENIO D'ORS

ES, en la memoria, una imagen clara y confusa por mitad. Yo era un niño. Mi mano alcanzaba a la mano de alguien —no recuerdo ahora de quién—, de alguien doméstico y benévolo... Y llevaba en la otra un rollo de papel—tampoco recuerdo qué, tal vez un cuaderno escolar recientemente adquirido—, pero cuyo color veo ahora con gran precisión: un verde muy tierno.

Llenaba el gentío la rambla barcelonesa, bajo el sol radiante. Pasó entonces una manifestación larga. Situado, por la casualidad, demasiado a ras de ella, desprendióse mi mano, sin sentir, de la mano protectora. Y me encontré solo, criatura extraviada entre la multitud, criatura burguesa, arrastrada rambla abajo, por una manifestación del primero de mayo.

Lloraba. Y sé que entre lágrimas vi unas banderas rojas y negras y un estandarte blanco, en el cual había pintados los tres ochos.

Una mujer manifestante se burló de mí. Dijo que lo que yo llevaba entre las manos parecía una lechuga. Hubo otra mujer que rió muy fuerte al oír esto. Pero otra tercera, viéndome deshecho en lágrimas, me acarició, mandó callar a las deslenguadas y me dió la mano para que no me apartara de ella. Y así, de la mano de una mujer de fábrica, yo era un manifestante más, un manifestante lloroso, un niño que pedía también las ocho horas.

¿Qué importa que, al llegar al Llano de la Boquería, la mujer me dejase recomendado a una tienda y siguiese su camino? El cuño de aquella mano en la mía, yo continué sintiéndolo. El cuño de aquella mano en la mía, lo siento ahora. El cuño de aquella mano en la mía me ha sellado ya, tal vez para siempre.

Y esta debe ser la causa del salto de mi corazón—ahora que se ha alcanzado el ideal de aquella manifestación *nuestra*—, ahora que se ha preceptuado las ocho horas.

II

...Pero si estas "ocho horas" han de lograr algún efecto de cultura, es necesario que la implantación del nuevo régimen coincida con una manera de gran incendio espiritual. Sobre los ejérci

tos generosos de la educación popular pesa ahora más responsabilidad que nunca.

Recuerdo la ironía de algún escritor ilustre (¿tal vez Jean Dolent, el gran esteta fragmentario?) Como le hablasen del bello programa: Ocho horas para el trabajo, ocho para el reposo, ocho para la cultura... él insinuaba: —"Muy bien, muy bien. Pero ¿la cultura se prestará?"

...Esto es para decir que hay que tener cuidado que, de las ocho horas de cultura, no se lleve tres el *cine*.

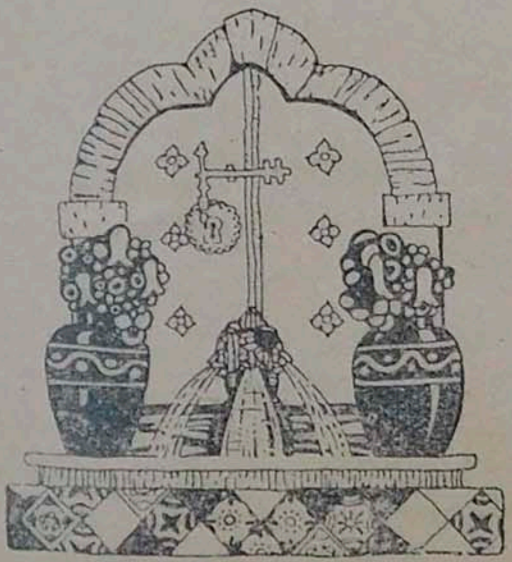
III

Momento decisivo para la suerte futura de nuestro pueblo. Estas dos horas ganadas al trabajo. Este "de siete a nueve."

Decimos del *cine*. Y, más abajo, ¿la taberna, no? —Nuestro pueblo es sobrio: lo sabemos, contamos con ello—. Pero, ¿sobrio por naturaleza y disposición inevitable? Este "de siete a nueve" ¿no constituirá una ocasión y una tentación demasiado fuerte? Hemos visto pueblos cambiados, *precipitados*, en ocasiones parecidas a esta nuestra de hoy. Asturias, con la rebaja de horas de trabajo ha pasado de beber la cidra al uso de los peores venenos alcohólicos. Me dicen que ahora es corriente que los lunes, por la mañana, falte la mitad de los obreros a la lista de las minas y de las fábricas

No hay que contar demasiado con "las virtudes tradicionales." La virtud se gana cada día, no se hereda. Y más vale ganarla con la entrada en nuevas actividades, que fiarse de viejas abstenciones

El "de siete a nueve" es un problema, e importa frente de él no dormirse en un optimismo etnográfico beato. Que de él se preocupen cuantos soportan magistratura y responsabilidad en nuestro pueblo.



Historia

TRES HEROES

POR JOSE MARTI

CUENTAN que un viajero llegó un día a Caracas al anochecer, y sin sacudirse el polvo del camino, no preguntó dónde se comía ni se dormía, sino cómo se iba a donde estaba la estatua de Bolívar. Y cuentan que el viajero, solo con los árboles altos y olorosos de la plaza, lloraba frente a la estatua, que parecía que se movía, como un padre cuando se le acerca un hijo. El viajero hizo bien, porque todos los americanos deben querer a Bolívar como a un padre. A Bolívar, y a todos los que pelearon como él porque la América fuese del hombre americano. A todos: al héroe famoso, y al último soldado, que es un héroe desconocido. Hasta hermosos de cuerpo se vuelven los hombres que pelean por ver libre a su patria.

Libertad es el derecho que todo hombre tiene a ser honrado, y a pensar y a hablar sin hipocresía. En América no se podía ser honrado, ni pensar ni hablar. Un hombre que oculta lo que piensa, no es un hombre honrado. Un hombre que obedece a un mal gobierno, sin trabajar para que el gobierno sea bueno, no es un hombre honrado. Un hombre que se conforma con obedecer a las leyes injustas, y permite que pisen el país en que nació los hombres que se lo maltratan, no es un hombre honrado. El niño, desde que puede pensar, debe pensar en todo lo que ve, debe padecer por todos los que no pueden vivir con honradez, debe trabajar porque puedan ser honrados todos los hombres, y debe ser un hombre honrado. El niño que no piensa en lo que sucede a su alrededor, y se contenta con vivir, sin saber si vive honradamente, es como un hombre que vive del trabajo de un bribón, y está en el camino de ser bribón. Hay hombres que son peores que las bestias, porque las bestias necesitan ser libres para vivir dichosas: el elefante no quiere tener hijos cuando vive preso: la llama del Perú se echa en la tierra y se muere, cuando el indio le habla con rudeza, o le pone más carga de la que puede soportar. El hombre debe ser, por lo menos, tan decoroso como el elefante y como la llama. En la América se vivía antes de la libertad como la llama que tiene mucha carga encima. Era necesario quitarse la carga, o morir.

Hay hombres que viven contentos aunque vivan sin decoro. Hay

otros que padecen como en agonía cuando ven que los hombres viven sin decoro a su alrededor. En el mundo ha de haber cierta cantidad de decoro, como ha de haber cierta cantidad de luz. Cuando hay muchos hombres sin decoro, hay siempre otros que tienen en sí el decoro de muchos hombres. Esos son los que se rebelan con fuerza terrible, contra los que les roban a los pueblos la libertad, que es robarles a los hombres su decoro. En esos hombres van miles de hombres, va un pueblo entero, va la dignidad humana. Esos hombres son sagrados. Estos hombres son sagrados: Bolívar, de Venezuela; San Martín, del Río de la Plata; Hidalgo, de México. Se les debe perdonar sus errores, porque el bien que hicieron fué más que sus faltas. Los hombres no pueden ser más perfectos que el sol. El sol quema con la misma luz con que calienta. El sol tiene manchas. Los desgraciados no hablan más que de las manchas. Los agradecidos hablan de la luz.

Bolívar era pequeño de cuerpo. Los ojos le relampagueaban y las palabras se le salían de los labios. Parecía como si estuviera esperando siempre la hora de montar a caballo. Era su país, su país oprimido, que le pesaba en el corazón y no le dejaba vivir en paz. La América entera estaba como despertando. Un hombre solo no vale nunca más que un pueblo entero; pero hay hombres que no se cansan, cuando su pueblo se cansa, y que se deciden a la guerra antes que los pueblos, porque no tienen que consultar a nadie más que a sí mismos, y los pueblos tienen muchos hombres, y no pueden consultarse tan pronto. Ese fué el mérito de Bolívar, que no se cansó de pelear por la libertad de Venezuela, cuando parecía que Venezuela se cansaba. Lo habían derrotado los españoles: lo habían echado del país. El se fué a una isla, a ver su tierra de cerca, a pensar en su tierra.

Un negro generoso lo ayudó cuando ya no lo quería ayudar nadie. Volvió un día a pelear, con trescientos héroes, con los trescientos libertadores. Libertó a Venezuela. Libertó a la Nueva Granada. Libertó al Ecuador. Libertó al Perú. Fundó una nación nueva, la nación de Bolivia. Ganó batallas sublimes con soldados descalzos y medio desnudos. Todo se extremecía y se llenaba de luz a su alrededor. Los generales pelaban a su lado con valor sobrenatural. Era un ejército de jóvenes. Jamás se peleó tanto ni se peleó mejor en el mundo por la libertad. Bolívar no defendió con tanto fuego el derecho de los hombres a gobernarse por sí mismos, como el derecho de América a ser libre. Los envidiosos exageraron sus defectos. Bolívar murió de pesar del corazón, más que de mal del cuerpo, en la casa de un español, en Santa Marta. Murió pobre y dejó una familia de pueblos.

México tenía mujeres y hombres valerosos, que no eran muchos, pero valían por muchos: media docena de hombres y una mujer preparaban el modo de hacer libre a su país. Eran unos cuantos

jóvenes valientes, el esposo de una mujer liberal, y un cura de pueblo que quería mucho a los indios, un cura de sesenta años. Desde niño fué el cura Hidalgo de la raza buena, de los que quieren saber. Los que no quieren saber son de la raza mala. Hidalgo sabía francés, que entonces era cosa de mérito, porque lo sabían pocos. Leyó los libros de los filósofos del siglo dieciocho, que explicaron el derecho del hombre a ser honrado, y a pensar y a hablar sin hipocresía. Vió a los negros esclavos, y se llenó de horror. Vió maltratar a los indios que son tan mansos y generosos, y se sentó entre ellos como un hermano viejo, a enseñarles las artes finas que el indio aprende bien: la música que consuela; la cría del gusano, que da la seda; la cría de la abeja, que da miel. Tenía fuego en sí, y le gustaba fabricar; creó hornos para cocer los ladrillos. Le veían lucir mucho de cuando en cuando los ojos verdes. Todos decían que hablaba muy bien, que sabía mucho nuevo, que daba muchas limosnas el señor cura del pueblo de Dolores. Decían que iba a la ciudad de Querétaro una que otra vez, a hablar con unos cuantos valientes y con el marido de una buena señora. Un traidor le dijo a un comandante español que los amigos de Querétaro trataban de hacer a México libre. El cura montó a caballo, con todo su pueblo, que lo quería como a su corazón; se le fueron juntando los caporales y los sirvientes de las haciendas, que eran la caballería; los indios iban a pie, con palos y flechas, o con hondas y lanzas. Se le unió un regimiento y tomó un convoy de pólvora que iba para los españoles. Entró triunfante en Celaya, con músicas y vivas. Al otro día juntó el Ayuntamiento, lo hicieron general, y empezó un pueblo a nacer. El fabricó lanzas y granadas de mano. El dijo discursos que dan calor y echan chispas, como decía un caporal de las haciendas. El declaró libres a los negros. El les devolvió sus tierras a los indios. El publicó un periódico que llamó *El Despertador Americano*. Ganó y perdió batallas. Un día se le juntaban siete mil indios con flechas, y al otro día lo dejaban solo. La mala gente quería ir con él para robar en los pueblos y para vengarse de los españoles. El les avisaba a los jefes españoles que si los vencía en la batalla que iba a darles, los recibiría en su casa como amigos. ¡Eso es ser grande! Se atrevió a ser magnánimo, sin miedo a que lo abandonase la soldadesca, que quería que fuese cruel. Su compañero Allende tuvo celos de él, y él le cedió el mando a Allende. Iban juntos buscando amparo en su derrota cuando los españoles les cayeron encima. A Hidalgo le quitaron uno a uno, como para ofenderlo, los vestidos de sacerdote. Lo sacaron detrás de una tapia, y le dispararon los tiros de muerte a la cabeza. Cayó vivo, revuelto en la sangre, y en el suelo lo acabaron de matar. Le cortaron la cabeza y la colgaron en una jaula, en la Alhóndiga misma de Granaditas, donde tuvo su gobierno. Enterraron los cadáveres descabezados. Pero México es libre.

San Martín fué el libertador del Sur, el padre de la República

Argentina, el padre de Chile. Sus padres eran españoles, y a él lo mandaron a España para que fuese militar del rey. Cuando Napoleón entró en España con su ejército, para quitarles a los españoles la libertad, los españoles todos pelearon contra Napoleón; pelearon los viejos, las mujeres, los niños; un niño valiente, un catalancito, hizo huir una noche a una compañía, disparándoles tiros y más tiros desde un rincón del monte: al niño lo encontraron muerto, muerto de hambre y de frío; pero tenía en la cara como una luz, y sonreía, como si estuviese contento. San Martín peleó muy bien en la batalla de Bailén, y lo hicieron teniente coronel. Hablaba poco, parecía de acero: miraba como un águila: nadie lo desobedecía: su caballo iba y venía por el campo de pelea, como el rayo por el aire. En cuanto supo que América peleaba para hacerse libre, vino a América; ¿qué le importaba perder su carrera, si iba a cumplir con su deber?: llegó a Buenos Aires: no dijo discursos: levantó un escuadrón de caballería: en San Lorenzo fué su primera batalla: sable en mano se fué San Martín detrás de los españoles, que venían muy seguros, tocando el tambor, y se quedaron sin tambor, sin cañones y sin bandera. En los otros pueblos de América los españoles iban venciendo: a Bolívar lo había echado Morrillo el cruel de Venezuela. Hidalgo estaba muerto: O'Higginis salió huyendo de Chile: pero donde estaba San Martín siguió siendo libre la América. Hay hombres así, que no pueden ver esclavitud. San Martín no podía; y se fué a libertar a Chile y al Perú. En dieciocho días cruzó con su ejército los Andes altísimos y fríos: iban los hombres como por el cielo, hambrientos, sedientos: abajo, muy abajo, los árboles parecían hierba, los torrentes rugían como leones. San Martín se encuentra al ejército español y lo deshace en la batalla de Maipú, lo derrota para siempre en la batalla de Chacabuco. Liberta a Chile. Se embarca con su tropa, y va a libertar el Perú. Pero en el Perú estaba Bolívar; San Martín le cede la gloria. Se fué a Europa triste, y murió en brazos de su hija Mercedes. Escribió su testamento en una cuartilla de papel, como si fuera el parte de una batalla. Le habían regalado el estandarte que el conquistador Pizarro trajo hace cuatro siglos, y él regaló el estandarte en el testamento al Perú. Un escultor es admirable porque saca una figura de la piedra bruta; pero esos hombres que hacen pueblos son más que hombres. Quisieron algunas veces lo que no debían querer; pero ¿qué no le perdonará un hijo a su padre? El corazón se llena de ternura al pensar en esos gigantescos fundadores. Esos son héroes; los que pelean por hacer a los pueblos libres, o los que padecen en pobreza y desgracia por defender una gran verdad. Los que pelean por la ambición, por hacer esclavos a otros pueblos, por tener más mando, por quitarle a otro pueblo sus tierras, no son héroes, sino criminales.

HISTORIA UNIVERSAL

LOS HINDUES

LAS naciones orientales de que tenemos noticias, han sido Semitas o Hamitas.

Ahora, nuestras investigaciones se dirigen hacia la historia de los dos grandes representantes asiáticos de la gran raza aria: los hindúes o indostanos y los persas.

Sede Primitiva de los Arios

106.—Hemos visto ya que los antepasados de todos los grandes pueblos europeos vinieron del Asia Occidental, en donde habitaron al mismo tiempo que los ancestros de los persas e hindúes. Pero la sede original de la indivisa familia aria no fueron ni Persia ni la India. Los persas llegaron como inmigrantes a Persia, así como los hindúes a la India; de la misma manera que los griegos, latinos, teutones, celtas y eslavos, habían llegado a Europa con el carácter de inmigrantes. La morada original del indiviso tronca ario se ha fijado por los doctos en esta clase de estudios, en el nordeste de Persia, en la región de los ríos Oxus y Jaxantes.

Migración Hindú

107.—Los primitivos *hindúes* al dejar el lugar de su origen, se establecieron primeramente en la parte noroccidental de la India. Parece que fué en el año 3,000 A. C. (°) cuando cruzaron el Indus y se establecieron entre ese río y el Jumna, conocido desde entonces entre ellos con el nombre de Arya Varta. Sabemos que, algún tiempo después, ocupaban toda la región Norte de la comarca Vindya.

Amalgama

108.—Encontramos que en esa época la península de la India estaba ocupada por razas de obscuro origen. Estas fueron subyugadas desde luego por los arios de hermosa piel, quienes eventualmente se extendieron por todo el país. Con el transcurso del tiempo. los arios perdieron mucho de su primitiva pureza de sangre, al mezclarse con las tribus vernáculas, de quienes adoptaron costumbres e ideas, hasta perder casi totalmente su identidad. Este hecho explica lo peculiar de la civilización de los hindúes. Los arios, en general, son una

(°) Según doctos en Sanscrito, 3101 A. C.

raza progresista y práctica; pero los hindúes, después de lograr considerables progresos en literatura y filosofía, convirtiéronse en estacionarios y tuvieron muy poca influencia en la gran corriente de la historia mundial. Veremos cómo sus afines, los persas, que habían permanecido sin mezclarse, desenvolvieron mucho más esas características que distinguen a los miembros europeos del tronco ario: los griegos, latinos, teutones, etc.

Visita de Alejandro

109.—La primera noticia histórica que tenemos de la India, en relación con Europa, es la invasión por Alejandro el Grande (326 A. C.) en el curso de su expedición para conquistar el mundo. El jefe macedonio apenas si hizo caso de la India y empeñó unas cuantas batallas con los príncipes nativos; pero los historiadores que le acompañaron en la expedición, dejaron descripciones de la sociedad india, que corresponden casi exactamente con la de nuestros días.

Castas

110.—En la época de Alejandro la sociedad india estaba firmemente establecida en castas (algo semejante al estado de cosas que encontramos en Egipto), y en el momento actual prevalece aún el mismo sistema, que data de tiempos inmemoriales. Los hindúes hicieron cuatro divisiones de la sociedad: 1. Los *Brahmines*, que se ocupaban exclusivamente de religión y de filosofía. 2. Los *Kshatriyas*, que atendían a asuntos de guerra y de gobierno. 3. Los *Vaisyas*, que eran comerciantes y agricultores. 4. Los *Sudras*, o artesanos y labriegos. Todavía más abajo de estas clases estaban los *Paviahs*, o descastados, quienes desempeñaban los trabajos más insignificantes. Por regla general se exigía de toda persona que siguiese la profesión de la casta a que pertenecía y los reglamentos sobre matrimonio entre hermanos eran muy estrictos.

Origen de la Casta

111.—La división en castas tuvo su origen, probablemente, en el deseo de los conquistadores arios de mantener una distinción entre sí mismos y las tribus inferiores, con relación a ellos; y la palabra hindú por la que se da a entender casta (*varna*) dícese que significa *color*.

Idioma Sanscrito

112.—El idioma de los antiguos hindúes fué el sanscrito. Actualmente no se habla y sólo es comprendido por los brahmines y por los eruditos que lo han estudiado. El conocimiento de esta lengua por los eruditos europeos, a fines del siglo antepasado, los llevó a reconocer todos los idiomas de Europa, junto con el sanscrito, como de la familia de las lenguas indo-europeas (familia aria). Se encontró que el sanscrito, en sus palabras y en su gramática, tiene una notable semejanza con las lenguas griega, latina, germánica, celta y eslava, y aunque ya no se considera el sanscrito como *matriz* de estos dialectos, se le conceptúa el idioma que más se acerca al lenguaje original de los arios indivisos.

113.—En su lengua superiormente desarrollada, los hombres cultos del antiguo Indostán legaron una vasta literatura, de la que se conserva mucho en nuestros días. Entre los más antiguos de estos escritos están *Los Vedas*, que se cree daten de 2,000 años A. C. Formaron parte de los libros sagrados de la religión brahmánica.

Literatura Hindú

114.—Los vedas establecen claramente la doctrina de que existe "un verdadero sér desconocido, omnipotente, omnipresente, creador, conservador y destructor de todo el universo." Este Sér Supremo "no es concebible por la visión ni por ningún otro de los órganos del sentido." Pero la teología predominante es lo que llamamos *panteísmo*; es decir, el sistema que trata de Dios como alma del Universo o como el Universo en sí mismo: "En El está absorbido el mundo entero: de El procede; El está compenetrado y entretejido con toda la creación... Todo lo que existe es Dios, todo lo que olemos, gustamos, vemos, oímos o sentimos, es el Supremo Sér." Este Supremo Sér invisible, según los hindúes, se manifiesta a sí mismo en tres formas: Como Brahma (el Creador), Vishnu (el Conservador) y Siva (el Destructor).

Religión

115.—El punto central de la teología hindú es la doctrina de la transmigración de las almas. Según ella, el alma encarna en formas terrestres, con el objeto de ser castigada y su fin estriba en reunirse con el Espíritu Divino del Universo. El hindú, por consiguiente, considera la existencia en este mundo como una prueba y un castigo que debe ser abreviado mediante la oración, el sacrificio y la penitencia; es decir: por la purificación. Si un hombre descuida esto, su alma encarnará después de la muerte en formas inferiores y habrá de comenzar de nuevo su evolución.

Doctrina de la Transmigración

116.—Además de *Los Vedas*, poseen los hindúes una vasta literatura en prosa y verso. Un número considerable de estas obras se ha traducido por eruditos modernos. Son sumamente curiosas y de un valor inestimable, como ilustradoras del estado mental de esta antigua representación de nuestro propio tronco ario; pero la ausencia de forma artística hace que no sean apreciadas por la generalidad de los lectores y de aquí que se aminore su *valor literario*.

Otras Escrituras

117.—Hay en la India copiosas reliquias de arte antiguo. Entre los monumentos más notables se encuentran los templos y cavernas talladas en la roca, especialmente los que se descubrieron en Ellora, al centro de la baja India, y en la Isla de Elefanta. Los templos, que están primorosamente esculpidos y llenos de interesantes inscripciones, requirieron la labor de millares de manos por espacio de muchas edades.

Arquitectura

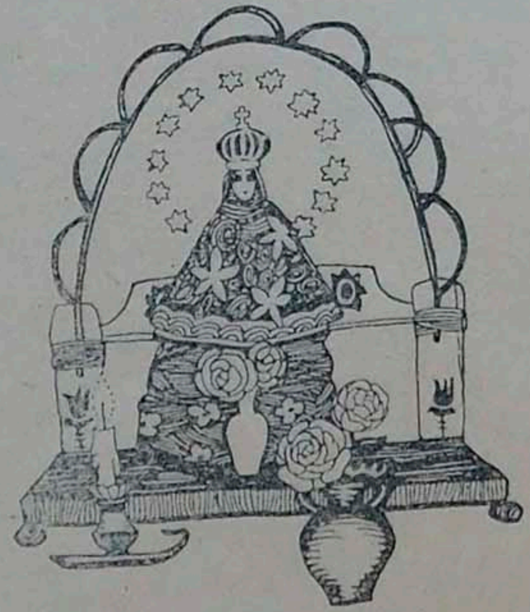
118.—En el siglo VI A. C., surgió en la India un nuevo sistema de religión, llamado budismo.

Budismo

Su fundador fué un príncipe indio llamado Gautauma. Proviene su doctrina de una reacción social y religiosa contra los abusos del antiguo brahmanismo; y seguramente no fué en muchos respectos una reforma importante. Se extendió con rapidez y es todavía la religión de la tercera parte de la raza humana.

Comercio

119.—Aun cuando, durante el período completo de la antigüedad, la India permaneciera ajena a todo lo que entonces constituía el mundo civilizado, tuvo no obstante, una influencia importante sobre el comercio antiguo. La abundancia de productos naturales y artísticos: perlas, piedras preciosas, marfil, especierías, gomas y sedas, hicieron de esa región en el período primitivo, el centro de un gran tráfico marítimo y de caravanas. Los fenicios, como hemos visto, se habían consagrado al tráfico con la India por mar y por tierra. La misma ocupación fué heredada por las repúblicas italianas durante la edad media; y las "perlas y el oro" de la India, encontraron salida por Arabia y el Mar Rojo, hacia el Mediterráneo, hasta que Vasco de Gama, en tiempo de Colón, rodeó el Cabo de Buena Esperanza.



Diversos Temas

NUEVA LEY DE LOS TRES ESTADOS

POR JOSE VASCONCELOS

VARIAS veces se ha formulado en los últimos tiempos la teoría, seguramente exacta, de que las nacionalidades son una forma de organización social que pronto será reemplazada por federaciones de pueblos unidos entre sí, ya no únicamente por un pacto político, ni tampoco por el solo efecto de los intereses comerciales, sino por los lazos más estrechos de la tradición, el idioma y la sangre. Dentro de esta teoría—esbozada antes de la guerra por los alemanes y contradicha en cierto sentido por los vencedores—las nacionalidades constituyen una forma transitoria que se inicia al terminar la Edad Media y llega a esplendor cabal a fines del siglo XIX. Epoca que ve dividirse los hombres de una misma raza y de una misma lengua en fracciones y subfracciones independientes, que combaten unas contra otras o se mantienen apartadas aun cuando a veces procedan de un mismo tronco.

Pueblos de habla y de raza distintas se juntan más o menos forzadamente para constituir naciones jamás confundidas, como Austria Hungría, o grandes reinos que han llegado a ser casi homogéneos como Inglaterra y España. Otras veces, como en el caso de los países de América, una misma sangre, a causa de la naturaleza del terreno, se ha visto disgregada y subdividida hasta hacer veinte naciones débiles de una antigua dominación fuerte y poderosa. Y estos absurdos, debidos a circunstancias territoriales, económicas, políticas, a circunstancias, desde el punto de vista del espíritu, mezquinas y fortuitas, llegan sin embargo a enraizar en el corazón de los pueblos, dando lugar a los mil prejuicios y aberraciones del patriotismo nacional.

Patriotismo corresponde a nacionalismo y se resuelve en el culto de la bandera, y la adhesión al territorio de una antigua provincia, de un gran imperio. ¿De dónde procede este modo de sentir extraño para una reflexión despejada?

Anteriormente a la fundación de las nacionalidades había tribus y grandes imperios. El gran imperio militar era una expresión de la tribu, y el uno y la otra procedían de la conquista que junta ciegamente a los pueblos. Cierto que en Grecia y Roma aparte del yugo militar y de la situación geográfica existía cierta comunidad

de sangre y un idioma común; a pesar de eso, ambos imperios constituyeron conglomerados de pueblos y de razas, unidos por la necesidad y prestos a desintegrarse tan pronto como cesara la amenaza de las espadas. En ellos el conquistador no asimila: sojuzga; no impone su lengua ni sus dioses, su conquista no es espiritual y por lo mismo ni perdura ni transforma a los vencidos, y ni siquiera intenta crear con ellos humanidad nueva.

El ideal nacional representa un progreso sobre tal forma primitiva de organización porque tiende a fundar organismos más homogéneos. Algunas veces no lo logra, como en el caso de Austria Hungría, porque la sola obra de la fuerza no es perdurable: pero cuando la nacionalidad se constituye sobre la base de un ideal generoso, se obtienen éxitos como Francia, que es venerable por su devoción a la libertad, o como España que es grande porque supo crear un nuevo mundo en América. Sin embargo, no es la nacionalidad el tipo acabado de la organización social, porque a semejanza de la tribu guerrera y del imperio antiguo, la nacionalidad se funda en las necesidades de la geografía, en las ventajas del comercio y en los dictados de la fuerza, causas todas ajenas a la voluntad humana. Y la civilización desde sus comienzos es una lucha entre las fuerzas naturales que siguen determinada trayectoria repetida y fija, y las fuerzas del espíritu que se empeñan en crear un orden nuevo por encima de la necesidad y del girar siempre en círculo. Lucha del movimiento en espiral que es el del espíritu y el círculo que representa la necesidad constreñida a repetirse. El poderío del espíritu, imponiendo leyes a las cosas, se manifiesta en el orden social en un anhelo como de patria más libre y grande. De allí que cada día se nos hagan más intolerables las divisiones arbitrarias que entre nosotros ha impuesto el medio, y circunstancias como, por ejemplo, que sea uno el patriotismo chileno y otro el patriotismo argentino, y así sucesivamente; de igual manera, nuestra conciencia exige que la política no la gobiernen ya las conveniencias locales ni la limiten los obstáculos del territorio, sino que obedezca los dictados del espíritu cuya misión es reformar el ambiente para imponerle nueva ley y sentido. Esta ansia contemporánea de rebasar el patriotismo, de dilatar las fronteras, de celebrar pactos y alianzas según nuestro gusto y no de acuerdo con nuestras conveniencias materiales; este poderío del espíritu que en todos los órdenes se afirma avasallador, nos permite formular una ley de desarrollo, una especie de "ley de los tres estados"—tomando de Comte sólo el nombre—una ley de tres períodos de la organización de los pueblos.

El primero de estos estados es el período materialista en que el trato de tribu a tribu se sujeta a las necesidades y azares de las emigraciones y el trueque de los productos. La ley de este primer estado es la guerra. El segundo período lo llamaremos intelectua-

lista, porque durante él las relaciones internacionales se fundan en la conveniencia y el cálculo; comienza a triunfar la inteligencia sobre la fuerza bruta y se establecen fronteras estratégicas después de que la guerra ha definido el poder de cada nación. Los grandes imperios de la antigüedad participaron de los caracteres del primero y segundo períodos, y las nacionalidades modernas viven todavía en el segundo. El tercer período está por venir y lo llamamos estético, porque en él las relaciones de los pueblos se regirán libremente por la simpatía y el gusto. El gusto, que es ley suprema de la vida interior y que hacia fuera se manifiesta como simpatía y belleza, llegará a ser entonces la norma indiscutible del orden público y de las relaciones entre los Estados.

Y el advenimiento del período del gusto y de la simpatía será bastante para suprimir la discordia entre los hombres, porque las antipatías y las opiniones del juicio estético suelen ser profundas, pero se resuelven en júbilo y no en rencor, y los otros conflictos, los conflictos verdaderos, dependen de causas materiales, que sólo la igualdad económica relativa puede suprimir. En efecto, la discordia y la guerra dependen de que los hombres se reproducen con exceso en un planeta cuya superficie tiene un límite, pero la educación, reduciendo el número y perfeccionando la calidad, convertirá al hombre en cosa preciosa que sea orgullo y regocijo de cada uno de sus semejantes. De esta suerte los conflictos materiales se irán resolviendo y la vida sólo conservará los dolores que sirven de estímulo al espíritu y le impiden caer en la conformidad que es causa de todo lo mediocre y terrestre.

¡Caminamos hacia el período que está regido por la ley del gusto! Operan entonces los apetitos más francos e intensos, pero se sacian o quedan abolidos, porque la conciencia clarividente los desdeña para anegarse en el poder infinito.

EL TERCER PERIODO EN HISPANOAMERICA

Concretándonos a nuestro mundo hispano-americano, ¿qué es menester que hagamos para apresurar el advenimiento del período estético de la humanidad?

Se han aconsejado medidas políticas, medidas económicas y medidas morales. La unión política la previó Simón Bolívar—el genio más preclaro de nuestra raza—. Sus planes luminosos aún hoy parecen perfectos. Desgraciadamente la tesis de la nacionalidad, los prejuicios de campanario y las barreras físicas han hecho que subsista sólo como sueño lo que debiera ser una resplandeciente realidad. El medio físico en este caso ha colaborado para que nosotros adoptemos las teorías dudosas que en nombre de pequeñas glorias multiplican los patriotismos con mengua de los grandes ideales humanitarios y étnicos. Esta desorientación de los senti-

mientos ha traído todo este siglo caótico de nuestra historia continental en que hemos visto acuchillarse a hermanos y en que hemos contemplado con disgusto y asombro que alguna vez nuestros países tuvieron que aceptar auxilios extraños para defender sus intereses contra la agresión de una potencia de la misma estirpe. Afortunadamente México no ha emprendido una guerra de agresión, pero si mañana gobiernos criminales pretendiesen crear un conflicto, nuestro deber será oponernos a sus resoluciones y negarnos a batir la bandera de Guatemala o cualquiera de las banderas que ondean hacia el Sur. Pues en el instante mismo en que se mira hacia el Sur, concluye el patriotismo y nace en nuestros corazones el amor mucho más grande de la raza en el continente.

Las almas están ahora muy cerca pero las manos siguen distantes. Ya no son los días sombríos del porfirismo en que los pensadores de la época hacían creer al obtuso déspota que con un buen embajador en Wáshington basta, y que además había que mandar a Francia algún señor rico para convencer a los franceses que no todos usábamos plumas; pasaron para nosotros esos días tristes y ha pasado también para toda la América Latina el período *simiesco* del afrancesamiento y del extranjerismo, en que copiábamos como simios los gestos de la cultura sin compenetrarnos de su sentido. Ha pasado todo eso; pero ahora es menester que tome impulso una nueva era activa: una gran época de construcciones y de creaciones, de puentes y de vías férreas, de barcos y transportes; la gran época en que el espíritu, aprovechando la fuerza misma de las cosas, las haga a su manera y una para siempre lo que la naturaleza dividió con el provisionalismo augusto de sus cordilleras, y sus bosques, y sus mares.

Emprendamos obras materiales, pero obras cuya mira no sea el lucro sino el servicio de los más altos intereses, y el lucro vendrá por añadidura; hagamos política ya no simplemente nacionalista sino continental y humana, poniendo por encima de todas nuestras acciones políticas, y después de que la justicia interior esté satisfecha, el criterio hispano americano, como norma invariable de todas nuestras acciones patrióticas.

LA BARRERA ECONOMICA

Una de las calamidades inherentes al nacionalismo es la aduana que marca la frontera con el sello de la expoliación y la desunión. Lo primero que deberíamos suprimir es la aduana. El zollverein, la liga aduanera: ese es el primer paso de nuestra salvación como raza. Durante la guerra europea debimos celebrar un pacto general, pero ya que no se hizo así, suprimamos prontamente, por lo menos, las aduanas que existen entre México y Guatemala, en-

tre el Uruguay y la Argentina, entre Chile y el Perú. Un simple tratado de comercio libre entre México y Guatemala hubiera significado más para la unidad latino-americana que todos los alardes y proyectos descabellados con que distrajo la atención de los ingenuos el gobierno espurio que no supo aprovechar para nosotros el magno conflicto europeo. Todas las perogrulladas que entonces repetían los aduladores con el pomposo título de doctrina Carranza, fueron vanos como es criminal o es vano todo lo que toca la mano del déspota.

PROPAGANDA EXENTA DE RENCORES

Un buen número de los propagandistas de la unión latino-americana funda su credo en ataques más o menos legítimos contra los Estados Unidos del Norte. Particularmente en los últimos años y a consecuencia de actos inexcusables, los liberales hispano-americanos, que a principos del siglo se mostraban entusiastas de casi todo lo anglosajón, ven ahora con justo recelo la transformación de la noble República de Lincoln en un vasto imperio amenazante. Legítimos son estos temores, pero es menester hacer constar que la unión latino-americana no es sólo un acto de defensa, sino un ideal mucho más antiguo que la situación contemporánea y mucho más alto que cualquier interés del momento; un movimiento fundado en el derecho que nos asiste de unirnos libremente a nuestras simpatías e intereses y de acuerdo con la ley espiritual que en estos instantes transforma las organizaciones sociales del planeta. La hora de las rivalidades, si acaso ella es inevitable, debiera estar muy distante, pues todavía hay en el continente mucho espacio libre para la acción de las dos razas que lo pueblan, y ambas necesitan de los beneficios que resultan de un trato leal, sin sombra de odio, aunque resguardado por la más celosa autonomía. Al mismo tiempo, es menester convencerse de que nuestra fuerza no se afirma lanzando improperios, sino corrigiendo los males internos que son la causa determinante de nuestras calamidades. Para tener el derecho de censurar la idiosincrasia extranjera se necesita ser superior moralmente al extranjero, y un pueblo sometido al despotismo no puede acusar los vicios de otro, ni tiene derecho de opinar sobre él. Lo único que tiene es un deber, el deber exigente, el deber primordial, de derrocar, de matar, de aniquilar al déspota. Los Estados Unidos se reirán con razón de nuestros ataques mientras vean que interiormente nuestra vida social es corrompida; por eso no debemos conceder el derecho de exhibirse como campeones del hispanoamericanismo o del patriotismo, a los Cipriano Castro, ni a los Victoriano Huerta, y tantos otros falsos héroes que la estupidez y la maldad forjan. Quienes oprimen y envilecen a sus hermanos, no tienen y no tendrán lugar en las páginas de gloria del Continente.

DESPOTISMO Y PATRIOTISMO

Los países que no soportan dictaduras prolongadas, rara vez tienen que sufrir la agresión extranjera. Chile y la Argentina, por ejemplo, han sido respetados porque difícilmente se ataca a un pueblo cuya vida interior es decorosa. En cambio, la Venezuela de Cipriano Castro fué combatida porque se fundaba en la injusticia y tenía de enemigo a los mejores hijos de Venezuela. Una Colombia clerical tenía que perder a Panamá. El México de Santa Anna, enfermo de vanagloria y de mentira, hubo de provocar las agresiones que tan caro costaron a nuestra patria. Los déspotas hacen concesiones ilegítimas al extranjero o persiguen a los nacionales a tal punto, que llega a gozar de mayores privilegios un extranjero: pero así que llega la hora de la justicia, así que los pueblos se disponen a la venganza, los Victoriano Huerta y los Cipriano Castro del Continente, injurian a los Estados Unidos del Norte para calumniar a los revolucionarios que los combaten, acusándolos de complicidad con el poderoso. Entonces la patriotería engañada grita por las calles en defensa del déspota, contra quien debiera combatir. De esta manera el despotismo y la patriotería trabajan en contra de los intereses de nuestra civilización y hacen que no podamos juntarnos. Pues no podemos juntarnos mientras no seamos libres todos, mientras no acabemos de comprender que el propósito primero del hispanoamericano debe ser el aniquilamiento de las tiranías, de todas las tiranías del Continente.

EL PROBLEMA DEL BRASIL

La fuerza de los impulsos espirituales es capaz de reformar la geografía y de borrar en un instante todos los prejuicios del nacionalismo: pero el Brasil ¿acaso no tiene otro idioma, tradiciones y origen distintos de los nuestros; y sus intereses no llegarán a estar en conflicto con los de la América Española?

El Brasil realizó su independencia pacíficamente, de suerte que no se verificaron allí las transformaciones radicales que la guerra de independencia produjo desde el Bravo hasta el Plata. Social y políticamente, el Brasil ha continuado unido a su patria de origen, de una manera mucho más íntima que nosotros con España. De esta suerte y a causa de la evolución normal, el Brasil se ha conservado criollo; no ha roto su tradición, no se ha hecho cosa nueva en el mismo grado en que lo somos nosotros.

Por otra parte, los grandes recursos que el país posee; su territorio inmenso y feracísimo, su creciente población, todo lo lleva a convertirse en una gran potencia; una de las primeras del mundo, así que la ciencia aprenda a vencer los inconvenientes que el excesivo calor opone a la vida humana, pero sin prescindir de su rique-

za germinadora, ni de la magnífica potencialidad que da al ambiente.

Quizás antes de un siglo, el Brasil, henchido de población, comenzará a abrirse nuevos caminos; se sentirá tal vez ahogado por el abrazo hispánico desde el Plata, a través de Bolivia y Perú, hasta Colombia y Venezuela; y así como los Estados Unidos de América codiciaron y obtuvieron la California, el Brasil quizás llegue a codiciar el Perú y lo obtendrá, si antes el Perú no puebla con su noble raza laboriosa, toda la región amazónica que le pertenece —una región donde ya el Brasil ha realizado avances considerables, gracias al estancamiento de la población peruana—. Y al caso del Brasil hay que agregar otros muchos síntomas adversos: por más que el sentimiento de los pueblos afirme los sinceros deseos de la unión, ¿para qué son esas escuadras en que se malgasta un dinero que tanta falta hace para el desarrollo interno? Junto con muchos beneficios, heredamos de Europa una infinidad de prejuicios y de vicios: la ambición de territorio, aunque no lo necesitemos; el nacionalismo que derrocha esfuerzos colectivos en alimentar rivalidades necias, pero se desentiende de los grandes proyectos generosos y prácticamente fecundos. Basta mirar el mapa de la América del Sur para comprender la obra del nacionalismo estrecho y ambicioso que nos ha dominado durante un siglo. Países divididos; países dispersos, disputas de fronteras, cordilleras que separan a los pueblos, desiertos que prolongan esas distancias, envidias que las ahondan y por encima de todo esto, un sueño que parece vano; un sueño formulado hace un siglo por la boca profética del libertador y que nosotros, hombres pequeños, no hemos podido cumplir.

Los hechos, se nos dice, poseen una fuerza incontrastable; la dura realidad de los hechos, en efecto, nos parece a veces más fuerte que el valor de las palabras, y al fin y al cabo sólo de palabras dispone el que piensa y pretende reformar con el pensamiento; pero al mismo tiempo, frente a esta doctrina inglesa, hay que poner la otra, que corresponde al tercer período de las relaciones sociales, la doctrina de que el espíritu no es más que un esfuerzo victorioso sobre la ley ciega de los hechos, y de que si este esfuerzo no fuera capaz de reformar el medio ambiente, la humanidad jamás se habría levantado del nivel del bruto. Una contemplación inteligente de la historia demuestra que las acciones, las voluntades, las aspiraciones de los hombres, forman una corriente suprema que pasa por encima del medio y de todos los lugares comunes del materialismo. El alma de los pueblos vigorosos e iluminados constituye un factor mucho más importante que todas las fatalidades ambientes. La historia de nuestro continente comenzó con un cambio de la geografía del mundo; nada de extraño tendrá, pues, que andando los años veamos operarse un cambio espiritual que transforme las relaciones humanas haciéndolas depender, ya no del comercio, ni del medio

físico, ni de la necesidad estratégica, sino del albedrío y del goce.

Todo esto que se intenta expresar en forma obscura y difusa, se me apareció muy claro una vez, y no fué por obra de la razón racional, de por sí tan vacía de sentido, sino por aquel otro supremo juicio que Kant llamó "juicio estético," del cual es fácil deducir una ley de afinidades y fusiones no alógicas, ni lógicas, sino estéticas y sintéticas. El caso ocurrió en un teatro limeño; el anuncio de bailes y canciones del Brasil había llenado la sala; el lujo de aquellas mujeres finas y vivaces, de dulces ojos sentimentales, entretenía la espera.

Salió por fin la pareja brasilera y comenzaron las machichas y los fados, alternando con canciones en portugués; era ella mórbida y delicada, de ojos negros inmensos y una suavidad fascinadora. Con voz clara y un dejo de gracia inolvidable cantaba y repetía una copla: "No hay lugar como el Sertao," y se movía con la soltura melodiosa de la bailarina ibérica. Mirándola nos parecía estar en presencia de una de las hermosas de Eca de Queiroz y aún hacía pensar en las caricias incitantes de que él nos habla en su picaresco y magnífico estilo.

Pero aparte de asociaciones literarias, el arte intenso y espontáneo de la bailarina nos producía goce como de quien vuelve a algo suyo ignorado o muy distante, o como si del fondo de nuestra conciencia étnica naciesen emociones de dicha profunda jamás gustada. Aquello era extraño pero no discorde. No era el són, tantas veces escuchado pero nunca afín, del "rag-time" sajón que parece desarrollar una esfera de sensibilidad a donde no podemos ni queremos entrar; era un canto oído por primera vez, y sin embargo, sonaba amable y familiar como la voz de una amante conocida en sueños y cuya queja descubría los bosques lozanos, los confines ilimitados del pródigo Brasil, donde una raza hermana nos acoge y nos invita a quedarnos. Por eso el estribillo de la canción despertaba músicas interiores: "No hay lugar como el Sertao," y el enigmático Sertao subía en la imaginación como un símbolo de toda la dulce América del Sur.

Muchas gentes dirán que esta es una manera trivial de discutir problemas graves. Pero a mí la lección de la bailarina me parece más profunda que muchas sociologías: ella enseña que así que se junten, por el crecimiento y la proximidad, las dos razas afines, la brasileña y la nuestra, no van a quedar como estamos con otras, pegados, pero no confundidos; sino que allí sí la simpatía unirá las conciencias, y la pasión amorosa romperá las barreras políticas. Allí la común sensibilidad estética desarrollará una cultura homogénea, el ideal colectivo prevalecerá sobre las rivalidades del interés, y siendo como uno en el alma, seremos uno en historia y en bienes —los hispanos y los lusitanos— hasta el día en que pueda decirse igual cosa de todos los pueblos de la tierra, en esta civilización indo-

española que ya hace tiempo adoptó la divisa de: América para la Humanidad.

Y si es cierto que pretendemos crear una civilización benéfica para toda la humanidad, ¿no resultará nuestro culto de la raza un retroceso respecto de los ideales socialistas que ya predican el sacrificio del patriotismo para servir mejor el interés general de todos los hombres?

No es un retroceso, porque la era estética supone que no sólo las naciones, sino también los individuos, regirán sus actos, ya no por el móvil de la codicia y el odio, sino por la ley de belleza y de amor, que es innata en los corazones.

Una vez que los conflictos económicos sean resueltos equitativamente, y así que ya no haya explotadores ni esclavos, no existirán tampoco odios internacionales, ni antipatías de raza, y entonces cada pueblo cultivará sus características propias sin ánimo de rivalidad, sino más bien con el afán de enriquecer el acervo de la civilización. Las diferencias individuales serán motivo de estímulo y de goce, y se resolverán sin choques en el anhelo común que a todos nos impele hacia arriba.

La riqueza dentro de la unidad, esto es, el individuo, y cada es-
tirpe es como un género en la multiplicidad de los aspectos de la be-
lleza. Y en el orden moral una estirpe se constituye, más bien que por
la sangre, por las ideas y la especial manera de concebir lo hermoso.
Este modo de considerar el proceso de la historia, no se funda en
una clasificación arbitraria, sino que corresponde al mismo proceso
del espíritu humano en su desarrollo terrestre. Primero es la indi-
vidualidad dominada por el apetito, gobernada por la necesidad;
después la inteligencia amplía la acción del yo y se adapta a sí
misma una parte del mundo; y finalmente aparece el sentido es-
tético, el juicio estético distinto y superior al intelectual y al
ético, explorando el universo para construir un mundo des-
interesado y mejor que los otros: lejos de que el individuo
sea un producto y consecuencia de su medio, el milagro de
la conciencia es lo que construye y transfigura el medio, no sien-
do el universo más que una ilusión nuestra, una especie de nebulosa
que rodea el alma, y que acaso es trasunto de realidad divina, pero
no la realidad misma.

PLATON

A los griegos haced más familiares, en su lección os emplead primero....
El Conde D. Bernardino de Rebolledo.

Si en Xenócrates vemos dura vía,
sigamos a Platón su gran maestro,
y templemos con él la fantasía.
Juan Boscán.

PLATON, hijo de padres aristócratas, nació en Atenas en 429 antes de Jesucristo, época de infortunio para su ciudad, por ser el año de la muerte de Pericles y el segundo de la desastrosa guerra del Peloponeso. Nada sabemos de su primera educación, fuera de los inútiles nombres de sus ayos. Algo singular parece que un joven de alta alcurnia haya preferido, desde su mocedad, el estudio y la disciplina de la filosofía en vez de anhelar la vida pública, especialmente cuando, por la elevada posición de sus familiares, se le ofrecían grandes oportunidades para triunfar en la política. Critias, por ejemplo, uno de los treinta tiranos oligárquicos de Atenas, era hermano de su madre, y Cármides, compañero de Critias hasta la muerte, cuando los tiranos se defendían contra Trasíbulo, también era tío suyo. Sin embargo, jamás el más luminoso de los griegos se presentó en su vida como orador en las asambleas del pueblo; jamás el escritor ático que más se preocupara en sus escritos de estudiar el Estado, su formación y sus funciones, se ocupó en su juventud de la política ateniense. Debe de haberse sentido extraño a su pueblo, viendo cómo degeneraba en Atenas la virtud y cómo, cizaña en campo propicio, cundía en cambio la corrupción de los hombres y de las nobles tradiciones. Y tal vez hubiera querido luchar por señalar el camino recto a la política loca de esos días; pero debió pensar que en la acción sólo le esperaba una derrota total, y a ser mártir de sus convicciones, prefirió hacer de la ciencia su ocupación única. Para él, el Estado ateniense estaba perdido irremediablemente, y se consagró a edificar para el porvenir.

Veinte años tenía Platón cuando oyó a Sócrates por primera

vez. En compañía asidua del maestro pasó ocho años, hasta la muerte de Sócrates. De este período de su vida sólo tenemos un manojo de anécdotas que no merecen ser creídas. En las *Cosas memorables* de Jenofonte sólo una vez, de paso, se hace referencia a Platón; pero basta para deducir de ello que entre éste y Sócrates existía una gran intimidad. Platón, en sus diálogos, no da a conocer sus relaciones personales con Sócrates y sólo una vez también, en el *Fedón*, se menciona entre los amigos más familiares del maestro. Pero qué influencia recibió de Sócrates, cómo reconoció en él un retrato perfecto del hombre sabio, cómo halló no sólo en su enseñanza sino también en su vida y sus acciones, los más fructuosos gérmenes y estímulos filosóficos, en fin, qué significación tuvo para él en lo general, la personalidad del maestro, como ejemplar de autoridad, Platón lo ha demostrado de manera suficiente en sus escritos, poniendo en boca de Sócrates, personaje central y árbitro de la conversación de sus *Diálogos*, sus propias ideas filosóficas, más desarrolladas que las del maestro.

La filosofía de Sócrates no es una filosofía escrita ni desenvuelta en sistema. La filosofía de Sócrates está más bien en su vida; era vida y no ciencia. Sus enseñanzas se suman en un principio único: que la virtud es conocimiento, sabiduría, discernimiento intelectual. En otras palabras, la virtud es un acto que procede del reconocimiento claro de la noción de cualquier acción que se medite; de los fines, medios y condiciones de esta acción. Por tanto, la virtud no es cosa innata ni adquirida mecánicamente. La acción sin percepción es una contradicción y se destruye a sí misma: *Sucederán* cosas, pero no se *hará* nada. Hay que comprender lo que se hace. Sin comprender lo que se hace, nada bueno se hará. Comprendiéndolo, no es dable que el resultado sea malo. Es siempre un error de percepción, de entendimiento, lo que conduce a obrar el mal. Nadie es malo voluntariamente; los malos lo son contra su voluntad, engañados, cegados. Sócrates no admitía que nadie, conociendo el bien, dejase de hacerlo; y el bien era para él, no una ley arbitraria, como para los sofistas, a quienes atacó toda su vida y con todas las fuerzas de su prodigioso ingenio, sino un acto intelectual del que depende incondicionalmente el bienestar del individuo, del Estado y de la raza.

El principio de que la virtud es conocimiento, tiene además, como consecuencia *lógica*, la unidad e identidad de todas las virtudes, y como consecuencia *práctica* la posibilidad de la enseñanza de la virtud. La virtud, en suma, es algo universalmente humano, a cuya posesión podemos llegar todos por medio de la instrucción y de la práctica.

Sócrates dió base a la consideración científica de la moral, que data de él, con estas tres proposiciones. Sobre estas bases, pero nutrido también por otras muchas influencias, edificó Platón. Pero no

hizo obra sistemática como afirman muchos textos. En la obra de Platón, desde un principio, se encuentra sistema concebido de antemano y elaborado parte por parte; al contrario, hay una sucesiva renovación de ideas, hay una cultura palpable: amplitud de visión y de comprensión de la vida, más y más anchurosa, más y más honda. Platón es el padre del idealismo juicioso; del idealismo sano, bien plantado, que mira siempre más allá y que con su propia luz va descubriendo mejores senderos. Platón es el poeta, el poeta auténtico, hacedor de ideas más bien que de versos, ideas que serán instrumentos intelectuales de las generaciones futuras. Jowet, el más ilustre traductor de Platón al inglés, juzgaba inútil la labor de Schleiermacher y de otros, que intentaban arreglar los *Diálogos* de modo que formasen un todo armonioso. Hay cierta unidad espiritual en todos los escritos de Platón, pero no unidad de plan, y tal vez ni unidad perfecta en ningún diálogo.

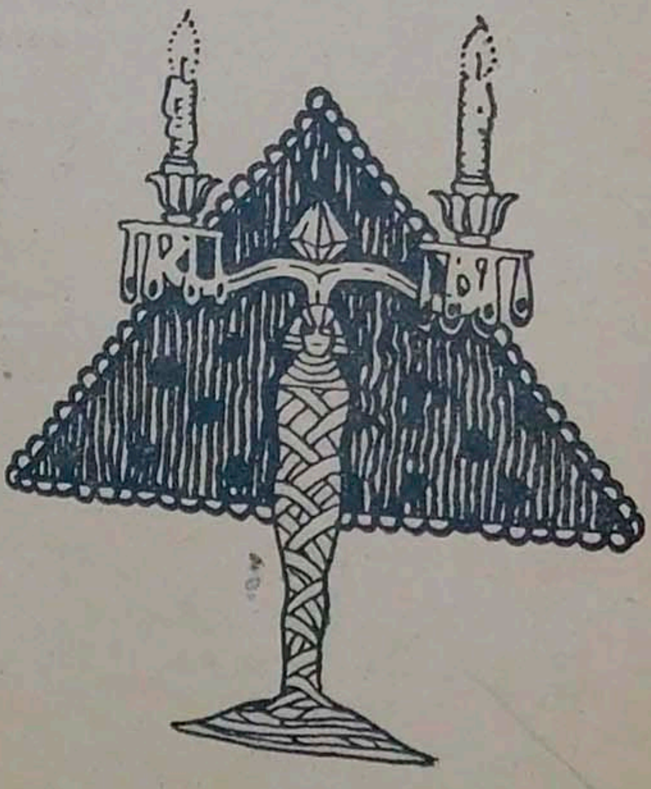
Después de la muerte de Sócrates, en 339 antes de Jesucristo, Platón, temeroso de la reacción furibunda contra la filosofía, abandonó su ciudad natal a los treinta años de edad, y en compañía de otros amigos de Sócrates se estableció en Megara, donde su amigo y condiscípulo Euclidio fundó una escuela. De Megara partió luego para Cyrene, Egipto, Magna Grecia y Sicilia. En Magna Grecia se familiarizó con la filosofía de Pitágoras, que entonces alcanzaba su apogeo de perfección y de cuyo estudio adquirió, como hombre, un interés práctico en la vida, en la sociedad y en las cosas del Estado y como filósofo un gran estímulo científico y literario. Ancha vena pitagórica recorre como veta del oro más puro la mina riquísima de su última producción. En el Tetito había opinado que la vida pública era incompatible con la dedicación a la filosofía; pero en la más plena madurez de sus días y de sus ideas, cuando escribía el *Estadista* y la *República*, cambia de pensar gracias a los pitagóricos y declara su famosa proposición de que "los jefes de Estado deben ser filósofos."

En Sicilia conoció a Dionysos el mayor y a su cuñado Dión, con el primero de los cuales, como tirano que era, Platón tuvo un serio disgusto que puso su vida en peligro. De Sicilia, después de diez años de viajar y a los cuarenta de edad, regresó Platón a Atenas, donde se rodeó de discípulos con quienes fundó su famosa Academia, en el jardín consagrado al héroe Académico y que había heredado de su madre, en las afueras de la ciudad. El resto de su vida lo pasó en sosiego sólo dos veces interrumpido por viajes que hizo a Sicilia, donde Dionysos el menor había ascendido al poder y tenía por consejero a Dión, ardiente admirador del filósofo. Platón intentó poner en práctica sus ideas, hacer de Sicilia su Estado ideal, educar en la filosofía a su gobernante y efectuar una reforma saludable en la constitución siciliana. Sus esfuerzos fueron inútiles. Por una parte, las circunstancias no favorecían sus planes

y por otra, Dionysos el menor era una de esas naturalezas mediocres que en su medianía aspiran a tener fama y distinción, pero que son incapaces de ninguna profundidad ni de ningún esfuerzo sostenido.

En la Academia, lo más notable fué el cambio de ideas que se había efectuado en Platón y el que impuso a las relaciones entre la filosofía y la vida pública. En vez de considerar a la filosofía tema de conversación social y de plática ordinaria, en vez de discurrir en las calles con cualquiera que desease hablar con él, en vez de la manera socrática en una palabra, Platón impone el retiro, la escuela, el estudio apartado. La filosofía tiende a sistematizarse y requiere preparación especial; deja de ser popular y se hace esotérica. Sin embargo, tan grande era su renombre de filósofo todavía y la fama popular de Platón, que varios Estados le pidieron que les hiciese sus leyes y formase sus códigos.

Rodeado de numerosos discípulos fieles, mujeres vestidas de hombre, entre ellos, Platón llegó a los ochenta y un años de edad sin que hubiesen disminuído un ápice sus estupendas fuerzas intelectuales. Hacia fines de su vida perturbaron su serenidad ciertas divisiones de ideas en su escuela, atribuídas a la naciente personalidad de Aristóteles. En 347 antes de Jesucristo, mientras escribía, según unos, o durante unas fiestas nupciales según otros, se apoderó de él la muerte con suavidad de sueño. Sus restos fueron depositados en el Cerámico, cerca de la Academia.



LA PROPIEDAD PRIVADA DE LA TIERRA

POR HENRY GEORGE

CUANDO se propone abolir la propiedad privada de la tierra, la primera cuestión que se debe presentar es la de su justicia. Aunque desviado con frecuencia por la costumbre, la superstición y el egoísmo hacia torcidas formas, el sentimiento de justicia es, a pesar de eso, fundamental a la mente humana, y sea cual fuere la causa que excite las pasiones de los hombres, el conflicto no procede seguramente tanto de la pregunta: "¿Es prudente?" como de esta: "¿Es justo?"

La tendencia de las discusiones populares a tomar una forma ética, tiene su razón de ser. Nace de una ley de la inteligencia humana; se apoya en un reconocimiento vago e instintivo de lo que es probablemente la verdad más profunda, de la cual podemos posesionarnos: que sólo es prudente lo que es justo, que sólo la verdad es duradera. En la estrecha balanza de las acciones y de la vida individuales, esta verdad puede estar frecuentemente obscurecida, pero en el campo más vasto de la vida nacional es en todas partes firme.

¿Qué constituye el justo fundamento de la propiedad? ¿Qué permite al hombre decir con justicia de una cosa: "es mía"? ¿De dónde nace el sentimiento que reconoce su exclusivo derecho contra todo el mundo? ¿No es, principalmente, del derecho del hombre a sí mismo, al uso de sus propias facultades, al goce de los frutos de sus propios esfuerzos? ¿No es este derecho individual, nacido de la naturaleza de su organización propia y atestiguado por ella, el hecho de obedecer cada par de manos a un cerebro y estar relacionado con un estómago, el hecho de ser cada hombre un todo definido, coherente e independiente, lo único que justifica la propiedad particular? Así como un hombre se pertenece a sí mismo, así también su trabajo le pertenece.

Por esta razón, lo que un hombre hace o produce es suyo, contra todo el mundo: para su disfrute o destrucción, para poderlo usar o cambiar, o para darlo. Nadie más lo puede rectamente pretender, y su exclusivo derecho a ello, no envuelve perjuicio alguno para nadie. Por lo tanto, todo lo producido por el esfuerzo humano tiene un título claro e indisputable de su exclusiva posesión y goce,

que está perfectamente de acuerdo con la justicia, porque deriva del primer productor, en quien radica el derecho por ley natural. La pluma con que escribo es mía con justicia. Ningún otro sér humano puede con justicia reclamarla, pues en mí está el título de productor que la hizo. Se ha hecho mía, por habérmela cedido el dueño de la tienda de efectos de escritorio, a quien fué transmitida por el importador, que obtuvo su derecho exclusivo a ella del fabricante, en quien, por el mismo procedimiento de compra, residían los derechos de los que extrajeron el material del suelo y le dieron la forma de pluma. Por esto, mi derecho exclusivo a la propiedad de la pluma, tiene su origen en el derecho natural del individuo al uso de las facultades que le son propias.

Ahora bien, no sólo esta es la fuente de donde nacen todas las ideas de propiedad exclusiva, como lo hacen evidente la natural propensión de recurrir a ella, cuando la idea de propiedad exclusiva se pone en duda, y la manera de manifestarse las relaciones sociales, sino que es por necesidad la única fuente. No puede haber justo título de propiedad de cosa alguna que no derive del título del productor y no descanse sobre el derecho natural del hombre sobre sí mismo. No puede existir ningún otro título justo: 1.º porque no hay otro derecho natural de que pueda derivar, y 2.º porque el reconocimiento de cualquier otro título es incompatible con éste y lo destruye.

1.º Pues, ¿qué otro derecho existe, del cual pueda derivarse el derecho a la exclusiva posesión de una cosa cualquiera, que no sea el del hombre sobre sí mismo? ¿De qué otro poder está revestido el hombre por la naturaleza, fuera del de ejercer sus propias facultades? ¿Cómo puede obrar sobre el mundo material o sobre los demás hombres, o afectarlos de otro modo? Paralizad sus nervios, y vuestro hombre no tiene más influencia o poder exterior que una madera o una piedra. ¿De qué otra cosa puede derivar el derecho a poseer y gobernar las cosas? Si no nace del mismo hombre, ¿de dónde puede nacer? La naturaleza no reconoce más dominio ni autoridad en el hombre que el resultado del esfuerzo. De ningún otro modo se pueden extraer sus tesoros, dirigir sus energías, utilizar ni gobernar sus fuerzas. No hace distinción entre los hombres, sino que es absolutamente imparcial. No reconoce diferencias entre el amo y el esclavo, el rey y el súbdito, el santo y el pecador. Todos los hombres son iguales ante ella y tienen iguales derechos. No reconoce más pretensión que la del trabajo, y la reconoce sin consideración al demandante. Si un buque pirata tiende sus velas, el viento las hincha del mismo modo que las del pacífico buque mercante o las de la barca de un misionero; si un rey y un hombre común son echados al mar, ninguno de los dos conseguirá mantener su cabeza sobre el agua, si no es nadando; los pájaros no podrán ser cazados por el dueño del suelo con más facilidad que por el cazador

furtivo; el pez morderá o no el anzuelo sin consideración ninguna a que le sea presentado por un buen muchacho que va a la escuela dominical o por un muchacho malo que hace novillos; el grano germinará únicamente si el terreno está preparado y sembrada la semilla; sólo al impulso del trabajo el mineral puede extraerse de la mina; el sol brilla y la lluvia cae igualmente para el justo y para el que no lo es. Las leyes de la naturaleza son los decretos del Creador. No se ha escrito en ellas el reconocimiento de ningún derecho más que el del trabajo; y en ellas está escrito abierta y claramente el derecho igual para todos los hombres, al uso y goce de la naturaleza; para aplicar a ella sus esfuerzos y recibir de ella y tener la recompensa. En consecuencia de esto, como la naturaleza premia sólo el trabajo, el esfuerzo del trabajo en la producción es el único título a la posesión exclusiva.

2.º El derecho de propiedad que nace del trabajo, hace imposible cualquier otro derecho de propiedad. Si un hombre tiene justo derecho al producto de su trabajo, entonces nadie puede tener derecho a la propiedad de nada que no sea producto de su trabajo o de quien le haya transferido el suyo. Si la producción da al productor el derecho a la exclusiva posesión y disfrute, no puede existir, con justicia, posesión ni disfrute de nada que no sea el producto del trabajo, y el reconocimiento de la propiedad privada de la tierra es injusto. Porque el derecho al producto del trabajo no se puede gozar sin el derecho al libre uso de los dones de la naturaleza y, al admitir el derecho de la propiedad de éstos, se niega el derecho de propiedad al producto del trabajo. Cuando los no productores pueden reclamar como renta una porción de la riqueza creada por los productores, el derecho de éstos a los frutos del trabajo, es en esta porción denegado.

Este argumento no tiene réplica. Asegurar que un hombre tiene derecho a reclamar la propiedad exclusiva de su trabajo, cuando está incorporado en las cosas materiales, es negar que se pueda con derecho reclamar la propiedad exclusiva de la tierra. Afirmar el derecho a la propiedad de la tierra es afirmar una pretensión que no tiene apoyo en la naturaleza, por ser contrario a un título fundado en la organización del hombre y en las leyes del universo material.

Lo que dificulta más la comprensión de la injusticia de la propiedad de la tierra es la costumbre de incluir todas las cosas que pueden ser poseídas en una sola categoría como propiedad, y si alguna distinción se hace, es trazando la línea, de acuerdo con la clasificación poco filosófica de los abogados, entre propiedad personal y bienes raíces, o en bienes muebles y bienes inmuebles. La verdadera y natural distinción consiste en cosas que son el producto del trabajo y cosas que la naturaleza ofrece gratuitamente en-

tre riqueza y tierra, si adoptamos los términos de la economía política.

Estas dos clases de cosas son en esencia y relaciones completamente diferentes, y clasificarlas juntas como propiedad, produce la confusión de toda idea cuando se trata de considerar la justicia o la injusticia, la razón o la sinrazón de la propiedad.

Una casa y el terreno en que se alza son igualmente própiedad, por estar sometidos a la posesión, y de este modo se clasifica por los abogados. Sin embargo, en su naturaleza y relaciones son completamente distintos. Lo uno es producido por el trabajo humano y pertenece a la clase que en economía política se denomina "riqueza." Lo otro, es una parte de la naturaleza y pertenece a la clase llamada "tierra" en economía política.

El carácter esencial de las cosas de una clase, es que tienen el trabajo incorporado, han recibido la existencia por el esfuerzo humano, dependiendo del hombre que existan o no, su aumento o disminución. El carácter esencial de las otras consiste en que no tienen el trabajo incorporado y existen con independencia del esfuerzo humano y del hombre mismo; son el campo de acción del hombre y lo que le rodea, el almacén de donde se ve obligado a sacar la primera materia en que ha de aplicar su trabajo, y las fuerzas que le servirán para ello.

En cuanto se advierte esta distinción, se ve que la sanción dada por la justicia natural a una especie de propiedad, es negada a la otra; y la equidad que enlaza la propiedad individual con el producto del trabajo, implica la iniquidad de la propiedad individual de la tierra; y así como el reconocimiento de una de ellas coloca a todos los hombres en las mismas condiciones, asegurando a cada uno la recompensa debida a su trabajo, el reconocimiento de la otra equivale a la negación de la igualdad de derechos del hombre, permitiendo a los que no trabajan usurpar la recompensa natural de los que trabajan.

Digan lo que quieran respecto a la institución de la propiedad privada de la tierra, es indudable por esta razón que no se puede defender desde el punto de vista de la justicia.

La igualdad de derecho de todos los hombres al uso de la tierra, es tan claro como su derecho igual a respirar el aire, es un derecho proclamado por su mera existencia; porque no se puede imaginar que algunos hombres tienen derecho a estar en este mundo y los otros no.

Si estamos todos aquí por igual permiso del Creador, estamos con un derecho igual al disfrute de su munificencia, con un derecho igual al uso de lo que la naturaleza ofrece tan imparcialmente. Este es un derecho natural e inalienable: es un derecho que radica en todo sér humano al venir al mundo y que sólo puede ser limitado por el derecho igual de los demás durante su permanencia en él.

No hay en la naturaleza nada parecido a un simple feudo en tierra. No hay en el mundo poder alguno que pueda conceder con derecho un privilegio de exclusiva propiedad de la tierra. Si todos los hombres que existen se unieran para ceder sus derechos iguales, no podrían ceder el derecho de los que les han de suceder. Pues, ¿somos algo más que usufructuarios por un día? ¿Hemos hecho la tierra, acaso, para poder determinar los derechos de los que han de usufructuarla a su vez después de nosotros? El Omnipotente creó la tierra para el hombre y el hombre para la tierra, y la vinculó en todas las generaciones de los hijos de los hombres por una ley escrita en la constitución del universo, un decreto que ninguna acción humana puede estorbar y ninguna prescripción limitar. Que los pergaminos sean muchos, o que la posesión sea antigua, la justicia natural no puede reconocer en un hombre derecho a la posesión o disfrute de tierra alguna que no sea igualmente el derecho de todos sus semejantes. Aunque los títulos del duque de Westminster a sus bienes raíces hayan sido reconocidos por generación tras generación, la más pobre criatura que nazca hoy en Londres tiene sobre ellos igual derecho que su hijo mayor. (°) Aunque el pueblo soberano del Estado de Nueva York consienta a los Astors la posesión de sus bienes raíces, el niño más débil que viene llorando al mundo en la habitación más sucia de la más miserable casa de alquiler, adquiere en el momento de nacer el mismo derecho que poseen los millonarios. Y se le usurpa si se le niega el derecho.

Los grandes males sociales que por todas partes oprimen al hombre, en medio de una civilización que avanza, tienen su origen en una gran injusticia: la apropiación, como propiedad exclusiva de algunos hombres, de la tierra sobre la cual hemos de vivir todos. De esta injusticia fundamental parten todas las injusticias que falsean y hacen peligroso el desarrollo moderno; ella condena al productor de la riqueza a la miseria y mantiene en el lujo al no productor; levanta el hospicio y el palacio; coloca las mancebías cerca de la iglesia y nos obliga a edificar cárceles a medida que abrimos nuevas escuelas.

Nada es raro, nada es inexplicable en los fenómenos que ahora

---

(°) Este derecho natural e inalienable al uso y disfrute igual de la tierra es tan evidente, que ha sido reconocido por el hombre dondequiera que la fuerza o la costumbre no hayan embotado las ideas elementales. Véamos un solo ejemplo: Los colonos blancos de Nueva Zelanda no podían obtener de los maoris lo que éstos estimaban un título completo a la tierra, pues aunque toda la tribu hubiese consentido en una venta, cada recién nacido entre ellos podía reclamar un pago adicional, porque ellos habían enajenado sus propios derechos solamente y no podían vender los de aquellos que no habían nacido todavía. El gobierno se vió obligado a intervenir y arregló el asunto comprando la tierra por una anualidad para la tribu, de la cual cada niño que nace adquiere una parte.

dejan asombrado al mundo. Si el progreso material produce frutos tan amargos, no es porque sea un mal en sí mismo, no es que la naturaleza dé la existencia a seres que no puede mantener; el Creador no ha dejado en las leyes naturales una mancha de injusticia ante la cual hasta la mente humana se subleva. Si en medio de la civilización más adelantada hay hombres que desmayan y mueren de necesidad, no se debe a la ruindad de la naturaleza, sino a la injusticia del hombre. El vicio y el infortunio, la pobreza y el pauperismo, no son el resultado inevitable del aumento de población y del desarrollo industrial; sólo acompañan al aumento de población y al desarrollo industrial, porque la tierra se considera como propiedad particular: son los resultados directos y necesarios que trae consigo la violación de la ley suprema de justicia, dando a algunos la posesión exclusiva de lo que la naturaleza ofrece a todos.

El reconocimiento de la propiedad privada de la tierra es la negación de los derechos naturales de los demás, es una injusticia que *debe* manifestarse en la impropia división de la riqueza. Porque el trabajo no puede producir sin el uso de la tierra, negar la libertad o derecho de usarla, equivale a negar el derecho del trabajo a su propio productor. Si un hombre puede tener dominio sobre la tierra que otros deben trabajar, puede apropiarse el producto de su trabajo como precio del permiso concedido. La ley fundamental de la naturaleza, de ser su disfrute la consecuencia de los esfuerzos del hombre, es de este modo violada. El uno gana sin producir, el otro produce sin ganar. Mientras uno se enriquece injustamente, el otro es despojado. Es el aumento continuo de la renta, el precio que el trabajo está obligado a pagar por el uso de la tierra, lo que despoja a los demás de la riqueza que justamente ganan, para amontonarla en manos de los menos, que no hacen nada para ganarla.

¿Por qué los que sufren esta injusticia titubean un momento en destruirla? ¿Quiénes son los propietarios para que se les permita de este modo recoger lo que no han sembrado?

Reflexionad por un momento cuán absurdos son los títulos por los cuales consentimos que pase gravemente de Fulano a Zutano el derecho de poseer exclusivamente la tierra, dándole absoluto dominio sobre todos los demás hombres. En California, nuestros títulos territoriales proceden del gobierno supremo mexicano—que lo arrancó del Rey de España, y éste lo tomó del Papa, cuando con un rasgo de pluma dividió las tierras por descubrir entre españoles y portugueses—o si queréis, se basan en la conquista. En los Estados orientales nacen de tratados con los indios y de concesiones de los reyes de Inglaterra; en la Luisiana, del gobierno francés; en la Florida, del español, mientras en Inglaterra tienen su origen en la conquista de los normandos. En todas partes arrancan de una fuerza que predomina, no de un derecho que obliga. Y cuando un título radica sólo en la fuerza no cabe agravio cuando la fuerza lo anula.

Donde el pueblo, que tiene facultad para ello, se determine a anular estos títulos, no puede hacerse objeción alguna en nombre de la justicia. Han existido hombres que tuvieron el poder de poseer o dar posesión exclusiva de porciones de la superficie de la tierra; pero ¿dónde y cuándo ha existido el sér humano que tuviese este derecho?

El derecho a la exclusiva propiedad de toda la producción humana, es claro. No importa por cuántas manos haya pasado; en el principio de la serie hay en el trabajo humano alguien que, habiéndolo alcanzado o producido con sus esfuerzos, tiene a ello un título evidente contra todo el resto de la humanidad, y desde éste puede pasar de uno a otro por venta o donación. ¿Al final de qué serie de traspasos de dominio o concesiones se puede hallar o suponer un título semejante de parte alguna del universo material? Para las mejoras se podrá presentar este título fundamental; pero es tan sólo un título a las mejoras, y no a la tierra misma. Si desbrozo un bosque, desaguo un pantano o lleno un tremedal, todo lo que puedo reclamar es el valor alcanzado por estos esfuerzos. Esto no me da derecho alguno a la tierra en sí misma, ni otro título que mi parte igual a la de cualquier otro miembro de la sociedad en el aumento de valor añadido a ella por el crecimiento de la sociedad.

Pero se objetará: ¡Hay mejoras que con el tiempo no se distinguen de la tierra misma! Muy bien; entonces el título de las mejoras se funde con el de la tierra; el derecho individual se pierde en el derecho común. Lo importante absorbe lo secundario, no lo secundario lo importante. La naturaleza no procede del hombre, sino el hombre de la naturaleza, a cuyo seno él y todas sus obras han de volver.

Sin embargo, podrá decirse: como todos los hombres tienen derecho al uso de la tierra y al goce de la naturaleza, al hombre que usa la tierra debe serle permitido el exclusivo derecho de emplearla con el objeto de obtener todo el beneficio de su trabajo. Pero no hay dificultad alguna en determinar dónde acaba el derecho individual y principia el derecho común. El valor nos proporciona una exacta y delicada piedra de toque, y con su auxilio no hay dificultad, por densa que sea la población, para determinar y asegurar los derechos exactos de cada uno, los derechos iguales de todos. El valor de la tierra, según hemos visto, es el precio del monopolio. No es su capacidad absoluta, sino la relativa la que determina su valor. No importa cuáles sean sus cualidades intrínsecas: una tierra no tiene valor si no es mejor que otra que se pueda alcanzar de balde para usarla. Y el valor de la tierra expresa siempre la diferencia entre ella y la mejor tierra que se pueda usar de balde. Por tanto, su valor expresa en forma exacta y tangible el derecho de la sociedad sobre una tierra ocupada por un particular, y la renta expresa el importe exacto que debería pagar el particular

a la sociedad, para satisfacer los derechos iguales de los demás miembros de la misma. De modo que, si damos a la prioridad de posesión el uso tranquilo de la tierra, confiscando la renta en beneficio de la sociedad, reconciliamos la fijeza de la posesión que es necesaria para las mejoras con el reconocimiento amplio y completo de los derechos iguales de todos al uso de la tierra.

En cuanto a deducir de la prioridad de ocupación un derecho completo y exclusivo a la tierra, es el principio más absurdo sobre el cual puede apoyarse su propiedad. ¡La prioridad de ocupación dar título exclusivo y perpetuo de la superficie del globo, sobre el cual, en el orden de la naturaleza, generaciones innumerables se han seguido una a otra! Los hombres de la última generación, los de cien o mil años atrás, ¿tuvieron acaso mejor derecho que nosotros al uso de este mundo? ¿Le tenían los constructores de montículos, los habitantes de las rocas, los contemporáneos del mastodonte o las generaciones más antiguas aún, que en obscuros tiempos, a que sólo como períodos geológicos podemos referirnos, habitaron sucesivamente la tierra que ahora usufructuamos por tan breves días?

El que primero llega a un banquete, ¿tiene por eso derecho a poner de espalda todas las sillas y a pretender que ninguno de los convidados participe del alimento preparado, a no ser que se pongan de acuerdo con él? ¿Acaso el primero que presenta la entrada en la puerta de un teatro y entra, adquiere por su prioridad el derecho de cerrar las puertas y hacer que se represente la función para él sólo? ¿Tiene acaso el primer pasajero que entra en un tren el derecho de extender su equipaje sobre todos los asientos y obligar a los viajeros que trás él vengan a quedarse de pie?

Estos casos son análogos. Llegamos y nos vamos: convidados a un banquete continuamente preparado, espectadores y partícipes en una diversión donde hay sitio para todos, pasajeros de estación a estación en un orbe que gira en el espacio, nuestros derechos a tomar y poseer no pueden ser exclusivos: deben estar limitados en todas partes por el derecho igual de los demás. Del mismo modo que el pasajero con su equipaje, en un vagón del ferrocarril, puede ocupar tantos asientos como quiera, mientras no vengan otros pasajeros, igual un colono puede tomar y usar tanta tierra como le plazca, hasta que la necesiten otros—lo que se manifiesta adquiriendo la tierra un valor— entonces su derecho ha de quedar limitado por el derecho igual de los demás, y ninguna prioridad de ocupación puede dar un derecho que limite el de los otros, igual al suyo. Si así no fuere, por la prioridad de ocupación un hombre podría adquirir y transferir a quien quisiera, no sólo el derecho exclusivo a un centenar de acres, sino a todo un partido, a todo un Estado o a un continente entero.

Y el reconocimiento del derecho individual a la tierra llevado

al extremo, causa este absurdo evidente: que cualquier sér humano, si pudiera concentrar en sí mismo los derechos individuales a la tierra de algún país, podría arrojar de él a los demás habitantes; y si pudiera reconcentrar del mismo modo los derechos particulares de la superficie entera del globo, sólo él, entre toda la fecunda población de la tierra, tendría derecho a vivir.

Y ocurriría suponiendo esto, lo que en más pequeña escala ha ocurrido en realidad. Los dueños del territorio de la Gran Bretaña, a quienes las concesiones de tierra han dado "los parasoles blancos y los elefantes locos de orgullo," han arrojado repetidas veces de grandes distritos a la población cuyos antecesores habían vivido en el país desde tiempo inmemorial, obligándola a emigrar, a mendigar o a morirse de hambre. Y en regiones enteras sin cultivo del nuevo Estado de California, se pueden ver las chimeneas ennegrecidas de las moradas cuyos colonos han sido arrojados por la fuerza de las leyes que desconocen el derecho natural, y grandes extensiones de terreno que podrían ser pobladas, están desiertas, porque el reconocimiento de la propiedad exclusiva las ha puesto en poder de un sér humano que impide usarlo a sus semejantes. El número relativamente pequeño de propietarios que poseen la superficie de las Islas Británicas, con sólo hacer lo que las leyes inglesas les permiten con amplia facultad y que muchos de ellos han hecho ya en pequeña escala, conseguirían excluir de sus islas natales a millones de habitantes ingleses. Y esta exclusión, por la cual algunos cientos de miles de habitantes podrían desterrar a otros treinta millones de su país natal, si bien sería más provocativo, no repugnaría más al derecho natural que el espectáculo que ofrece ahora la gran masa del pueblo británico, obligado a pagar sumas enormes a algunos propietarios, para obtener la gracia de vivir en la tierra que tan cariñosamente llaman suya, y de poder usarla; por la cual tienen, si es necesario, el imperioso deber de derramar su sangre y de perder sus vidas.

FRENTE A FRENTE

POR LAURO G. CALOCA

BAJO los relámpagos de la semi-tempestad de 1910 surgió de los fondos de las clases rurales, el problema más serio del país, es decir: el problema agrario. Este hecho despertó cierta zozobra en el espíritu de los magnates de la tierra, pero seguros de su poderío, volvieron, después de los tratados de Ciudad Juárez, a reclinarse muellemente sobre el fútil prestigio de sus pergaminos.

¿Cuánto les duró la tranquilidad? ¡Nada! Su reposo o sueño fué en el fondo de su conciencia una pesadilla, de la cual regresaron espantados hacia la realidad con las armas en las manos. Desde este momento las castas se colocaron frente a frente, disputándose el dominio público, para asegurar: los primeros, su pasado; y los segundos, su presente. Pero las argucias de la reacción fueron tales, que consiguieron poner al discípulo querido frente al maestro, es decir, a Orozco frente a Madero.

Las jornadas de aquellos tiempos por poco ponen en peligro los impulsos de la revolución, pero la República entera se alzó serena sobre la traición, castigando, no al instrumento, sino a los directores intelectuales; pero éstos, versados en las complicidades de la política, pronto buscaron otro ídolo para repetir el golpe. El problema era serio; sin embargo, para ellos era muy sencillo, pues pronto dieron con Félix Díaz, sujeto que además de estar cubierto con el manto de la popularidad barata, llevaba pomposamente el apellido de su tío el dictador.

No obstante la habilidad de la reacción, el éxito se les cayó de la mano, pues su ídolo, antes de probar fortuna o cubrirse con los rayos de la victoria, se dejó tomar prisionero como tímida paloma.

Una carcajada estrepitosa resonó en todos los ámbitos de la República, principalmente en las montañas del Sur, donde la revolución ya había tomado serios caracteres. Allá surgió por vez primera un grito potente, poderoso, cristalizándose en los vocablos TIERRA Y LIBERTAD.

La reacción, fuerte por abolengo, fuerte por su pasado, fuerte por las prodigalidades del dictador, no cedió ante su segundo fracaso; al contrario, sobre el tapete del destino, puso el tercer albur.

Con la linterna de Diógenes se fué cautelosamente por las an-

tesalas de los palacios, buscando al hombre necesario, al hombre fuerte, al hombre capaz de jugar con talento, con habilidad, la carta más interesante del partido. Dicho y hecho, se encontró con Mondragón.

Preparado el golpe, se presentaron los pretorianos una mañana semi-fría del mes de febrero de 1913, frente al Palacio Nacional, pidiendo con voz de tempestad, acceso al gran palacio. Los hechos hijos de esta aventura sangrienta, son demasiado conocidos; en tal virtud, ¿para qué recordarlos? Basta en estos momentos de liquidación social, hacer constar que el pueblo mexicano en masa fué sobre el enemigo, sepultando los últimos vestigios de las huestes usurpadoras en las barrancas y caminos de la ciudad de Zacatecas.

El golpe fué severo, pero la reacción no se dió por vencida: lo único que hizo desde estos momentos fué cambiar los cuartelazos como medios de lucha, por los complicados golpes políticos, con los cuales ya sabemos cuánto ha conseguido en el ánimo de los gobernadores, de los políticos torpes o ambiciosos, de los pagados de su abolengo, de los mediocres del pensamiento, de los filósofos rutinarios, pero su lucha, aunque intensa, siempre estéril.

El pueblo mexicano, principalmente el campesino, cansado de tanta espera, entra de lleno en el ejercicio de sus derechos, para cuyo efecto, toma la tierra aquí y allá, bajo el concepto de tierras ociosas, dispuesto a todos los sacrificios, antes que dejarse arrebatar lo que le pertenece por derecho divino, por derecho natural, fuentes supremas de todos los derechos.

¿Dónde están los lindes de esta nueva cruzada? En el reparto equitativo y efectivo de la tierra. Esta verdad se inició con lineamientos precisos en las tempestuosas sesiones de la Convención; más tarde, en Veracruz se cristaliza en parte en el decreto de 6 de enero de 1915; después se le concede un lugar distinguido en el texto del artículo 27 de la Constitución vigente.

Estos intentos no preocuparon mucho a la reacción, pues dar un pedazo de tierra para los ejidos de los pueblos no era un despilfarro para ellos, supuesto que la mayoría de sus latifundios están lejos de los centros agrícolas; pero un día el licienciado Soto y Gama lanzó en el recinto de la Representación Nacional, el grito de que había que desmembrar el latifundio.

La clarinada fué terrible; en el acto se movieron en todas direcciones, principalmente en el seno de la Cámara Baja, donde los reaccionarios de la misma, juntamente con los constitucionalistas, vencieron al Partido Agrarista, quien con su ley, pretendía noble y sensatamente legislar para todo el país.

Salvos de este nuevo peligro, baten palmas, pero aun no habían terminado de paladear su placer, cuando en pleno centenario se presenta en escena el Primer Congreso Nacional de Agrónomos. ¿Otro peligro más para sus intereses? ¡Sin duda! Desde luego pre-

tendieron coger incautos, pero los agrónomos, víctimas como los campesinos de las miserias de los latifundistas, pusieron el grito en el cielo, sentando tanto bajo los auspicios del ciudadano Ministro de Agricultura, como del ciudadano Presidente de la República, la verdad incontrovertible de que hay que crear la PEQUEÑA PROPIEDAD por todos los medios, principalmente por los directos.

El golpe no sólo fué terrible, sino mortal, supuesto que hoy ya no tienen medios legales para salvar sus dominios; pero firmes en sus propósitos, saltaron al estadío como los agrónomos, esgrimiendo los carcomidos cánones del derecho de propiedad. ¿Consiguieron algo? Repletar los bolsillos de la prensa reaccionaria, hacerse de desconocidos, conocidos nominalmente de todo el país; fraternizar cínicamente con el Congreso de Abogados; provocar temores en los campesinos, quienes imposibilitados para contrarrestar los gritos de los magnates de la tierra, tomaron la resolución de presentar ante las autoridades competentes 100 solicitudes de tierras por cada discurso o artículo de latifundista.

Así las cosas, se encuentra hoy de nuevo el mismo asunto en la Cámara Alta. La polvareda se ha alzado con visos de tempestad. La reacción representada aquí por dos o tres indiferentes y uno que otro ignorante, ha pretendido detener la marcha triunfal de la revolución.

¿Estamos en el epílogo de la obra iniciada en 1910? ¡No! Empezamos el camino; en consecuencia, carguemos nuestras alforjas de voluntad, de fe, de resignación, pues el más pequeño alto, reposo o complacencia, sería suficiente para que la reacción nos tomara la ventaja que le hemos ganado noblemente en el terreno de los hechos.

LAS CORRIDAS DE TOROS

POR JOSE BATLLE ORDOÑEZ(*)

LAS corridas de toros se distinguen de todas las otras fiestas por un rasgo característico: el hacer asuntos de agradable entretenimiento del dolor y la muerte.

Para que uno de esos espectáculos alcance su mayor brillo, ha de haber quedado una veintena de caballos tendidos en el redondel; han de haber salido de él otros tantos con las tripas de rastro y ha de haber sido suficientemente hábil el matador, que es el primer actor de la compañía, para atravesar los corazones de los toros lidiados, a la primera o a la segunda estocada. La delicia suprema del buen aficionado al toreo se produce, para unos, cuando este bruto bravío hunde sus cuernos en las entrañas del indefenso caballo, revolviéndolas y destrozándolas, y para otros, en el momento mismo en que la ancha y larga espada, entrando hasta el pomo, crispa el poderoso organismo del toro, herido de muerte. La muerte del torero no es un número obligado en una buena corrida. Pero cuando ocurre, alguna rara vez, no hace menos hermosa la fiesta. La emoción que se ha buscado es, al contrario, más intensa. Y ningún aficionado deja de felicitarse de haber presenciado el fúnebre accidente—aparte, por supuesto, los sentimientos de conmiseración que la víctima inspira.—

Ninguna otra fiesta civilizada presenta este carácter, propio del circo romano.

Se habla de las carreras de caballos, en que los jockeys suelen ser víctimas de accidentes más o menos terribles; de las pruebas de los circos, en que los equilibristas y volatineros se exponen a perder la vida y a veces la pierden; de los domadores de fieras, etc. Pero hay que establecer una diferencia profunda entre estas fiestas y las corridas de toros: la de que no se concurre a ellas a presenciar cómo se descalabran un caballo o un jockey, ni cómo cae un equilibrista, ni cómo devora una fiera a su domador; sino a regocijarse en la contemplación de ejercicios de habilidad, de fuerza, de inteligencia; la de que el espectáculo del derramamiento de sangre, que es parte obligada y capital en los programas de las

(°) Expresidente del Uruguay.

corridas de toros y que enardece y entusiasma al espectador, es un accidente desgraciado en las otras fiestas citadas, que las entristece y enluta. No quita, por ejemplo, nada de su prestigio a los ejercicios de volatineros y equilibristas, la previsora malla preparada para librarlos de todo daño en el caso de una caída posible. Pero quita a las corridas de toros todo su mayor atractivo el embolamiento de los cuernos, que salva al caballo, y la supresión de la suerte de la espada. Un aficionado sostendrá siempre que una corrida de toros realizada en semejantes condiciones, no merece nombre.

En la plaza debe correr sangre. Cuando el picador logra detener al toro, por más de una vez, en su embestida, y el pobre cuadrúpedo que monte queda ileso, el público irritado pide que tome más corta la pica... lo suficientemente corta para que el caballo sea irremisiblemente sacrificado; y cuando el torero, ora porque el bruto enemigo tiene una cornamenta demasiado larga o abierta, ora porque sus movimientos se apartan algo de los comunes y conocidos, u ora por cualquier otra causa, se muestra irresoluto o vacilante, álzase un clamor iracundo en la plaza que lo empuja hacia el peligro, y que, si pudiera convertirse en fuerza material, lo tomaría en peso e iría, con entero menosprecio de la vida humana, a colocarlo frente y junto al toro, para que muriese cualquiera de los dos.

Ahora bien: Este carácter cruento de la plaza de toros la convierte en agente de corrupción de una de las tendencias morales más sanas del hombre. Todos experimentamos, en efecto, con mayor o menor intensidad, una sensación dolorosa, con frecuencia profunda y absorbente, cada vez que nos encontramos en presencia de la destrucción parcial o completa de un organismo animal.

Una instintiva percepción de la solidaridad que nos vincula con los otros seres vivientes, hace que su dolor repercuta en el nuestro con todos los caracteres de un dolor real. Así, cuando un transeunte está a pique de ser arrollado por un vehículo cualquiera, o lo es, y la pesada armazón se va sobre él, nuestros nervios se crispan y experimentamos una conmoción física que podría considerarse como el reflejo, en nuestra sensibilidad, de la que ha sufrido la víctima del accidente. La emoción que se sufre al presenciar una operación quirúrgica es tan honda, que produce vahidos, con frecuencia, en las personas que someten a esa prueba su sensibilidad. El bañista, el náufrago que va a ser tragado por las olas, nos producen una congoja semejante a la que ellos experimentan. Las úlceras, los vicios orgánicos que exhiben los mendigos, despiertan en nosotros sensaciones reales de condolencia. Y estas sensaciones nos las hacen experimentar también los animales, con tanta mayor viveza cuanto mayor es la perfección y la vitalidad de sus organismos. Todas las angustias, todos los dolores encuen-

tran en nuestro sér una angustia, un dolor correlativo, que nos impulsa, que nos empuja, a veces con una fuerza invencible, a emplear toda nuestra actividad en suprimirlos o en mitigarlos.

Las más altas y delicadas concepciones morales tienen apoyo eficaz en estas profundas emociones de simpatía hacia todos los seres vivientes. Lo que la razón concibe como bueno se prestigia como grato, como suave, en nuestra entidad física. Cuando aliviamos un dolor extraño, aliviamos nuestro propio dolor. Y cuando, para realizar actos de esta naturaleza, tenemos que hacer el sacrificio de nuestros intereses, de nuestras afecciones; cuando tenemos que atormentarnos físicamente, hallamos todavía una recompensa en el alivio, en la supresión del mal ajeno, que es también nuestro mal. La inmoralidad y el crimen tienen, por otra parte, una valla a veces invencible, en esta manera de ser nuestra. Cuando el interés personal se ha sobrepuesto a toda consideración moral; cuando las leyes y las penalidades que imponen no ejercen ya influencia alguna sobre el futuro delincuente, tiene éste que vencer, todavía, la repulsión física de su organismo hacia el acto delictuoso. Cuando se trata de un hecho cruento, sobre todo, la mano se resiste a obedecer; el organismo entero se convulsiona contra una orden que repugna a su naturaleza. Estadística llena de enseñanzas a este respecto, sería la que podría formarse si fuese dado penetrar en el secreto de las conciencias, de los casos en que, vencidos todos los reparos, todos los obstáculos, todos los terrores, el crimen se detiene ante esa valla.

La plaza de toros, agregada a las diversiones lícitas de los pueblos civilizados, es centro de conspiración contra esa emoción salvadora. El que concurre por primera vez a una corrida, se horroriza de la atrocidad del espectáculo; pero la sensibilidad se gasta, se cansa con su repetición y el horror del primer día se convierte, al fin, en una voluptuosidad que podría calificarse, quizás, por su carácter atávico y sin un propósito declamatorio, de verdaderamente salvaje. Cierto: se puede ser asiduo aficionado a los toros y conservar excelentes convicciones morales y ajustar a ellas de una manera estricta la conducta; pero la repugnancia física que inspira al hombre el dolor extraño y que fortifica sus tendencias morales, queda debilitada en él de una manera extraordinaria.

Se ha creído encontrar, con acierto, sin duda, la explicación de la crueldad de una parte de nuestros paisanos y de su desprecio por la vida ajena, en las condiciones de su existencia, que los familiariza con la sangre por el sacrificio cotidiano y necesario de animales superiores, que se ven obligados a efectuar por sí mismos. De la misma manera se explica, en los pueblos primitivos, el carácter más dulce y apacible de las tribus dedicadas a la agricultura, y el más duro y terrible de los que se dedican al pastoreo. La plaza de toros establecida en el centro mismo de las ciudades más civi-

lizadas, renueva como un placer, el espectáculo que se produce en los campos, y siendo tan cruel o más que éste, debe dar el mismo o peor resultado.

Si uno de los fines más preciados de la civilización es el de suavizar los caracteres y las costumbres y hacer cada vez más efectivos los dictados de la moral, la plaza de toros es contraria a la civilización.

LITERATURA

PAKHOM EL MUJIK

POR LEON TOLSTOI

¿Hace falta mucha tierra para un hombre?

LA hermana mayor, esposa de un comerciante, viene a la campiña a visitar a su hermana menor, casada con un mujik. Hace la primera el panegírico de la vida que su posición desahogada le permite; enumera las comodidades de que goza, el lujo de sus vestidos, los exquisitos manjares que adornan su mesa y que regalan su paladar, y los paseos y teatros, en que solaza su vista y su espíritu.

Molesta por aquel brillante cuadro en que parece descubrir ciertos dejos de malicia, encaminada, sin duda a hacerla sentir la diferencia de posición social que entre las dos existe, comienza la hermana menor a disminuir la importancia de la vida que puede darse la esposa de un comerciante y a realzar la de una campesina.

Yo— dice—, no cambiaría mi posición por la tuya porque si bien es cierto que no es brillante nuestra existencia, en cambio nos son desconocidas las inquietudes que os asaltan. Vivir con más lujo; pero si unas veces ganáis, otras lo perdéis todo de golpe, y el proverbio dice: *la pérdida es respecto de la ganancia una hermana mayor*. Ocurre que hoy eres rica y mañana no tienes nada. Nuestra existencia es más segura. En casa del mujik, la subsistencia es mezquina, pero duradera. Nunca seremos ricos, pero siempre tendremos qué comer.

—Es verdad— repuso la otra hermana—; ¡pero a costa de vivir entre cerdos y terneros! Ni modales corteses ni comodidades a pesar del trabajo de tu marido. Vivís entre basura y moriréis en ella y la misma suerte aguarda a vuestros hijos.

—¿Y qué?—dijo la otra hermana—el oficio lo requiere; mas

por esto mismo, nuestra vida es estable cuando tenemos tierras. No tenemos que inclinarnos ante nadie y a nadie tememos. Vosotros, en la ciudad, estáis expuestos a la tentación. Hoy estáis bien; pero tal vez mañana haga el diablo que a tu marido le dé por los naipes, por el vino o por las mujeres, y todo irá manga por hombro. ¿Qué no puede ocurrir con cualesquiera de esas cosas?

Pakhom, el marido, sentado sobre la estufa, escuchaba la charla de las dos mujeres.

—Lo que dice mi esposa—exclamó—es la fiel expresión de la verdad. Ocupados en remover la tierra que nos mantiene, jamás pensamos, desde niños, en futilidades. La única desgracia es tener pocas tierras; pero si yo tuviera toda la que deseara, no tendría miedo ni al mismo diablo.

Las mujeres, después de haber tomado el té, siguieron hablando de trajes; arreglaron la vajilla y después se fueron a acostar.

El diablo estaba sentado detrás de la estufa escuchándolo todo y se alegró de que la mujer del campesino hubiera dado pie a su marido para que éste le desafiase. ¿No se había alabado de que, si tuviera tierra, no tendría miedo ni del propio Satanás?

¡Está bien!—se decía—¡ahora nos veremos las caras! Voy a darte mucha tierra y por la tierra te cojeré.

*

Al lado del mujik vivía una *barinia* (°) que poseía ciento veinte deciatinas (°°) de tierra. Estaba en las mejores relaciones con los mujiks y no hacía mal a nadie, cuando tomó por administrador a un licenciado del ejército, que comenzó a abrumar a multas a los colonos.

A pesar de todas las precauciones de Pakhom, ya era un caballo que se mete en un campo de avena, ya la vaca que penetra en el jardín, o los terneros que entran a la pradera, y por todo ello multa al canto.

Pakhom pagaba, juraba y castigaba a los suyos. Durante todo aquel verano tuvo que sufrir muchas vejaciones del administrador, por lo cual vió con sumo gusto que volvía el tiempo de recoger el ganado, aunque lamentase el tenerlo que mantener; pero al menos, ya no tenía miedo a las multas y estaba tranquilo.

Durante el invierno, circuló el rumor de que la barinia vendía sus tierras y que el dvornik del camino real quería comprarlas.

Esto impresionó dolorosamente a los mujiks.

—Si la tierra vuelve a manos del dvornik—se decían—aún nos va a tratar peor que la barinia.

(°) Mujer perteneciente a la nobleza.
(°°) Aproximadamente 121 hectáreas.

Los campesinos, representados por los jefes de cada familia, fueron en masa a suplicar a la señora que no vendiese sus tierras al dvornik, sino a ellos, que estaban dispuestos a pagarlas más caras. Consintió la barinia y los mujiks se concertaron para que la compra al efectuarse el *mir*. (°) Reuniéronse una, dos veces, y el asunto casi no se arreglaba porque el diablo los dividió y les era imposible llegar a un acuerdo. Por último, decidieron comprar cada uno su parte, en la medida de sus recursos, y también accedió a ello la barinia.

Pakhom supo que su vecino había comprado veinte deciatinas y que la barinia le había concedido que pagase por años la mitad del precio de las tierras, y esto excitó su envidia.

—Van a quedarse con toda la tierra—se dijo— y yo sin nada.

Entonces consultó a su mujer.

—Todo el mundo compra—le dijo—y es preciso que nosotros compremos también una decena de deciatinas, porque de otro modo no podríamos vivir; ese administrador nos ha arruinado a fuerza de multas.

Luego reflexionó acerca del modo de hacer la adquisición.

Tenía ahorrados cien rublos, y vendiendo el potro, la mitad de las abejas y colocando a su hijo como mozo de labranza en una granja, pudo reunir la mitad de la suma.

Pakhom tomó el dinero, escogió quince deciatinas de tierra con un pequeño bosque, y fué a casa de la barinia a cerrar el trato, dejando cierta cantidad como señal. Fué a la ciudad para hacer la escritura de venta, y en ella hizo constar que daba la mitad del importe al contado, y en cuanto al resto se comprometía a pagarlo en dos años. Con esto Pakhom fué dueño de aquella tierra.

Para comprar semillas, pidió dinero a su cuñado; pero tan bien se dió la cosecha, que en sólo un año pagó la deuda a la barinia y a su pariente, y quedó como verdadero propietario. Al fin trabajaba en terrenos de su exclusiva pertenencia, en sus entrañas clavaba la reja del arado, y en ellos la diestra mano del sembrador hacía caer la lluvia de grano, que la fecunda savia de la madre tierra había de devolver centuplicada, y también de sus tierras procedían los maderos y la leña que, próvido, su bosquecillo le brindaba.

Cuando Pakhom va a labrar su terruño, cuando mira cómo crece su trigo y cómo el verdor cubre sus prados, la alegría le transfigura y le parecen sus plantas diferentes de las que nacen en las ajenas fincas y sus flores más bellas que las que brotan en los demás campos. En otro tiempo, cuando aquello no era suyo, le pa-

---

(°) Mir es la asociación de jefes de familia que rige los asuntos de la agrupación rural; especie de Municipio.

recía que nada tenía de extraordinario; pero ahora, cada día descubre nuevas cualidades en sus tierras.

*

Así vivía Pakhom dichoso. Todo iba bien, cuando los mujiks comenzaron a entrarse por los trigos y los prados de Pakhom, y aun cuando él les rogaba que no lo hicieran, ellos continuaban sus intrusiones. Unas veces los pastores dejaban a las vacas entrar en los prados, otras eran los caballos los que arrollaban los trigos, y Pakhom se contentaba con echarlos y les perdonaba, sin querer llevar el asunto ante la justicia.

Acabó por enfadarse, y fué en queja al tribunal de la comarca, aun cuando sabía que los mujiks no lo hacían por mala voluntad, sino porque estaban estrechos.

—Si los perdono siempre—pensaba—, acabarán por comerse cuanto poseo. Es preciso asustarlos para que tengan cuidado.

Hizo, en efecto, un primer ejemplo, y luego un segundo, llevando ante el tribunal a otro mujik. Los campesinos colindantes a Pakhom se disgustaron contra él, y entonces enviaban exprofeso a sus ganados a pacer en las tierras de aquél. Una noche fué uno al bosquecillo y cortó una docena de tilos para aprovechar la corteza. Al atravesar la floresta, advierte Pakhom algo blanquecino por el suelo, se acerca, ve por tierra unos tilos descortezados. Sólo quedaban plantadas las raíces. ¡Y si todavía no hubiera cortado los árboles de la orilla! ¡Si al menos hubiese respetado alguno! Pero no; el salteador los había cortado todos.

Pakhom se indignó.

—¡Ah! decía—. Si yo supiera quién ha hecho ésto, no le quedarían ganas de volver.

Comienza a pensar y se le ocurre que no puede haber sido otro que Seman. Va al corral de éste; pero nada encuentra. Riñe con Seman y se persuade aun más de que éste es el autor de la fechoría. Le cita a juicio y el mujik es absuelto por falta de prueba.

Pakhom se irritó más y llegó a decir al *starschina* (°) y al juez:

—Estáis protegiendo a los ladrones. Si cumplierais con vuestro deber no absolveríais a esa gente.

Pakhom se enfadó también con sus vecinos, y éstos, al fin, acabaron por amenazarle con el incendio. Pakhom podía vivir en sus tierras con más holgura; pero mal visto por los mujiks, se sentía estrecho en aquella zona.

En estos momentos circuló el rumor de que el pueblo emigraba.

Yo—dijo Pakhom—no necesito abandonar mis tierras; pero si

(°) Especie de alcalde.

algunos de los nuestros se fueran, los demás tendríamos más espacio. Compraría su tierra, la añadiría a las mías, y viviría mejor, porque me encuentro muy apretado aquí.

Un día en que Pakhom estaba en su casa, entró en ella un transeunte que pidió hospitalidad.

Se le dejó que pasara allí la noche, se le dió de comer, y luego le preguntaron a dónde iba. El mujik repuso que venía de allá abajo, de las orillas del Volga. De hilo en ovillo, el mujik cuenta cómo su pueblo ha emigrado a aquellas tierras. Los suyos se han establecido allí, se han inscrito en el municipio y se les ha distribuído diez deciatinas por persona.

—Y la tierra es tan buena—dijo—, que cuando se siembra en ella centeno, nacen unas espigas con unos tallos tan altos y tan espesos, que cubren a los caballos. Cinco puñados de espigas forman un haz. Un mujik pobre, que llegó con sólo sus brazos, labra ahora cincuenta deciatinas de tierra de pan llevar. El año último vendió su trigo en cinco mil rublos.

Y Pakhom pensaba con el corazón lleno de entusiasmo.

¿Por qué he de vivir aquí, estrecho, cuando puedo estar mejor en otra parte? Yo vendería tierra y casa, y con el dinero que me produjeran, edificaría allá abajo y me establecería allí, mientras que quedarme aquí, donde me encuentro tan estrecho, es un pecado. Lo único que hace falta, es que yo vaya a informarme en persona.

Hacia el verano se preparó y partió. Hasta Samara descendió el Volga en un barco de vapor; luego recorrió cuatrocientos verstas a pie, y por fin llegó a donde se proponía. Era, en efecto, cierto lo que le habían dicho. Los mujiks viven allí cómodamente. El municipio, muy hospitalario, da a cada persona diez deciatinas de tierra, y el que llega con dinero, puede, además del terreno concedido, por cierto tiempo, comprar tierra a perpetuidad, a razón de tres rublos la deciatina, y aun eso tratándose de terrenos de primera y pudiendo, además, adquirir tantos como deseara.

Pakhom se informó de todo esto, volvió a su casa hacia el otoño y se dispuso a vender sus bienes. Realizó su tierra con ventaja, vendió su casa, su ganado, se hizo borrar de las listas municipales, aguardó a la primavera, y se fué con su familia hacia el nuevo país.

*

Llega Pakhom con su familia y se inscribe en una gran aldea, convida a beber a los antiguos, según costumbre, y se pone en regla. Se recibe a Pakhom en debida forma y se le conceden, por las cinco personas que constituyen su familia, cincuenta deciatinas de tierras en diferentes lotes, sin contar los pastos. Pakhom edificó su casa y compró ganado. Ahora posee, sólo en tierras concedidas, dos veces más de la que antes tenía. Sus terrenos son fértiles, su vida en

comparación de la que antes hacía, es diez veces mejor. Entre tierras de labor y de pastos, tiene tanto como quiere.

Al pronto, y mientras edificaba y hacía su instalación, todo le parecía hermoso; pero cuando hubo vivido allí algún tiempo, ya se le figuró mezquino. Deseaba, como los demás, sembrar trigo blanco, el trigo turco, y precisamente, de la tierra a propósito, tenía poca en sus dominios. El trigo blanco se siembra en tierra virgen, en donde crecen los tallos plumosos, o en tierra de barbecho. Se la cultiva un año o dos y se la deja de nuevo hasta que esté en condiciones de dar nueva cosecha. De la tierra ordinaria tenía de sobra; pero en ella no se daba más que el centeno, pues el trigo necesita tierra fuerte, muy solicitada por todos, y como escaseaba, se la disputaban con empeño. Los más ricos quieren labrarla por sí mismos, y los más pobres la venden para pagar sus contribuciones. El primer año, sembró Pakhom trigo viejo en sus tierras y se dió bien, pero deseaba sembrar mucho y la extensión no se lo permitía. Como las restantes no eran buenas para aquello, quería mejorar su posesión y para ello fué a casa de un comerciante, con objeto de tomarle en arriendo tierra por un año. Sembró más y se dió bien; pero el campo estaba lejos del pueblo, tanto que para llegar a él había que andar una quincena de verstas. Advirtió Pakhom, que en aquel país, los comerciantes y campesinos tenían casas de campo y se enriquecían.

—He aquí—pensaba—cómo estaría yo si hubiera podido comprar tierra a perpetuidad y edificar casa de campo. Tendría todos mis terrenos a la mano.

No dejaba de pensar en los medios de adquirir la tierra a perpetuidad.

Así vivió Pakhom cinco años. Arrendaba la tierra y sembraba el trigo, los años eran buenos, el trigo se daba bien y él ganaba dinero. No había más que continuar; pero le molestaba arrendar todos los años la tierra, porque dondequiera que había una buena, los demás acudían para tomarla, y si no llegaba a tiempo, no hubiera tenido donde sembrar. Alguna vez le ocurrió también, que después de haber arrendado un campo y haberle labrado, los mujiks reclamaron en justicia contra él y perdió todo el trabajo hecho. Si la tierra hubiera sido suya, todo hubiera ido perfectamente.

Pakhom se informa en dónde comprar tierra a perpetuidad y encuentra a un mujik que poseía quinientas deciatinas, se había arruinado y vendía barato. Pakhom habla con él, regatea, y al fin llegan a un acuerdo, vendiendo la propiedad, el primero, en mil quinientos rublos, pagaderos mitad al contado y mitad a plazos. Ya estaba cerrado el trato, cuando cierto día se detuvo en casa de Pakhom un negociante, para dar de comer a sus caballos. Le invitó a tomar té, hablaron, y el negociante refirió que venía del territorio de los Baschkirs. Allí, decía, había comprado cinco mil deciatinas, y sólo le ha-

bían costado mil rublos. Pakhom preguntaba y el negociante respondía.

—Para esto no he tenido que hacer más—añadió el comerciante—, que halagar a los que se hallan establecidos en el país. Les regalé vestidos y tapices, por valor de cierta cantidad de rublos, una caja de té, y ofrecí de beber a todo el que quisiera. Entonces pude comprar a razón de veinte copeks la deciatina. Al decir esto, enseñaba el contrato de venta.

—La tierra—continuó—está situada al lado de un riachuelo, y por todas partes crecen los dorados tallos del trigo.

Pakhom no se cansaba de preguntar los más minuciosos detalles de todo.

—Hay tierra—decía el negociante—en tal extensión, que no es posible recorrer su contorno ni aun andando durante un año. Todo aquello es de los Baschkirs, que son inocentes como corderos; se podría adquirir sus tierras, hasta de balde.

—¡Ah!— se dijo Pakhom— ¿Para qué comprar, con los mil rublos que poseo, quinientas deciatinas y quedar aún debiendo, mientras que con el mismo dinero podré comprar, Dios sabe cuánto?

*

Se enteró Pakhom del camino que había que seguir para llegar a aquellas tierras, y en cuanto hubo despedido al negociante, hizo sus preparativos de marcha. Dejó la casa al cuidado de su esposa, y partió con su criado.

Fueron, por de pronto, a la ciudad a comprar una caja de té, regalos, vino y todo lo que el negociante le había dicho. Luego se pusieron en marcha, y habían recorrido ya quinientas verstas, cuando al séptimo día llegaban a un campamento de baschkirs. Todo era, en efecto, tal y como el negociante lo dijera. Las baschkirs viven en la estepa, cerca del arroyuelo, bajo las tiendas de tela de lana. No cultivan la tierra ni comen pan, y pasan la vida recorriendo la estepa con sus caballos y sus rebaños.

Detrás de las tiendas están atados los potros, y se les lleva a sus madres, dos veces al día. Se ordeña a las yeguas, y de su leche se hace el kumis. Las mujeres baten el kumis y hacen queso. Los baschkirs no saben más que beber kumis y té, comer carne de carnero y tocar la flauta. Todos están robustos, alegres, y pasan el verano en continua fiesta. Este pueblo es en absoluto ignorante, no conoce el ruso: mas, a pesar de su ignorancia, es afable y hospitalario.

A la vista de Pakhom, los baschkirs salieron de sus tiendas y rodearon al recién venido. Había entre ellos un intérprete, y por medio de él, les hizo saber Pakhom que venía para adquirir tierras. Los baschkirs le festejaron y le alojaron en una bonita tienda de campaña. Instaláronle sobre blandos tapices, le cubrieron de edre-

dones de pluma y le invitaron a tomar té y kumis. Se sacrificó un carnero y con su tierna carne agasajaron al recién llegado.

Pakhom sacó de su carro los regalos que traía y los distribuyó entre sus huéspedes. Estos, locos de contento, charlaban entre sí; luego ordenaron al intérprete que tradujera lo que decían.

—Me mandan decirte—exclamó el intérprete—que te han tomado afecto y que tenemos por costumbre tratar a un huésped lo mejor que podemos y devolver regalo por regalo. Tú nos has obsequiado con presentes y ahora vas a decirnos lo que deseas, para que nosotros te lo demos en cambio.

—Lo que más me agrada—repuso Pakhom—es vuestra tierra. En nuestro país no estamos bien, porque hay poca y está agotada, mientras que aquí tenéis mucha y buena. Jamás he visto ninguna semejante.

El intérprete tradujo lo dicho por el mujik, los baschkirs volvieron a conversar entre ellos, y aunque Pakhom no entendió lo que decían, vió que estaban contentos, que gritaban no sé qué y reían como descosidos. Luego callaron, volvieron a mirar a Pakhom y el intérprete dijo:

—Me encargan te manifieste que por tu generosidad se te dará con gusto tanta tierra como quieras. No tienes más que señalar con el dedo la que desees y será tuya.

Volvieron aquellas gentes a hablar entre sí y a discutir, y Pakhom preguntó de qué trataban, a lo cual repuso el intérprete:

—Dicen unos que hay que dar conocimiento de esto al starschina, porque sin su intervención no es posible hacer la cesión, y otros aseguran que puede presindirse de él.

*

Mientras los baschkirs discutían, apareció de pronto un hombre con gorra de piel de zorro. Todos enmudecieron y se levantaron.

—Ese es el starschin —dijo el intérprete.

Pakhom cogió en el acto su más bello traje y se lo ofreció al jefe baschkir, en unión de cinco libras de té. Aceptó el starschina y se colocó en primera fila. Inmediatamente los baschkirs le sometieron el asunto y él escuchó sonriente, y luego dijo:

—Pues bien, será como tú deseas. Aquí hay mucha tierra y puedes elegir la que tú quieras.

—¿Cómo podría tomar toda la que deseo?—se preguntaba Pakhom—. Es preciso que se me conceda en debida forma, porque si no me dirán: "esto es tuyo" y luego me lo quitarán.

Movido por esta idea, dijo al starschina:

—Os agradezco vuestras amables frases. Vosotros tenéis terrenos de sobra y yo no necesito muchos. Se trata solamente de saber qué tierras serán mías y para ello es preciso, de un modo o de otro,

marcar sus límites y regularizar la cesión, porque todos somos mortales. Vosotros, buenas gentes, las dáis, pero puede suceder que vuestros hijos las quiten.

El starschina se echó a reir.

—¡Como quieras!— dijo—. Lo haremos de manera que no haya nada tan en regla.

—Y Pakhom añadió:

—He oído decir que ha venido hasta aquí un negociante y que le habéis vendido terreno por medio de un contrato; pues bien, me daréis a mí otro. El starschina comprendió lo que Pakhom quería. ¡Conformes!— dijo—. Tenemos un *'pissar;* (°) iremos a la ciudad, levantaremos acta y se pondrán en ella los sellos necesarios.

—¿Y cuál será el precio?—preguntó el mujik.

—Nuestro precio es único: mil rublos por jornada.

Pakhom no entendió aquella manera de medir la tierra.

—Y ¿cuántas deciatinas hará la jornada?

—No podemos precisarlo; pero nosotros lo que vendemos es una jornada de tierra. Todo lo que abarques marchando durante una jornada, será tuyo, y el precio de ello será mil rublos.

—¡Pero en un día—dijo Pakhom sorprendido—se puede rodear mucha tierra!

El starschina se echó a reir.

—Pues toda será tuya—repuso—; pero con una condición: si no vuelves en una jornada al punto de partida, pierdes tu dinero.

—Y ¿cómo poner jalones por los puntos donde pase?

—Nos colocaremos en el sitio que te plazca y allí permaneceremos mientras tú das la vuelta. Nuestros criados te seguirán a caballo, y allí en donde tú ordenes, plantarán jalones, y luego, de un jalón a otro, trazaremos un surco con el arado. Puedes hacer el recorrido tan grande como quieras, pero ten presente que has de cerrar la línea antes de la puesta del sol. Todo lo que encierres en tu carrera será tuyo.

Pakhom se avino a ello, y se decidió que la partida comenzase al alba siguiente. Se habló todavía un poco, se bebió kumis, se cenó carne de carnero y se volvió a tomar té.

Dieron a Pakhom un colchón de pluma, y luego los baschkirs se retiraron, después de haber prometido reunirse al día siguiente, al amanecer, y marchar al sitio convenido antes de la salida del sol.

*

Se acostó Pakhom sobre el colchón de pluma, pero no pudo dormir. Tenía siempre lo de la tierra en la imaginación.

(°) Especie de notario.

—¡Lo que he conseguido!— pensaba—. Voy a tener mañana un hermoso dominio, porque en una jornada puedo muy cómodamente andar cincuenta verstas, ya que el día, en esta estación, es tan largo como el año. Cincuenta verstas de perímetro harán seguramente unas diez mil deciatinas. Ahora sí que no tendré que inclinarme ante nadie. Ya me procuraré bueyes para dos arados y además tomaré mozos. Cultivaré la parte que me plazca y sobre el resto dejaré pacer el ganado.

En estas cavilaciones pasó la noche y hasta poco antes del alba no quedó medio dormido, y apenas comenzó a adormecerse cuando tuvo un ensueño.

Se vió acostado bajo la tienda en que estaba y oyó que alguien reía hasta desternillarse. Queriendo saber quién era el que de aquel modo tan estruendoso manifestaba su regocijo, se levanta, sale de la tienda y ve al propio starschina de los baschkirs sujetándose el vientre con ambas manos y riendo a mandíbula batiente. Se aproxima y pregunta: "¿De qué te ríes?" Entonces ve que aquel hombre no es ya el starschina baschkir, sino el negociante que fué a su casa a hablarle de las tierras, y ya tampoco era el negociante, sino el mujik que primero fué a verle. Y, por último, advierte Pakhom, que tampoco es el mujik, sino el diablo en persona, son sus cuernos y sus pies de cabra, riendo a más no poder y mirando atentamente algo. Y entonces piensa Pakhom: "¿qué mirará? ¿de qué se ríe?" Va de aquel lado para ver lo que era, y se encuentra un hombre tendido, con los pies desnudos, en camisa y calzoncillos, boca arriba y blanco como la nieve. Fija su vista Pakhom en el muerto y ve que es él mismo: en aquel momento lanza una exclamación y se despierta.

Al despertarse piensa: "¡Quién hace caso de sueños!" Se vuelve de otro lado y ve que comienza a clarear.

—Hay que despertar a los demás y partir—se dice.

Y Pakhom se levanta, llama a su criado, le da orden de enganchar y va a despertar a los baschkirs.

Estos se levantan, se reúnen, acude el starschina y se pone a beber kumis. Ofrecieron té a Pakhom; pero éste no quiso entretenerse.

—Puesto que hay que partir, partamos— dijo—. Ya es hora.

Reuniéronse los baschkirs, montaron unos a caballo y otros en carro, y partieron. Llegaron a la estepa y la aurora comenzaba a apuntar, cuando subieron a una pequeña colina. Los baschkirs se apearon de sus carros y se reunieron en un sólo grupo. El starschina se acercó a Pakhom y mostrándole con la mano el país, le dijo:

—Todo cuanto la vista alcanza nos pertenece. Escoge, pues, la parte que más te convenga.

Brillaron los ojos de Pakhom. Toda la tierra estaba cubierta de tallos, llana como la palma de la mano, negra como la semilla de

la adormidera, y hasta las ramblas estaban cubiertas de hierbas diferentes, pero altas hasta el pecho.

El starschina se quitó la gorra de piel de zorra y la puso sobre lo más alto de la colina.

—Este—dijo—será el punto de partida. Tu criado va a quedarse aquí. Deposita el dinero. Vuelve, y aquello que hayas abarcado en tu carrera te pertenecerá.

Sacó Pakhom el dinero, le puso en la gorra del starschina, se quitó el caftán y no conservó más que el *poddiovka* o túnica ligera. Se ciñó fuertemente el cinturón, tomó un saquito con pan, ató al cinturón una botella de agua, se estiró las botas y se dispuso a partir. Estaba indeciso acerca de la dirección que había de tomar; pero como por todos lados la tierra era buena, se dijo:

—Puesto que por todas partes la tierra es igual, iré del lado de donde salga el sol.

Se colocó entonces en la dirección del Oriente y esperó la salida del astro del día. En tanto pensaba lo siguiente:

—No hay que perder tiempo: con el fresco la marcha es más fácil.

Los baschkirs, a caballo, estaban preparados para seguirle. En cuanto el borde del astro rey asomó por el horizonte, echó a andar Pakhom y penetró en la estepa seguido de los jinetes.

Iba el mujik con paso igual, ni lento ni rápido. Recorrió una versta, dijo que pusieran un jalón y continuó su camino. Cuando empezó a animarse aceleró la marcha. Después de haber andado algún tiempo, ordenó que pusieran otro jalón. Pakhom se volvió y pudo ver perfectamente la colina y en ella reunidos a los baschkirs.

Calculó el mujik que ya había recorrido cinco verstas, y como estaba sofocado, se quitó la túnica, se ciñó nuevamente el cinturón y continuó andando. Franqueó otras cinco verstas; hacía calor, miró al sol y vió que era la hora del almuerzo.

—Ya he hecho—se dijo—una cuarta parte de la jornada y como me quedan tres aún, no me parece tiempo de volver. Pero voy a quitarme las botas.

Se sentó, se quedó descalzo y prosiguió su camino. Iba muy animado pensando:

—Voy a andar todavía cinco verstas en línea recta y torceré a la izquierda. El sitio es admirable y cuanto más avanzo es mejor.

Siguió, pues, todo derecho: se volvió y apenas pudo ya columbrar la colina. Las gentes que en ella había, le parecían insectos.

—Ahora—se dijo Pakhom—ya es tiempo de volver de este lado. Ya he tomado bastante tierra.

Estaba bañado en sudor y sentía una sed abrasadora. Pakhom se puso la botella en los labios y bebió sin detenerse. Ordenó que pusieran otro jalón y dió vuelta a la izquierda. La yerba era alta,

el calor sofocante y Pakhom comenzaba a fatigarse. Miró al sol y vió que era llegado el momento de comer.

—Pues nada—se dijo—hay que descansar.

Se detuvo el ambicioso, comió un poco de pan; pero no se sentó.

—Si me siento—se dijo—acabaré por acostarme y quedarme dormido.

Se detuvo un momento, respiró y siguió la marcha. La comida le había devuelto las gastadas fuerzas y comenzó a caminar a paso acelerado; pero hacía mucho calor y le invadía el sueño. Pakhom estaba rendido, pero se decía:

—Es una hora de sufrimiento a cambio de un siglo de buena vida.

Aún marchó de aquel lado durante unas diez verstas; iba a volver a la izquierda, cuando vió una fresca cañada.

—Sería lástima—pensó—dejarla fuera. Aquí se dará bien el lino.

Y continuó marchando en línea recta abarcando la cañada en la cual plantó un jalón e hizo un segundo ángulo, volviéndose hacia la colina. Apenas se distinguía la gente que había en ella. Debía distar de allí lo menos quince verstas.

—He alargado en exceso los dos primeros lados—pensó—y es preciso que éste sea más corto.

Recorrió el tercer lado apretando el paso. Miró al sol y le vió próximo a declinar. No había más que dos verstas del tercer lado y la meta se hallaba aún a quince.

—Mi finca no va a ser regular—pensaba—, pues hay que ir derecho al límite porque ya tengo bastante tierra.

Y Pakhom marchó derecho a la colina.

*

El mujik se dirige al punto de partida; pero está rendido. Los pies no le dejan andar. Los lleva destrozados y siente que le flaquean las piernas. Descansaría de buena gana un poco; pero no puede si ha de cerrar la línea antes de la puesta del sol. Y éste no espera; al contrario, parece que alguien le empuja hacia el límite del horizonte.

—¡Ay de mí!— pensó Pakhom—tal vez me he equivocado abarcando demasiado terreno. ¿Qué va a ser de mí si no llego a tiempo? ¡Qué lejos está aún y que fatigado estoy! Con tal que no haya perdido en vano mi dinero y mi trabajo. Hay que hacer lo imposible.

Pakhom echa a correr, destrozándose los pies hasta saltarse la sangre, pero sigue trotando. Corre, corre, pero aún está lejos. Tira su túnica, sus botas, su botella y su gorro.

—¡Ay!—pensaba—he sido demasiado ambicioso y he perdido esta ocasión. No podré llegar antes de la puesta del sol.

Y de miedo se le cortó la respiración. Siguió corriendo el ambicioso; el sudor pega a su piel el vestido, tiene la boca seca; su pecho se levanta como un fuelle de fragua, su corazón golpea como un martillo contra su pecho, y no siente ya los pies.

Vacila. Ya no piensa en las tierras, sino en no morir de cansancio. Tiene miedo a la muerte; pero no se puede detener.

—He corrido ya tanto—se decía—que si ahora me detengo, van a tratarme de idiota.

Oye a los baschkirs silbar y gritar. Al oír estos gritos su corazón se inflama aun más, sigue corriendo y gasta sus últimas energías. El sol parece que se oculta a propósito y, sin embargo, el final de la carrera ya no está lejos. Pakhom ve ya a las gentes que hay en la colina. Se le hace señas con la mano para que apresure. Ve también en el suelo la gorra con el dinero y al starschina sentado en tierra, apretándose el vientre con las manos. Pakhom recuerda su sueño.

—He cogido mucha tierra—se dijo—. ¿Me permitirá Dios que viva? Creo que me he perdido yo mismo.

Continúa corriendo. Mira al sol y le ve rojo, agrandado; se acerca al límite de la tierra, ya su borde se oculta tras la estepa.

—¡Ay!—exclama Pakhom—. Creo que todo está perdido—; pero recuerda que si de abajo no ve ya el sol, el astro aún no se ha ocultado para los que están en lo alto de la colina.

Sube rápidamente, ve la gorra, ¡hela aquí! da un mal paso, cae, y con la mano alcanza el birrete del starschina.

—¡Bravo! ¡valiente!—exclama éste: —¡te has ganado mucha tierra!

El criado de Pakhom acude y quiere levantar a su amo; pero ve que la sangre fluye de su boca. Está muerto. El starschina incorporándose prorrumpe en carcajadas y se sujeta el vientre con ambas manos... se levanta, coge del suelo un azadón y se lo da al criado.

—Toma—dice—; entiérrale.

Todos los baschkirs se levantaron y se fueron.

Quedó sólo el criado y abrió para Pakhom una fosa de la longitud justa del cadáver: tres archinas de la cabeza a los pies, y allí lo enterró.

Conocimientos Prácticos

CARTAS SOBRE EL IMPUESTO UNICO

POR LEON TOLSTOI

PEDIS mi parecer respecto a la *actividad* (°) de Enrique George y su sistema del impuesto único; helo aquí:

La humanidad progresa sin cesar en el sentido del desarrollo de su conciencia y el establecimiento de las formas de la vida correspondientes a esa conciencia modificable. Por eso en cada período de la vida de la humanidad se observa, por una parte, el proceso del desarrollo de la conciencia, y por otra el de la realización en la vida de lo que está iluminado por la conciencia.

A fines del siglo XVIII, y a principios del XIX, surgió en la humanidad cristiana la luz de la conciencia con relación al orden de los obreros sometidos a diversas formas de la esclavitud y el proceso del establecimiento de nuevas formas en la vida correspondientes a la conciencia modificada: la abrogación de la esclavitud y su substitución por un trabajo de libre contrato.

Actualmente se desarrolla el proceso de la *iluminación* de la conciencia de los hombres con relación al disfrute de la tierra, y me parece que muy pronto debe florecer el de la realización de esa conciencia en la vida.

Y en esta iluminación de la conciencia con relación al disfrute de la tierra, así como en la realización de esa conciencia, principal problema de nuestro tiempo, el *pioneer* y caudillo del movimiento ha sido Enrique George. Su importancia es considerable y de primer orden. Con sus hermosos libros ha contribuído al desarrollo de la conciencia de los hombres, llevando esta cuestión al terreno de la práctica.

Pero durante la abrogación del execrable derecho de propiedad, se produce lo mismo que ocurrió, según mis recuerdos, durante la abolición de la esclavitud. El gobierno y las clases dominantes, conocedores de que la cuestión de la tierra está íntimamente enlazada con su ventajosa situación en la sociedad, fingen el mayor celo por el interés de los pueblos, fundan cajas obreras, nombran

(°) Actividad equivale aquí a modo de acción.

inspectores del trabajo, crean impuestos sobre la renta, llegan al extremo de establecer la jornada de ocho horas, pero nada dicen de la cuestión territorial, y con ayuda de su ciencia mentirosa que demuestra todo lo que es ventajoso para ellos, afirman que la expropiación territorial es inútil, perjudicial y aun imposible, y ocurre lo mismo que en tiempo de la esclavitud.

Los hombres de principios del siglo XIX y fines del XVIII conocen que la esclavitud es un anacronismo horrible y que subleva el ánimo. Pero la pseudo religión y la pseudo ciencia demostraban que en la esclavitud no hay nada malo, que era un mal necesario que no había llegado la hora de abolir. Ahora ocurre lo mismo con la propiedad territorial. De igual modo la pseudo religión y la pseudo ciencia prueban que en la propiedad territorial no hay nada malo y que no es necesario destruirla.

Creemos que debiera ser evidente para todo hombre instruído de nuestra época, que el derecho exclusivo a la tierra, ejercido por los hombres que no la cultivan y que privan de ella a centenares y millares de familias pobres, constituye un hecho tan cruel y odioso como la posesión de esclavos, y no obstante vemos que los que se llaman instruídos y refinados autócratas, ingleses, austriacos, prusianos, rusos, que gozan de ese derecho cruel e inicuo, no sólo no se avergüenzan de semejante posesión, sino que están orgullosos de ella.

La religión la bendice y la ciencia político-económica prueba que debe ser así para el mejor bien de los hombres.

El mérito de Enrique George consiste no sólo en haber destruído todos esos sofismas por los que la religión y la ciencia justificaban la propiedad, sino también en haber llevado la cuestión a tal grado de claridad que ya no cabe negar la injusticia más que tapándose los oídos. Tiene además el mérito de haber dado una respuesta precisa y directa a los motivos comúnmente invocados por los enemigos de todo progreso y que consisten en que las exigencias del progreso son ensueños no ya prácticos, sino irrealizables.

El proyecto de Enrique George destruye ese error planteando la cuestión de tal modo, que con poco trabajo podría un comité reunirse para discutir el proyecto y convertirlo en ley. En Rusia, por ejemplo, la discusión de la cuestión de compra de la tierra o de su expropiación gratuita por la nacionalización, podría empezar en seguida y ser con diversas peripecias resuelta, como lo fué hace treinta y tres años la cuestión de la emancipación de los siervos.

Aparece evidente no sólo la necesidad de un campo de situación, sino también su posibilidad (cabe introducir cambios y mo-

dificaciones en el sistema de *single tax*, pero la idea principal es realizable); y los hombres no quieren realizar aquello que comprenden. Es necesario que la idea se convierta en opinión pública y para esto debemos propagarla y engrandecerla. Como lo hacéis así, os envío la expresión de mi simpatía y os deseo un buen éxito.

El proyecto de Enrique George consiste en lo siguiente: Las ventajas y las comodidades del disfrute de la tierra no son iguales en todas partes, y como siempre habrá muchos aficionados a las tierras más fértiles, más cómodas y contiguas a los sitios bien poblados, y como este número aumentará a medida que sean mejores y más productivas las tierras, será necesario apreciarlas según sus ventajas: lo más ventajoso es lo más caro; lo menos ventajoso, más barato, y a menos ventaja mayor baratura. Y la tierra que no tenga muchos aficionados no será apreciada y se concederá gratis a los que quieran cultivarla personalmente.

Así estimada la tierra, sucederá que entre nosotros, por ejemplo, en la provincia de Tula, la tierra ventajosa y fértil será valuada en cinco o seis rublos la deciatina; las huertas en los alrededores de las ciudades, en diez rublos la deciatina; el campo de trigo, en quince rublos, etc. En las ciudades la tierra valdrá quinientos rublos la deciatina, y en Moscou o en Petersburgo, en buen paraje o cerca de los puertos de los grandes ríos, algunos millares o quizás algunas decenas de millares de rublos la deciatina. Al justipreciar de esta manera toda la tierra del Estado, Enrique George propone declarar por medio de una ley que a partir de determinada fecha la tierra ya no pertenecerá a los particulares, sino al Estado, a todo el pueblo, y que aquellos que poseen la tierra deben pagar por ella al Estado, es decir, a todo el pueblo, el precio en que se ha valuado la tierra; las cantidades obtenidas se emplearán en obras sociales y substituirán a todos los impuestos y gabelas interiores, exteriores y arancelarios. Según este proyecto el propietario que posee en la actualidad 2,000 deciatinas podrá seguir poseyéndolas, mas para esto deberá entregar al Tesoro, en Tula, de 12,000 a 13,000 rublos por año, porque tendrá tierras de pan llevar y verjeles. Pero como ningún propietario podrá soportar tal pago, renunciará a la tierra. Y en la misma comarca, el aldeano de Tula pagará unos dos rublos por deciatina—lo que paga en la actualidad—y dispondrá en torno suyo de tierra libre que podrá tomar por cinco o seis rublos; y además, no sólo no pagará ningún impuesto, sino que tendrá todos los productos que le son necesarios, rusos o extranjeros, sin derechos de aduanas. En las ciudades los propietarios de las casas y de las fábricas continuarán poseyendo sus bienes, pero tendrán que pagar al Tesoro según el justiprecio de los terrenos que ocupen.

He aquí las ventajas de ese estado de cosas:

1.º Que no habrá hombres privados de la posibilidad de gozar de la tierra.

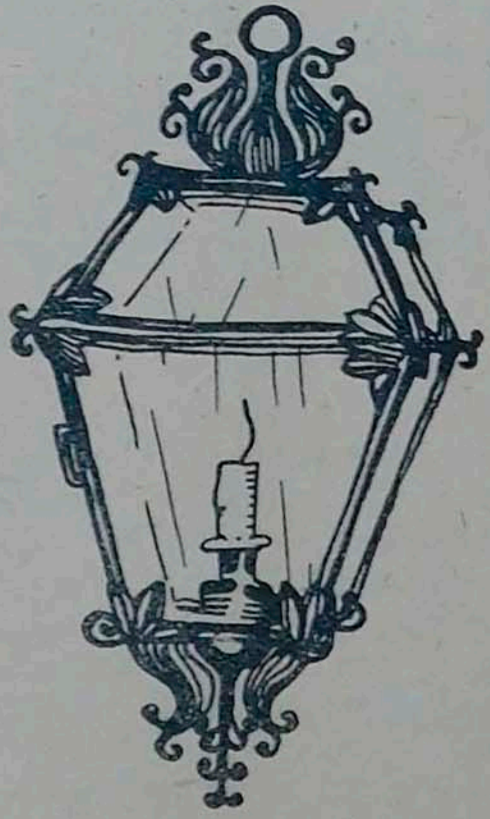
2.º Que no habrá gentes ociosas que posean la tierra y obliguen a otros hombres a trabajar por ellos en cambio del derecho de disfrute de la tierra.

3.º Que la tierra estará en poder de aquellos que trabajan y no en poder de aquellos que no trabajan.

4.º Que los hombres del pueblo que puedan trabajar la tierra cesarán de contratarse como obreros en los talleres o criados en las ciudades, y se dispersarán por la campiña.

5.º Que ya no habrá inspectores ni cobradores de impuestos en los talleres, fábricas y demás establecimientos, ni aduanas, y que sólo se cobrará el impuesto de la tierra que no se puede ocultar y para la que es fácil comprobar los impuestos.

6.º Los hombres que no trabajan se librarán del pecado de gozar del trabajo ajeno, pecado del que no siempre son culpables, puesto que desde la infancia se han criado en la ociosidad y no pueden trabajar. Se librarán del pecado y además de todas las mentiras inventadas para justificarlo. Los obreros se librarán de las seducciones del pecado de la envidia, la ira y el despecho, contra los hombres que no trabajan. Y así desaparecerá una de las causas de la división de los hombres.



EL EJERCICIO

LA actividad es una de las manifestaciones de la vida y una vida más larga es el premio de la actividad. La inmovilidad es la precursora de la muerte.

Esta ley de la vida es la misma para el funcionamiento de todos los órganos del cuerpo. Los músculos que se usan poco, se debilitan; los dientes que no trabajan, se pudren; los ojos que se ejercitan poco, pierden la fuerza; y otro tanto puede decirse de todos los demás órganos del cuerpo. Cumplen sus funciones respectivas con una fuerza que está en proporción directa al ejercicio que les corresponde. La causa principal de las debilidades y enfermedades es debida a la inactividad; la sangre se entorpece y deja de cumplir con sus funciones, que consisten ante todo, en quitar las materias gastadas y destruídas, provenientes de los órganos, músculos y huesos del cuerpo, y además en reconstruir con materiales nuevos y mejores, lo que se desgastó. Es imposible que la sangre haga este trabajo, si los pulmones no reciben aire puro y fresco y el cuerpo buen alimento; luego, el régimen de la vida debe ser tal, que la sangre corra vigorosamente hasta las últimas extremidades del cuerpo y pueda cumplir con su tarea de renovar constantemente el organismo.

El valor de un ejercicio regular e inteligente no puede ponderarse. Es la ley de la existencia para toda cosa viviente.

LA MEJOR HORA PARA HACER EJERCICIO

El ejercicio es bueno a todas horas del día, con la sola excepción de que no debe hacerse ejercicio violento inmediatamente después de la comida; y en verdad, el ejercicio violento no puede recomendarse a ninguna hora. Si la gente ocupada se atiene a la creencia necia de que el ejercicio debe hacerse sólo a determinadas horas del día, es muy posible que esa hora se ocupe en algún otro trabajo y entonces de hecho se abandona el ejercicio, como en el caso del filósofo perezoso, quien argüía que no era higiénico hacer ejercicio entre comida y comida.

La tendencia natural entre muchas personas y sobre todo entre los que trabajan con el cerebro, es tener pereza cuando se trata de hacer ejercicio. Mucha razón tenía aquel filósofo chino, que cuan-

do le preguntaron: ¿En qué se parecen todas las naciones? contestó: "Todas son igualmente perezosas." A medida que los venenos se acumulan en el sistema, aumenta la inclinación a la pereza.

El ejercicio diario debe ser constante. Puede requerir bastante valor moral y determinación para hacer a un lado el deseo sordo e inexplicable de estar quieto; pero tiene que hacerse uno el ánimo de tomar algún ejercicio diariamente, si se quiere estar bien y ser fuerte. Una vigorosa caminata en la mañana, media hora de trabajo en el jardín; ir a pie a la oficina en vez de tomar el tranvía; una gimnasia ligera por unos momentos en la oficina, durante las horas de trabajo; una vigorosa ablución de cara y de manos, cuando se siente el cansancio de un trabajo excesivo; algún juego afuera con los niños, al volver a la casa por la tarde; ejercicios de respiración profunda a cualquier hora del día, todos estos medios pueden aprovecharse para hacer ejercicio sin perder casi nada de tiempo. Debemos someternos a una regla de ejercicio suficiente y que asegure una buena transpiración.

LA MEJOR CLASE DE EJERCICIO

Afortunadamente el ejercicio más provechoso es el trabajo físico, útil e interesante a la vez. Lo que vamos a decir sobre este particular, se refiere principalmente a los sedentarios y a los que trabajan con el cerebro. Los trabajadores endurecidos en sus quehaceres materiales, hacen bastante ejercicio y para ellos la cuestión del descanso es la de mayor importancia. El ejercicio que se toma como tal, es sin duda benéfico, pero la faena útil y el juego gozoso, son lo mejor que hay para la mente y para el cuerpo.

EL TRABAJO EN EL JARDIN, ASERRAR MADERA, ETC.

No hay ejercicio mejor para el hombre o la mujer, para los niños y las niñas, que los quehaceres domésticos; la jardinería, cortar madera con el serrucho o el hacha, cuidar los animales domésticos y hacer otros trabajos caseros, sencillos e interesantes. Se ha dicho que nadie sabe cuán dulce es el sabor de las habas y los nabos, hasta que uno mismo los ha sembrado y cuidado con sus propias manos. Toda persona que esté encerrada en la oficina debe tener, siempre que sea posible, un jardín y trabajar en él una o dos horas diarias. El ejercicio de aserrar madera es excelente para todos los músculos del cuerpo. Se cuenta de un afamado poeta, que en sus últimos días, cuando sufría de una enfermedad mortal, alargó su vida por varios meses, comprando un caballo y cuidándolo. La persona débil y anciana que no pueda hacer trabajos pesados, puede beneficiarse mucho en esas faenas sencillas y gratas.

Estos ejercicios al aire libre son de tanto provecho para la mujer como para el hombre y los niños. Las amas de casa deben pasar cuando menos una hora diaria trabajando al sol, cultivando flores y verduras o entreteniéndose en alguna otra faena ligera, al aire libre. No hay mejor ejercicio para los niños que cortar leña, rastrillar la tierra, lavar los platos y otras muchas cosas tan útiles como benéficas para la salud y mil veces mejores que la ociosidad.

EL EJERCICIO A PIE

No hay ejercicio que valga tanto como el de caminar a pie. Se dice de un famoso estadista inglés que caminaba diariamente legua y media. Si se tiene el cuerpo en una postura erguida, si se respira fuerte y desahogadamente y si los movimientos son vigorosos y enérgicos, el ejercicio resultará benéfico. Poco provecho se saca caminando perezosamente.

Que esté la cabeza bien erguida, la barba metida para dar un aire de dignidad. Piénsese en un punto encima de la cabeza, como a unos dieciocho centímetros detrás de la frente, dándose un estirón de cabello, si fuere necesario para fijar el punto en la mente. Téngase la cabeza y el cuerpo como si se tratara de levantar ese punto lo más alto posible. Aunque no se piense en los hombros, los brazos, el pecho, el cuello y la barba, si se piensa sólo en ese punto de la cabeza, todos los miembros del cuerpo tomarán una posición correcta y fácil.

RESPIRESE HONDAMENTE AL CAMINAR

Las caminatas deben de ser una oportunidad para dilatar el pecho y los pulmones y para alimentar la sangre con aire puro y fresco. La respiración honda es un ejercicio inmejorable. Al andar se debe respirar de lo hondo del pecho, parándose de vez en cuando, y haciéndolo con empeño. Por muy ocupado que esté uno, se puede practicar la respiración a todas las horas del día; esto avivará la circulación, aumentará la vitalidad, dará calor al cuerpo e impedirá los resfríos.

EL EJERCICIO DE REMAR

Es muy natural que cualquier forma de ejercicio agradable, tomado al aire libre y al sol, sea benéfico para la salud. Además de los beneficios físicos que se obtienen del ejercicio mismo y también el descanso del pensamiento, hay una renovación y estímulo para el ánimo, que a su vez da fuerza y vigor. El íntimo contacto con la naturaleza causa además un sentimiento de calma, bienestar y

descanso, que da temple a los nervios desequilibrados y cansados.

El ejercicio de remar es sobre todo un buen entretenimiento para dar fuerza y vida nuevas. Es inmejorable para todo el cuerpo, pues pone en acción gran número de músculos, principalmente los de los brazos, la espalda y el pecho. Muy frecuentemente el abuso del ejercicio en las carreras, anula todos los beneficios.

LA NATACION

La natación es uno de los mejores ejercicios. Casi todos los músculos se ponen en juego. Los músculos de la espalda sirven para tener la cabeza fuera del agua. De ahí sigue naturalmente que el ejercicio de la natación da un porte correcto y airoso. También corrige el defecto de la espalda encorvada. La respiración se mejora mucho, porque los pulmones toman más aire que de costumbre y se ensanchan lo más posible. Se estimula la circulación y todo el cuerpo se vigoriza. Los músculos, tanto de los brazos como de las piernas, se ejercitan activamente y el pecho se ensancha.

Todos los músculos de la respiración se ponen en juego. La presión del agua sobre el pecho es mayor que la presión del aire, así es que esta resistencia extra, tiene que vencerse. La respiración debe corresponder a los movimientos del nadador. Cuando las piernas se extienden se expira el aire; al encoger las piernas, vuelven los pulmones a tomarlo.

"No debe uno apresurarse nunca al nadar, pues así se gasta mucha fuerza con muy poca ventaja y no llega uno a su destino más pronto que cuando se dan las brazadas tranquilas y regulares.

"Además de nadar sobre el pecho, puede aprenderse a nadar de espalda o de lado. De espalda no se cansa uno tanto como cuando se nada de pecho; pero no se avanza tan rápidamente. Las piernas se ejercitan más cuando se nada de lado. Cuando se quiere descansar, no hay más que voltearse de espalda y quedarse flotando. Esta es la cosa más sencilla que se puede hacer en el agua.

"Conviene observar las siguientes precauciones:

"Nunca se debe nadar ni inmediatamente antes, ni después de comer. Que haya un intervalo de hora y media antes o después de la comida.

"Mientras no se sea un nadador experto, no se debe nadar nunca alejándose de la playa.

"Más vale quedarse poco tiempo en el agua que permanecer en ella demasiado.

"Nunca debe uno tratar de nadar cuando esté cansado.

"Al sentirse con frío, no debe uno quedarse en el agua.

"Después del baño y antes de vestirse conviene correr un poco."

LA GIMNASIA PESADA

Los médicos no recomiendan la gimnasia pesada más que en el caso de que se la ejecute con mucho cuidado. Los ejercicios de gimnasia ligera son mucho más apropiados para dar una forma simétrica a todas las partes del cuerpo. Los ejercicios demasiado fuertes, cansan, destruyen los músculos y son frecuentemente un verdadero peligro para la vida.

Los ejercicios deben ser siempre proporcionados a las fuerzas del individuo. Si pasan de ese límite, pronto se resienten. Entonces la cantidad de nutrición que recibe el cuerpo no corresponde a lo que ha gastado y sobreviene el decaimiento. Evítense los dos extremos, la falta de ejercicio y el exceso de ejercicio. Es preferible hacer el ejercicio frecuente y moderado hasta que la acción más enérgica de los nervios y de los vasos sanguíneos se haga permanente. Llegando a este punto, la nutrición que recibe el cuerpo excede a los desgastes y los órganos ganan en fuerza, grosor y actividad; pero si el ejercicio es excesivo, al grado de cansar y agotar la fuerza vital, entonces el desgaste orgánico excede a la nutrición.

Un ligero ejercicio físico, hecho con inteligencia y con oportunidad, es mucho mejor para el desarrollo simétrico del cuerpo que la gimnasia fuerte. El descubrimiento de esta verdad importante han causado el desarrollo, en los últimos años, de varios sistemas excelentes de cultura física.

(De *Salud y Hogar*.)

LA REPUBLICA ARGENTINA

La República Argentina, es un Estado de la América meridional, que confina al Norte, con las repúblicas de Bolivia, Paraguay y Brasil; al Este, con Paraguay, Brasil, Uruguay y el Océano Atlántico; al Sur, con los dos océanos, puesto que la zona oriental de la Patagonia y de la Tierra del Fuego, son territorios de la República. y al Oeste, con la cordillera de los Andes. Argentina ocupa una superficie de 3.027,088 kilómetros cuadrados, de modo que es, después del Brasil, el mayor Estado de la América meridional.

REGIONES NATURALES.—La República Argentina se divide, geográficamente, en tres grandes regiones de aspecto y condiciones diversos. La región andina al Oeste, que es el territorio cruzado por las cordilleras de los Andes y por sus ramificaciones. La región de las llanuras y de las pampas, comprendida entre el estrecho de Magallanes y los ríos Paraná y Paraguay y los últimos declives de los Andes. La región interfluvial o *Mesopotamia Argentina*, entre los ríos Paraná y Uruguay, en que hay ondulaciones del terreno o *cuchillas* que cruzan el territorio en todas direcciones, y cuya máxima altitud no pasa de 100 metros.

La segunda región, o sea de las llanuras, puede subdividirse en tres partes: La primera, a la que pertenece el territorio del Chaco, está bien arbolada, cubierta de pastos excelentes y surcada por grandes ríos. Es la región más inmediata al trópico; el calor y las lluvias sostienen exuberante vegetación. La segunda, es la Pampa, inmensa llanura cubierta de gramíneas, en la que pastan numerosos rebaños y viven algunas tribus indígenas. En la parte occidental de la Pampa, hay otra vasta llanura de aspecto completamente distinto, pues parece la cuenca desecada de un mar. Es una llanura salitrosa, conocida con el nombre de *Desierto de las Salinas.* Forman la tercera región las planicies de la Patagonia, que se extienden desde el río Negro hasta el estrecho de Magallanes.

Los Andes, que separan las Repúblicas de Chile y Argentina, van aumentando de elevación, conforme avanzan hacia el Norte, y en los límites con Bolivia se encuentra la región más accidentada de la Argentina. Los picos alcanzan alturas considerables (alrededor de seis mil metros sobre el nivel del mar) y el agrupamiento de montañas nevadas, es uno de los más bellos espectáculos de la tie-

rra. Los Andes forman mesetas y altiplanicies de gran altitud y pasos o gargantas por donde pueden comunicarse las repúblicas argentina, chilena y boliviana.

RIOS.—La más importante de las redes fluviales argentinas, se forma por el río de la Plata y sus afluentes, los ríos Uruguay y Paraná, y numerosos tributarios de menor importancia. Deben mencionarse, sin embargo, el río Negro, formado por los ríos Encarnación y Nanquín, y que separa la Pampa y la provincia de Buenos Aires, de la Patagonia. El Chubut que riega la parte septentrional de la Patagonia, y el Santa Cruz, formado por los ríos Chalín y Chico, en cuya desembocadura se encuentra el puerto de su nombre.

CLIMA.—En conjunto y sobre todo en las latitudes centrales, es de los mejores del globo, menos riguroso en invierno, aunque a veces algo más caliente en verano, que el de Italia. Más seco en el interior que en el litoral, no se manifiesta en parte alguna del país ni el clima propiamente continental ni el marítimo puro, siendo en realidad una transición entre ambos tipos, o sea el clima que conviene a la salud del hombre y a la productividad de la tierra. Sólo a veces sopla con tanta violencia el viento SO. o *pampero*, que al rasar la pampa, en tiempo de prolongada sequía, levanta inmensos torbellinos de tierra vegetal. Inútil es decir que como país situado en el hemisferio austral, las estaciones son opuestas a las de nosotros.

Individuos de todas las razas, sin distinción de origen, pueden trasladarse a Argentina, sin aclimatación previa, y seguir sus costumbres de vida sin riesgo para su salud. No hay enfermedades endémicas malignas, y las epidémicas son más raras que en Europa. Sin embargo, son un poco más frecuentes las fiebres eruptivas, la disentería y las enfermedades del hígado.

POBLACION Y RAZAS.—Dos tercios de la población argentina son de origen europeo y el resto comprende individuos de raza africana e indígenas; siendo la población total de 7.122,000, de habitantes en 1911, y que debió aumentar considerablemente en los últimos diez años.

Los indígenas pertenecen a las razas guaraní, quechúa y araucana. Esta ocupa todavía la Pampa y la Patagonia y sus tribus principales son los Puelches, Tehuelches, Moluches, Ranqueles y Aucas. En la población europea predominan los italianos y siguen por importancia decreciente, españoles, franceses e ingleses. El idioma oficial es el español, pero se hablan varias lenguas y dialectos de la población indígena.

El gobierno argentino pone gran empeño en fomentar la inmigración y con tal objeto sostiene agentes en las principales naciones de Europa. Según las leyes especiales, los inmigrantes deberán ser de preferencia agricultores. El gobierno sufraga los gastos que

ocasione su desembarco, su residencia en los depósitos y su traslación hasta el punto de destino. A cada familia que se establece en los distritos coloniales, se le extiende un título de propiedad provisional de cierto número de hectáreas de terreno de cultivo, un rancho, y los instrumentos necesarios para el trabajo. Según el mayor o menor cultivo que hagan, adquieren derecho o más hectaras y a convertir en definitivo el título provisional. Pueden elegir el punto de la República donde prefieran fijar su residencia, e introducir libres de derechos, las prendas de uso, vestidos, instrumentos y herramientas. El bienestar económico de la Argentina se debe, en gran parte, a la colonización.

MINAS.—Los Andes argentinos y sus ramificaciones encierran riquísimas minas, sobre todo en la provincia de Catamarca, donde se han descubierto más de doscientas de oro, plata y cobre. En Tucumán y Córdoba, hay minas de oro, plata, hierro, cobre, arsénico, plomo, carbón de piedra y canteras de mármol. En Rioja, Mendoza, San Juan y San Luis, existen también minas y lavaderos de oro, plata, níquel y platino.

AGRICULTURA E INDUSTRIA.—La cría de ganados es la principal fuente de riqueza del país, sobre todo la de ganado lanar, vacuno y caballar. Los productos de la ganadería: lanas, cueros, carne, sebo, cerda, astas, huesos y cenizas de huesos, alimentan en conjunto el 95% del total comercio de exportación.

La agricultura, aunque tiene menos importancia que la ganadería, no sólo produce lo indispensable para el consumo, sino que resta, además, un considerable exceso para la exportación. El cultivo de maíz, sobre todo, da excelentes resultados. Comparando las cantidades cosechadas con las sembradas, se obtiene una proporción de 94 por uno. En la provincia de Buenos Aires, además de trigo, maíz, papas, etc., se cultivan árboles frutales y diversas plantas industriales. Los productos agrícolas que se exportan en mayor cantidad, son: trigo, lino, pasto seco, maíz, harina, papas y semilla de nabo.

Dadas las condiciones del país, es fácil comprender que no puede haber más industrias que las de primera transformación de la materia prima, para adaptar el artículo a posterior elaboración en los grandes centros industriales de Europa. Así es que fuera de los ingenios de azúcar, las destilerías y los molinos, no hay más industrias importantes que las de los saladeros, los curtidos y las fundiciones de minerales. La producción azucarera ha hecho en los últimos años, notables progresos, especialmente en las provincias de Tucumán, Salta y Jujuy. La industria minera no ha conseguido gran desarrollo, porque el capital halla remuneración más inmediata y segura en la ganadería, en la agricultura y en el comercio, y además, porque en los distritos mineros escasean el combustible y las vías de comunicación.

COMERCIO.—Como país productor de materia prima en gran escala, y falto a la vez de bastantes industrias, necesariamente ha de alimentar un vasto comercio exterior, exportando los productos de la ganadería y de la agricultura que le sobran e importando artículos manufacturados. Los principales artículos que importa son: los empleados en la industria y materiales de construcción; tejidos de algodón, vinos, quincallería, ferretería, maquinaria, y objetos de arte; comestibles en general, ropa hecha, hulla, petróleo y sus derivados.

ORGANIZACION POLITICA.—La República Argentina es una república federativa, formada por 14 Estados, 10 territorios y un Distrito Federal. Los Estados autónomos, llamados *provincias,* tienen cada uno su Constitución propia, amoldada a la Constitución Nacional y cuyos principios deben respetar. Los fundamentales, son la abolición de la esclavitud, la igualdad de los ciudadanos ante la ley, la inviolabilidad de la propiedad, del domicilio y de la correspondencia epistolar, y la abolición de la pena de muerte por delitos políticos; los extranjeros gozan de los mismos derechos y prerrogativas civiles que los nacionales, y pueden nacionalizarse después de dos años de residencia en el país. Las constituciones provinciales deben asegurar a cada provincia su administración de justicia, su régimen municipal y la instrucción primaria. Las provincias eligen sus gobernadores, legisladores y demás funcionarios, sin intervención del Gobierno Federal, y las diferencias político-administrativas entre las provincias, las dirime la Corte Suprema de Justicia. Hay tres poderes: Ejecutivo, Legislativo y Judicial.

CIUDADES.—Las ciudades más importantes de la República Argentina son: Buenos Aires (su capital) uno de los primeros puertos de la América del Sur, fundada en 1535 por Mendoza, en la orilla derecha del Río de la Plata y que cuenta actualmente con más de un millón y medio de habitantes; Rosario, capital del departamento de su nombre, en la provincia de Santa Fe, con 201,000 habitantes; Córdoba (95,000) capital de la provincia del mismo nombre; Santa Fe, fundada en 1573 por Juan de Garay, capital de la provincia, que tiene 48,000 habitantes; Mendoza, capital de la provincia de su nombre, fundada por el capitán español Pedro Castillo, y que cuenta con 39,000 habitantes y Paraná (30,000) capital de la provincia de Entre Ríos.

Aladino Sección de los niños

EL CABALLERO SIN MIEDO Y SIN TACHA

UN día de fines del siglo XV veíase un hermoso espectáculo ante un antiguo y noble castillo de Francia, el Castillo de Bayardo.

El anciano caballero de ese nombre, inválido a consecuencia de las heridas recibidas en el campo de batalla, se sostenía apoyado en dos bastones, teniendo a su lado a su bella esposa y rodeado de un gran séquito de servidores. Los ojos del viejo guerrero brillaban, mostrando a la vez afecto y admiración. Todos sus servidores aplaudían.

La causa de su alegría era un muchacho de catorce años, que vestido de seda y terciopelo y adornado el birrete con hermosa pluma, hacía diestramente evolucionar a un caballo de poca alzada.

El caballero, herido e inválido, no podía adiestrar por sí mismo a su hijo en el arte de la caballería; así, pues, le había comprado un brioso potro, le había vestido suntuosamente, y Pedro (que así se llamaba el joven) partía para aprender el ejercicio de las armas, en la corte del duque de Saboya.

El muchacho se distinguió mucho en su nueva profesión por su valor y destreza, y conquistó el cariño de todos por su sencillez y generosidad.

En cierta ocasión quiso el duque hacer un magnífico presente al rey de Francia, y se le ocurrió mandarle a su valiente paje.

Estando un día el rey rodeado de su corte, apareció Pedro montado en su caballo con tanta gallardía y manejándolo con tanta habilidad, que daba gusto verlo.

—"¡Bravo! ¡Bravo! ¡Espolead de nuevo!"—exclamó el monarca, mientras aplaudía—. Y toda la corte repitió: "¡Bravo! ¡Bravo!"

Entonces Pedro dió de nuevo la vuelta al campo, llevando el caballo a medio galope, y todos prorrumpieron en exclamaciones de admiración ante su destreza como jinete.

Dejaremos sin mencionar muchas de las hazañas de este intrépido joven, puesto que llenarían varios volúmenes, y pasaremos a otra escena, en la que Pedro es ya hombre. Es alto, apuesto,

de ojos brillantes, y lleno de gracia y gentileza. Ha vencido a los más valientes caballeros de su tiempo y ha conquistado los más grandes honores en los campos de batalla. Se le llama el caballero *sin miedo y sin tacha*. Todos han oído hablar de él; todos conocen su valor indomable, su generosidad para con las mujeres, su bravura como caballero y su nobleza como cristiano.

La escena que vamos a describir, es la siguiente: acaba de tener lugar una gran batalla y el nuevo rey de Francia, que es todavía un adolescente, vuelve de su primer combate, envanecido por la victoria alcanzada. Desea sólo una cosa: ser armado caballero. Pero ¿quién podrá armarle tal? ¿No es él mismo el poder supremo que los crea?

Por la noche tiene lugar un maravilloso espectáculo ante la tienda del soberano. Los más valientes soldados de Francia forman un gran cuadro; flamean al aire las banderas y los heraldos hacen resonar sus trompetas. Los que han de recibir recompensas de manos del rey, ocupan la primera fila, embargados por la emoción. Todos esperan con alegría el comienzo de la ceremonia. El monarca, Francisco I, sale de su tienda y se dirige hacia Bayardo. Se arrodilla sobre la yerba ante él y Bayardo, dándole un espaldarazo, le arma caballero. El rey había escogido, para que le elevase a esta dignidad, al más valiente y cortés de todos sus vasallos.

Una de las mayores hazañas del gran Bayardo, fué la defensa del castillo de Brescia, contra tropas considerables. Cuando la reina, cuyas eran aquellas tropas, preguntó al general cómo era que con todos sus hombres y cañones no pudo tomar aquel débil palomar, el general respondió: "Señora, porque había en él un águila."

Y esta era precisamente la característica de Bayardo en la guerra: temperamento de águila. No temía salir al encuentro del enemigo, cualquiera que fuese. Volaba como un torbellino en auxilio del débil y destruía el poder de los tiranos. Pero en la paz era de carácter afable. En la guerra, un águila; en la paz, una paloma.

Bayardo murió de manera noble y heroica. En una batalla, luchando contra los españoles, el ejército francés tuvo que retirarse, y Bayardo, con un puñado de hombres, permaneció a retaguardia para proteger la retirada.

Allí le alcanzó una piedra disparada por una ballesta, la cual le partió la espina dorsal. Bajáronle del caballo y recostáronle en un árbol.

Ya moribundo, levantó el bravo caballero su espada y pronunció una breve oración. Luego aconsejó a sus amigos que se pusieran en salvo, y les rogó que le volvieran de cara al enemigo.

Así murió uno de los hombres más valientes que blandieron espada.

LA ENEIDA

ENTRE los príncipes troyanos que tomaron parte prominente en la gran guerra, se hallaba Eneas, y al cabo de unos ochocientos años después de haber escrito Homero aquellos dos grandes poemas en honor de Aquiles y Ulises, el poeta latino Virgilio, siguió el estilo de Homero, al componer el gran poema conocido por *Eneida*, que significa "referente a Eneas." El verdadero objeto de este poema fué el de halagar al pueblo latino y sus soberanos, demostrándoles que sus reyes descendían de ese gran príncipe troyano, la historia de cuya vida había dejado de ser verídica y se había convertido, en su mayor parte, en pura fábula. En ella vemos cómo consiguieron los griegos destruir la ciudad de Ilión, o Troya. Debióse a la inteligencia de Ulises, el que terminara en victoria el prolongado sitio. Fué él quien indujo a que se construyera un enorme caballo de madera, dentro del cual se escondieron gran número de soldados griegos. Esta mole tan extraña fué conducida sobre ruedas hasta las puertas de Troya y abandonada allí. Luego los demás soldados griegos volvieron a sus barcos, haciendo ver que se alejaban como si estuvieran cansados de la guerra. La curiosidad de los troyanos fué lo que les perdió, pues salieron de la ciudad y con gran trabajo consiguieron introducir en ella al caballo de madera. Durante la noche salieron del mismo los soldados griegos, sorprendiendo a los troyanos, mientras el resto del ejército, que había aparentado marcharse, retrocedía y penetraba en la ciudad. Troya ardió por los cuatro costados y sus habitantes fueron muertos o huyeron. La hermosa Helena, que había sido causa de la contienda, fué restituída a su esposo Menelao, y así terminó el famoso sitio.

En la *Eneida* no empieza su autor contándonos lo referido, sino que da comienzo con la descripción de una terrible tempestad que sorprende a Eneas, quien, después de la caída de Troya (de la cual había escapado llevando a su padre en hombros, pero perdiendo a su esposa), había reunido algunos hombres, haciéndose a la mar, y llegando a Italia al cabo de siete años.

Durante la gran tempestad naufragan algunos de los barcos; pero el suyo y seis más arriban a un puerto del Africa, en la rica y espléndida región de Cartago, a cuya reina, Dido, cuenta la caída de Troya y el ardid del caballo de madera, de que acabamos de ha-

blar. También le describe sus diferentes viajes, desde su huída hasta su llegada a Cartago. Dido no puede menos que admirar al noble príncipe, y desea casarse con él; pero Eneas abandona a Cártago, sin que puedan retenerle los agasajos de la reina. Esta, desesperada, se suicida.

Después de levar anclas con rumbo a Sicilia, donde celebra funerales en memoria de su padre, visita Eneas los Campos Elíseos, que son el lugar donde los antiguos creían que iban las almas después de la muerte, y allí encuentra a su padre, quien le hace ver la raza de héroes que descenderá de Eneas y que gobernará al pueblo latino.

Eneas parte de nuevo, y llega a la tierra del Lacio, o Italia, cuyo rey latino le agasaja y promete concederle por esposa a su única hija, Lavinia, heredera de la corona. Pero otro príncipe, llamado Turno, rey de los rútulos, pueblo latino, está enamorado de ella y es favorecido por la madre de ésta. Estalla entonces la guerra entre troyanos y rútulos, en la cual tienen lugar varias sangrientas batallas, y al final, parece que los troyanos, en ausencia de su jefe, van a quedar completamente derrotados. Pero Eneas, que ha recibido un escudo hecho por Vulcano (el mismo dios mitológico que forjó la armadura de Aquiles) y en el que se hallan simbolizados las futuras glorias y triunfos de la nación latina, o romana, vuelve al combate y cambia la suerte de la guerra.

En la última batalla debe tener lugar un duelo entre Eneas y Turno; pero los soldados de éste consiguen herir al príncipe troyano. Sin embargo, Eneas es curado de su herida por su madre Venus (que era una de las diosas en que creían los romanos) y, después de curado, obliga a Turno a batirse con él, consiguiendo matarle.

Así termina la historia de las sorprendentes hazañas de Eneas, tal como se refieren en la *Eneida*.

CRISTOBAL COLON

CRISTOBAL Colón llevó a cabo un descubrimiento mucho más importante de lo que él pensó; pues creía haber llegado a la India, y no fué este el país que encontró cruzando la gran extensión del desconocido Océano, sino una tierra enteramente nueva, a la que se ha llamado América, aunque el gran navegante murió antes que se la denominara con ese nombre.

Colón era muy pobre cuando muchacho, pero de gran despejo y afición al estudio; y así, por su propio esfuerzo, aprendió la geografía y leyó cuantas historias de viajes le fué posible; era asimismo, de valeroso corazón, de suerte que, habiéndose embarcado en edad muy temprana, navegó por los más lejanos mares, a la sazón conocidos. Una vez naufragó y a duras penas pudo salvarse de perecer ahogado. Siempre que se le ofrecía ocasión leía los viajes de Marco Polo y otros libros semejantes. Nacido probablemente en Génova, al llegar a la edad madura pidió a sus ricos compatricios un navío para viajar en busca de países desconocidos. Creyendo que la tierra era redonda, y no plana, como entonces universalmente se admitía, y sabiendo además que la India estaba situada a gran distancia de Italia, hacia el Sudeste, supuso que formaba parte de un gran continente a cuya extremidad occidental podría llegarse en virtud de la redondez de la tierra, navegando por el gran Océano Atlántico.

El pueblo genovés renunció a tener parte en este descubrimiento y Colón marchó a Portugal, y pidió al rey que le ayudara en su empresa. El monarca portugués había enviado diferentes flotas a explorar la costa africana y juzgó que hubiera algún fundamento en el proyecto que se le proponía. Dejándose llevar de su natural, perverso y desleal, envió secretamente, y por su cuenta, una expedición para comprobar la realidad del pensamiento de Colón; mas los marineros enviados por el monarca portugués eran cobardes y regresaron, aterrados por la inmensidad del gran Océano.

Cuando Colón tuvo noticia de este proceder, retiróse entre colérico y entristecido, y escribió al rey Enrique de Inglaterra en demanda de auxilio. Sin aguardar a recibir la contestación del monarca británico, pasó con su hijo, niño aún, a España; y por más que el rey de Portugal le envió mensajes rogándole que volviera, no quiso hacerlo. Recurrió primeramente a un magnate español, el

duque de Medinaceli, quien no pudiendo facilitarle el socorro solicitado, escribió a la reina Isabel y al rey Fernando, presentándoles al navegante. España estaba a la sazón en guerra con los moros de Granada y la empresa de Colón fué muchas veces aplazada, hasta que el pobre marino, cansado ya de tantos desengaños, resolvió partir del país y pasar a Francia. Tanta era su pobreza, que tuvo que emprender el viaje a pie y detenerse a la puerta de un monasterio, donde pidió por caridad un poco de pan para su tierno hijo. Los monjes le acogieron amigablemente y quedaron maravillados de su extraña conversación. Uno de los religiosos gozaba de gran crédito cerca de la reina de España; y muy gustoso le escribió para ponderarle la grandiosidad de los planes de Colón, instando a éste a que regresara a la corte. Así lo hizo, en efecto, sin otras resultas que sufrir un nuevo desengaño, porque la reina, muy ocupada en la campaña contra los moros, no pudo recibirle. Cansado, por fin, de tan larga espera, Colón resolvió marchar a Francia; pero persuadida, ya por entonces, la reina de la importancia de sus proyectos, llamóle y fletó para él tres pequeñas embarcaciones.

Hízose Colón a la vela con ellas, el viernes 3 de agosto de 1492, contando 46 años de edad. Atrevido era el viaje a través de un mar por el cual nadie hasta entonces se había aventurado. La tripulación, aterrorizada, pidióle repetidas veces que desistiera de llevar adelante su empresa y regresara a España; y Colón se vió en los mayores apuros para reducir a sus hombres a la obediencia. Dos meses y una semana duró la travesía; y, por fin, a las diez de la noche del día once de octubre, Colón, viendo lucir una luz en la obscuridad, pensó que habían llegado a vista de tierra, y a la mañana siguiente pudo confirmar que no se había engañado: los viajeros tenían ante sus ojos una hermosa isla; Colón, vestido de gran gala y enarbolando el pabellón castellano, echó pie a tierra con sus hombres, a quienes ordenó que a su ejemplo, se arrodillaran, y después de besar la tierra a que la Providencia los había guiado, dieran gracias al cielo por tan gran beneficio. Seguidamente tomó posesión de la isla en nombre del rey de Castilla, y luego prosiguió su navegación en busca de otras islas. Creyó que todas ellas pertenecían a un archipiélago occidental de la India, porque las Indias Orientales se encontraban en la otra parte del mundo y así llamó Indias Occidentales a las tierras descubiertas, e indios a sus moradores. He aquí como, a pesar de que tal denominación entrañaba una impropiedad, los pieles rojas de Norteamérica fueron denominados indios rojos o simplemente indios. Colón había descubierto la América, pero él estaba en la creencia de haber llegado a la India.

Descubrió otra isla, la de Cuba, y una tercera, a la que dió el nombre de Santo Domingo. Dejando en ésta algunos de sus hombres, regresó a España, donde fué recibido con grandes honores; y no mucho después emprendió un segundo viaje al país

descubierto. En esta navegación descubrió nuevas islas; y todavía más en otro tercer viaje. A pesar de haber llevado a cabo tan incomparable empresa, Colón tuvo enemigos implacables: la envidia inventó contra él las más absurdas calumnias; y en cierta ocasión se llegó al indigno extremo de encadenarle como un ladrón vulgar. El gran navegante murió en el aislamiento y en la pobreza.

América es el nombre que se dió al continente descubierto por Colón, después de la muerte de éste. Un explorador llamado Américo Vespucio, exploró las costas visitadas por Colón, y pudo demostrar que no eran las de la India. "Es un Nuevo Mundo"—exclamó—; y en efecto, por mucho tiempo designóse genéricamente aquel continente con el título de *El Nuevo Mundo*, hasta que se convino en darle el nombre del que había demostrado que no era la India, llamándosele América, de Américo, y no como era más justo, Colombia, en recuerdo del inmortal navegante que en 1492 lo había descubierto. El nombre de América no empezó a ser usado hasta 1506.

LA CAMARA PROHIBIDA

HABIA una vez un hechicero, que disfrazado de mendigo, iba recorriendo las casas, llevándose a las muchachas más bonitas que encontraba, ninguna de las cuales volvió jamás al hogar paterno.

Un día fué a pedir limosna a la puerta de un hombre que tenía tres hijas muy hermosas, la mayor de las cuales le dió una gran rebanada de pan.

Al volverse a ella el hechicero la tocó en el brazo, y aun contra su voluntad, la pobre muchacha se sintió obligada a entrar en la cesta que el mendigo conducía a cuestas; una vez dentro de ésta, el hechicero se la llevó a su casa, situada en medio de un espeso bosque. Todo era allí magnífico y había cuanto la muchacha pudiera apetecer.

Pasados algunos días, le dijo el hechicero que se veía precisado a emprender un viaje, por lo cual le entregaba las llaves de la casa, añadiendo que la dejaba en libertad para recorrer todas las habitaciones, excepto una, y previniéndole que si entraba en ella moriría. Al mismo tiempo le dió un huevo y le encargó sobremanera que no se le extraviara.

No bien el hechicero se hubo perdido de vista, empezó la joven a discurrir por toda la casa, encontrando todas las habitaciones llenas de bellos objetos. Por fin, llegó a la puerta de la cámara prohibida y, después de vacilar por un momento, la curiosidad la venció y traspasó sus umbrales. El espectáculo que se le ofreció a la vista la dejó aterrada: vió un sinnúmero de muchachas que habían sido hechas prisioneras, y todas ellas estaban como dormidas. La joven, impresionada por la inmovilidad de aquellos cuerpos, salió corriendo del cuarto, huyendo todo lo más lejos que le fué posible.

En su espanto dejó caer el huevo que llevaba en la mano, el cual no se rompió, pero cuando lo levantó del suelo advirtió que se le había manchado de rojo y a pesar de lo mucho que lo intentó, no pudo limpiarlo.

Pocas horas después volvió el hechicero, y al punto pidió a la joven las llaves y el huevo que le había dejado. Tan pronto como vió las manchas rojas en el huevo, comprendiendo que había entrado en el cuarto prohibido, la derribó al suelo y arrastrándola hasta la cámara secreta, la dejó allí encerrada con las otras.

El hechicero se dirigió de nuevo a la casa en que había pedido

el pan y esta vez se llevó a la hija segunda. También ella se dejó vencer por la curiosidad y corrió la misma suerte que su hermana.

El brujo, entonces, capturó y se llevó a la única hermana que quedaba, pero ésta era muy astuta, de tal manera, que cuando a su vez recibió el huevo y las llaves antes de que el hechicero saliera, sin la menor tardanza depositó el huevo con cuidado en una alacena. Cogió luego la llave y se dirigió a la cámara prohibida, para averiguar qué había en ella.

Con gran estupor vió que el suelo se hallaba cubierto de muchachas sumidas en profundo sueño y que entre ellas estaban sus dos hermanas. Como era más juiciosa que las otras, tuvo mucho cuidado en conservar el huevo bien limpio. Cuando el brujo regresó a casa, corrió la joven a su encuentro, llevando las llaves y el huevo; entonces, viendo él que éste estaba limpio, exclamó:

—Tú serás mi esposa, ya que has sabido resistir la prueba.

Pero el hechicero ya no podía obrar a su antojo, porque su prometida había roto el encanto y hacía lo que quería de él; valiéndose de ésto se fué al cuarto prohibido y despertó a las durmientes prisioneras que estaban allí encantadas. Luego dijo al brujo:

—Antes de que me case contigo debes llevar una cesta llena de oro a mis padres.

Tomó una cesta muy grande y mandó entrar en ella a sus dos hermanas, a las que cubrió con una capa de monedas de oro, para que no se las viera. Hecho esto dijo al hechicero que cargara con la cesta y que tuviera buen cuidado de no entretenerse por el camino, pues ella le estaría vigilando desde una ventana. El hombre se cargó la cesta a las espaldas y echó a andar, pero era la carga tan pesada, que se caía de fatiga. Sentóse, pues, para descansar, pero en el mismo momento oyó una voz que salía de la cesta y le decía: "Te estoy mirando desde mi ventana." Creyendo que era la voz de su futura esposa, se puso en marcha otra vez, haciendo no poco esfuerzo. Cada vez que trataba de descansar, ocurría lo mismo, hasta que por fin llegó a la casa de los padres, donde dejó la cesta. Mientras él hacía este camino, su prometida cogió una cabeza de cartón y la colocó en una ventana del piso superior, como si fuera alguien que vigilara. Luego dió libertad a todas las víctimas del hechicero y repartió invitaciones para la boda. Finalmente se cubrió el cuerpo con plumas, de modo que pareciese un pájaro raro y nadie pudiese reconocerla. Así salió de la casa. A poco encontró a algunos de los invitados, que le dijeron:

—¿De dónde vienes, ave tan hermosa?
—De la casa en que el brujo se desposa.
—¿Y qué hace, di, la linda prometida?
—Después de haberse puesto muy pulida,
con el traje nupcial engalanada,
a la ventana la dejé asomada.

Cuando volvió el brujo a la casa, miró hacia la ventana, y viendo la cabeza creyó que era su futura esposa. Entró precipitadamente; mas, apenas lo hubo hecho, los parientes y amigos de las tres hermanas, que le aguardaban allí para vengarse del mal que a ellas les había causado, cerraron las puertas y pegaron fuego a la casa.

Este fué el fin que tuvieron el hechicero y su cámara prohibida.

Poesía

TRES CANCIONES

CANTAR

TRISTURA e grant cuidado
son conmigo todavía,
pues plaser e alegria
asi man desanparado.

Asi man desanparado
sin los nunca merecer,
ca siempre ame plaser,
de alegria fuy pagado.
E agora por mi pecado
contra mi tomaron saña,
en esta tierra estraña
me dexaron olvidado. . . . .

La tristura e grant cuydado
son conmigo todavía,
pues plaser e alegria
asi man desanparado.

Dexaronme olvidado
en una prision escura,
de cuydado e tristura
me fallaron muy penado
pues me vieron apartado,
nunca se parten de mi,
desde entonce fasta aqui
dellos ando acompannado.

La tristura e grant cuydado
son conmigo todavía,
pues plaser e alegria
asy man desanparado.

Dellos ando acompannado
en mi triste coracón,
sienpre, e en toda sason

lo tienen muy bien guardado;
e veo que a su grado
de mi non se partiran,
e conmigo moraran
en cuanto fuere cuytado.

La tristura e grant cuydado
son conmigo todavía,
pues plaser e alegria
asy man desanparado.

PERO LOPEZ DE AYALA

CANCION

SI tu deseas a mi
yo non lo sé;
pero yo deseo a ti
en buena fe.

E non e ninguna mas
asy lo ten:
nin es, ni sera jamas
otra mi bien.
En tan buena ora te vi
e te fable
que del todo te me di
en buena fe.

Yo soy tuyo, non lo dubdes,
sin fallir;
e non pienses al, ni cuydes,
sin mentir.
Después que te conoci
me captive,
e sesso e saber perdi
en buena fe.

A ti amo e amare
toda sazon,
e siempre te servire
con grand razon:
pues la mejor escoji
de quantas sé,
e non finjo nin fengi
en buena fe.

MARQUES DE SANTILLANA

CANCION

AMOR, yo nunca penssé,
aunque poderoso eras,
que podrias tener maneras
para trastornar la fe,
fastagora que lo sé.

Pensaba que conocido
te devia yo tener,
mas non podiera creher
que eras tan mal sabido,
nin tan poco yo penssé,
aunque poderoso eras,
que podrias tener maneras
para trastornar la fe,
fastagora que lo sé.

JUAN II

CANCION DE CASSANDRA

DIZEN que me case yo;
no quiero marido, no.
Mas quiero vivir segura
nesta sierra a mi soltura,
que no estar en ventura
si casaré bien o no.
Dizen que me case yo;
no quiero marido, no.

Madre, no sere casada,
por no ver vida cansada,
o quizá mal empleada
la gracia que Dios me dio.
Dizen que me case yo;
no quiero marido, no.

No sera ni es nacido
tal para ser mi marido;
y pues que tengo sabido
que la flor yo me la so,
dizen que me case yo,
no quiero marido, no.

GIL VICENT

ROMANCES VIEJOS

ROMANCE DEL CONDE ARNALDOS

QUIEN hubiese tal ventura sobre las aguas del mar,
como hubo el conde Arnaldos la mañana de San Juan!
Con un halcón en la mano la caza yba cazar,
vio venir una galera que a tierra quiere llegar.
Las velas traia de seda, la ejercia de un cendal,
marinero que la manda diziendo viene un cantar
que la mar fazia en calma, los vientos haze amainar,
los pezes que andan, nel hondo arriba los haze andar,
las aves que andan volando en el mastel las faze posar.
Alli fablo el conde Arnaldos, bien oyreys lo que dirá:
—Por Dios te ruego, marinero, digasme ora esse cantar—.
Respondiole el marinero, tal respuesta le fue a dar:
—Yo no digo esa canción sino a quien conmigo va.

ROMANCE DE BLANCA NIÑA

BLANCA sois, señora mia, mas que el rayo del sol:
si la dormire esta noche desarmado y sin pavor?
que siete años, habia, siete, que no me desarmo, no.
Mas negras tengo mis carnes que un tiznado carbon.
—Dormilda, señor, dormilda, desarmado sin temor,
que el conde es ido a la caza a los montes de Leon.
—Rabia le mate los perros y aguilas el su halcon,
y del monte hasta casa, a el arrastre el moron.
Ellos en aquesto estando, su marido que llego:
—Que hazeys, la Blanca-Niña, hija de padre traydor?
—Señor, peyno mis cabellos, peynolos con gran dolor,
que me dexeys a mi sola y a los montes os vays vos
—Essa palabra, la niña, no era sino traycion:
cuyo es aquel caballo que alla baxo relincho?
—Señor, era de mi padre, y envioosle para vos.

—Cuyas son aquellas armas que están en el corredor?
—Señor, eran de mi hermano y oy os las envio.
—Cuya es aquella lança desde aqui la veo yo?
—Tomadla, conde, tomadla, matadme con ella vos,
que aquesta muerte, buen conde, bien os la merezco yo.

ROMANCE QUE DICEN: DE FRANCIA PARTIO LA NIÑA

De Francia partió la niña, de Francia la bien guarnida:
íbase para París, do padre y madre tenía.
Errado lleva el camino, errada lleva la guía:
arrimárase a un roble por esperar compañía.
Vió venir un caballero, que a París lleva la guía.
La niña desque lo vido de esta suerte le decía:
—Si te place, caballero, llévesme en tu compañía.
—Pláceme, dijo, señora, pláceme, dijo, mi vida—.
Apeóse del caballo por hacelle cortesía;
puso la niña en las ancas y él subiérase en la silla.
En el medio del camino de amores la requería.
La niña desque lo oyera díjole con osadía:
—Tate, tate, caballero, no hagais tal villanía:
hija soy de un malato y de una malatía; (°)
el hombre que a mi llegase malato se tornaría—.
El caballero con temor palabra no respondía.
A la entrada de París la niña se sonreía.
¿De qué vos reís, señora? ¿De qué vos reís, mi vida?
—Ríome del caballero, y de su gran cobardía,
¡tener la niña en el campo, y catarle cortesía!
Caballero con vergüenza estas palabras decía:
—Vuelta, vuelta, mi señora, que una cosa se me olvida—.
La niña como discreta dijo: Yo no volvería,
ni persona, aunque volviese, en mi cuerpo tocaría:
hija soy del rey de Francia y de la reina Constantina,
el hombre que a mí llegase muy caro le costaría.

ROMANCE DE ABENÁMAR

Abenamar, Abenámar, moro de la morería,
el día que tu naziste grandes señales había!
Estaba la mar en calma, la luna estaba crecida:
moro que en tal signo naze... no debia dezir mentira!—
Allí respondiera el moro, bien oyreys lo que dezia:

(°) Malato, leproso.

—Yo te lo diré, señor, aunque me cueste la vida,
porque soy hijo de un moro y una cristiana cautiva;
siendo yo niño y muchacho mi madre me lo dezia:
que mentira no dixesse, que era gran villanía:
por tanto pregunta, rey, que la verdad te diria.
Yo te agradezco, Abenámar, aquessa tu cortesia:
Que castillos son aquellos? Altos son y reluzian!
—El alhambra era, señor, y la otra la mezquita;
los otros los Alixares, labrados a maravilla.
El moro que los labraba cien doblas ganaba al día,
y el día que no los labra otras tantas se perdía.
El otro es Generalife, huerta que par no tenia,
el otro Torres Bermejas, castillo de gran valia—.
Allí hablo el rey don Juan, bien oyreys lo que dezia:
—Si tu quisieses, Granada, contigo me casaria;
darete en arras y dote a Cordoba y Sevilla.
—Casada soy, rey don Juan, casada soy, que no viuda:
el moro que a mi me tiene, muy grande bien me queria.

ROMANCE DE ROSA FRESCA

ROSA fresca, rosa fresca, tan garrida y con amor,
quando vos tuve en mis brazos, no vos supe servir, no;
y agora que os serviria no vos puedo haber, no.
—Vuestra fue la culpa, amigo, vuestra fue, que mia no;
enviasteme una carta con un vuestro servidor,
y en lugar de recaudar el dixera otra razón:
que erades casado, amigo, alla en tierras de Leon:
que teneys mujer hermosa y hijos como una flor.
—Quien os lo dixo, señora, no vos dixo verdad, no;
que yo nunca entre en Castilla ni alla en tierras de Leon,
sino quando era pequeño, que no sabia de amor.

CUATRO SONETOS

QUEJASE DE LA SUERTE: INSINUA SU ADVERSION A LOS VICIOS Y JUSTIFICA SU DIVERTIMIENTO A LAS MUSAS...

En perseguirme Mundo, ¿qué interesas?
¿En qué te ofendo, cuando sólo intento
poner bellezas en mi entendimiento,
y no mi entendimiento en las bellezas?

Yo no estimo tesoros ni riquezas,
y así siempre me causa más contento
poner riquezas en mi entendimiento,
que no mi entendimiento en las riquezas.

Yo no estimo hermosura, que vencida
es despojo civil de las edades,
ni riqueza me agrada fementida;

teniendo por mejor en mis verdades,
consumir vanidades de la Vida,
que consumir la Vida en vanidades.

ENGRANDECE EL HECHO DE LUCRECIA

¡Oh, famosa Lucrecia, gentil dama,
de cuyo ensangrentado noble pecho,
salió la sangre que extinguió, a despecho
del Rey injusto, la lasciva llama!

¡Oh, con cuánta razón el mundo aclama
tu virtud; pues por premio de tal hecho,
aun es para tus sienes cerco estrecho
la amplísima corona de tu fama!

Pero, si el modo de tu fin violento
puedes borrar del tiempo y sus anales,
quita la punta del puñal sangriento

con que pusiste fin a tantos males;
que es mengua de tu honrado sentimiento
decir que te ayudaste de puñales.

RESUELVE LA CUESTION DE CUAL SEA PESAR MAS MOLESTO EN ENCONTRADAS CORRESPONDENCIAS, ¿AMAR O ABORRECER?

*QUE no me quiera Fabio al verse amado
es dolor sin igual, en mi sentido;
mas que me quiera Sylvio aborrecido,
es menor mal, mas no menor enfado.*

*¿Qué sufrimiento no estará cansado,
si siempre le resuenan al oído,
tras la vana arrogancia de un querido,
el cansado gemir de un desdeñado?*

*Si de Sylvio me cansa el rendimiento,
a Fabio canso con estar rendida:
si de éste busco el agradecimiento,*

*a mí me busca el otro agradecida:
por activa y pasiva es mi tormento,
pues padezco en querer y en ser querida.*

DE AMOR PUESTO ANTES EN SUJETO INDIGNO, ES ENMIENDA BLASONAR DEL ARREPENTIMIENTO

*CUANDO mi error y tu vileza veo,
contemplo, Sylvio, de mi amor errado,
cuán grave es la malicia del pecado,
cuán violenta la fuerza de un deseo.*

*A mi mesma memoria apenas creo,
que pudiese caber en mi cuidado
la última línea de lo despreciado,
el término fatal de un mal empleo.*

*Yo bien quisiera, cuando llego a verte,
viendo mi infame amor, poder negarlo;
mas luego la razón justa me advierte,*

*que sólo se remedia en publicarlo;
porque del gran delito de quererte,
sólo es bastante pena, confesarlo.*

SÓR JUANA INES DE LA CRUZ

AL COMBATE

La tierra entibia primavera
y con retoños y con flores
tiembla en la brisa pasajera
y arde del sol a los fulgores.
Y es luz, matiz y ardor, la vida,
y hacia esto pugna hora por hora;
el que no lucha se suicida,
y aquel que lucha se mejora.

El luchador del sol apura
calor, pujanza de la tierra;
del árbol, nuevo nacimiento,
y rapidez del raudo viento;
y halla en la libre sepultura
descanso al cabo de la guerra.

Todos los astros en el cielo
le dan fraterna compañía:
Las Siete Hermanas su consuelo,
Orión su cinto de energía.

Y cuando cruza la espesura
halla en cada árbol un hermano,
que al són del viento le murmura
y que lo lleva de la mano.

El raudo halcón que al sol caldea
y el buho, en sombras escondido,
le enseñan ambos a que sea
agudo en vista y en oído.

Le dice el tordo: "Hermano, hermano,
si es el postrero en tu garganta,
canta tu cántico temprano,
Hermano, canta!"

En horas de hosco sobresalto
dan su nobleza los bridones
antes del choque del asalto,
¡firmes y bravos corazones!

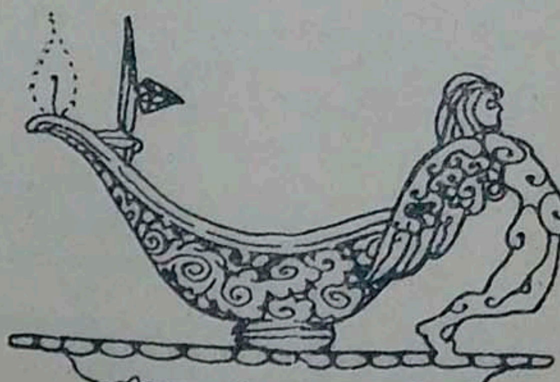
Y cuando el ígneo instante llega,
todo en la mente se levanta,
y un férreo júbilo lo ciega
y se le anuda en la garganta.

Y por tal júbilo y ceguera
sabe en su trágico camino,
que no hay acero que lo hiera
sino en la mano del destino.

Y aunque en los choques cotidianos
la muerte silba con sus balas,
el sol le tiende firmes manos,
como la noche suaves alas.

JULIAN GRENFELL

Flandes, abril 1915.



LIBROS QUE SE HALLAN A LA VENTA EN EL DEPARTAMENTO EDITORIAL DE LA SECRETARIA DE EDUCACION PUBLICA

PUBLICACIONES DEL DEPARTAMENTO EDITORIAL
- DE LA SECRETARIA DE EDUCACION PUBLICA -

TRADUCCIONES DIRECTAS DEL GRIEGO

HOMERO	LA ILIADA	2 Vol.	tela inglesa	Precio	$	2 00
,,	LA ODISEA	1 ,,	,, ,,	,,	,,	1 00
ESQUILO	TRAGEDIAS	1 ,,	,, ,,	,,	,,	1 00
EURIPIDES	TRAGEDIAS	1 ,,	,, ,,	,,	,,	1 00
DANTE.	DIVINA COMEDIA	1 ,,	,, ,,	,,	,,	1 00
PLATON.	DIALOGOS	1 ,,	,, ,,	,,	,,	1 00

DE VENTA EN EL EXPENDIO DEL DEPARTAMENTO EDITORIAL, CALLE DEL LIC. VERDAD, NUM. 2 (EDIFICIO DE LA UNIVERSIDAD NACIONAL). NO SE HACEN VENTAS POR MAYOR NI SE EXPENDEN EN LIBRERIAS

Esta Revista recibe la colaboración de todos sus lectores, e invita a cuantos se interesen por el bienestar colectivo a usar de sus páginas escribiendo sobre cualquier tema de interés nacional o universal. No se devuelven originales.

Esta Revista establecerá canje con todas las publicaciones del mundo y preferentemente con aquellas de ideas avanzadas, cuyo significado en la educación del pueblo sea una garantía de progreso y purificación humana.

Todos los canjes de libros y revistas pueden dirigirse a la Primera de Gante núm. 3, o Apartado 105 bis, México, D. F.

No podemos atender un solo pedido de los números uno al cuatro, pues están completamente agotados. Esta Revista es gratuita para los lectores de marcada pobreza y para el resto del público costará $5.00 CINCO PESOS ORO NACIONAL en la República y Dls. 2.50 DOS Y MEDIO DOLLARS en el extranjero la suscripción por un año, los que deberán remitirse en giro postal o telegráfico, cheque, letra o vales para editores, dirigidos a "EL MAESTRO," primera de Gante 3 o Apartado Postal 105 bis, México, D. F.

No existe mayor desgracia en el mundo que la ignorancia absoluta; un hombre que no sabe leer y escribir es el ser más dolorosamente herido por el infortunio, ya que la vida no representa para él sino el contraste brutal entre su actividad de bestia y la alegría radiante de quienes fundan su pequeña felicidad en el desarrollo progresivo de los espíritus.

Los que vivimos con cierto desahogo, en cierto nivel de cultura, somos cruelmente egoístas. Nos parece un ultraje descender desde nuestra vanidad a los niveles inferiores y consideramos despreciables a seres dotados de nuestras mismas capacidades y que sólo se diferencian de nosotros por una desventura más.

Veamos con ojos de benevolencia la condición de los ignorantes: Dotados, casi siempre, de una inteligencia natural, en algunos casos verdaderamente asombrosa, viven en un medio de oprobio y de desdicha. El trabajo no tiene para ellos aliciente alguno. Lo aceptan como una imposición de la necesidad de proporcionarse un alimento insuficiente y malsano, y el ocio no les brinda oportunidad de esparcimiento.

¿Es despreciable un hombre así? Nadie que tenga el corazón bien puesto puede convenir en ello; al contrario, la compasión más grande se despierta ante la desgracia indescriptible de seres que reconocemos iguales a nosotros y de cuya condición debe culparse a los que saben algo y pudiendo enseñarles un poco, se abstienen de hacerlo.

Os dirán necedades acerca de estos hombres desgraciados, quienes necesitan que sean así para explotarlos como bestias y contarlos entre sus animales más productivos por inteligentes. Si alienta en el alma del lector un sentimiento noble, se dará por llamado a impartir enseñanza con bondad, con cariño y entusiasmo, a estos hombres infortunados que constituyen por su mayoría el infortunio de nuestra Patria. Un impulso de nobleza se pide, lector, de tus virtudes de mexicano y tu integridad de hombre. La Universidad Nacional concede el título de profesores honorarios a todos los que deseen enseñar a leer y escribir y les proporciona los útiles indispensables. Pedid vuestros títulos o trabajad sin ellos; pero dad vuestro esfuerzo, el noble esfuerzo que se compensa a sí mismo creando la satisfacción de un acto bueno.

Todas las dudas sobre asuntos de la vida práctica, de educación, de organización familiar y social, etc., que se tengan, pueden ser estudiadas por los redactores de esta Revista. Haga usted sus preguntas con el más sincero propósito a la Dirección de "EL MAESTRO," 1ª de Gante núm. 3, o Apartado Postal 105 bis, México, D. F., quien las contestará en el tono de sencillez y claridad que la pregunta exija.